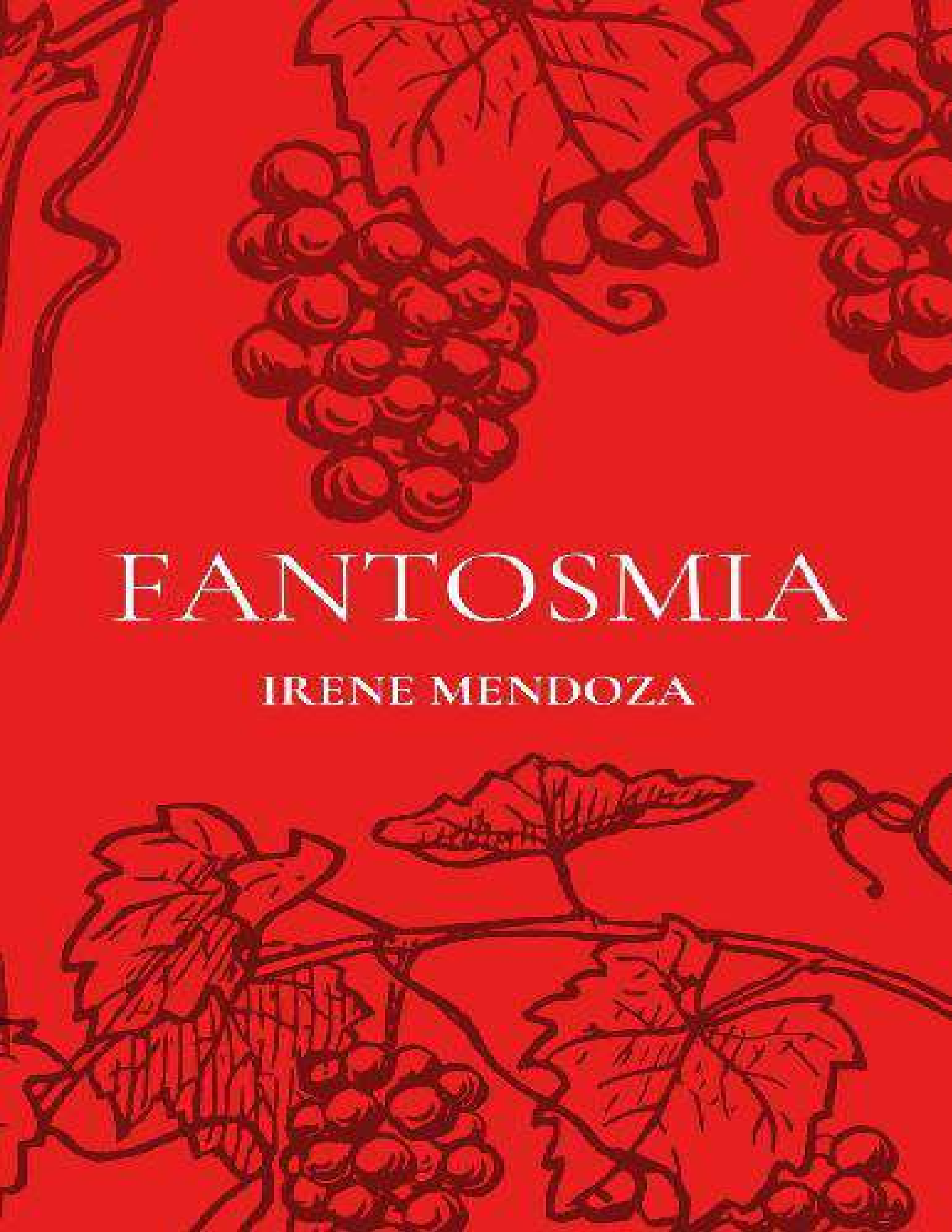


FANTOSMIA

IRENE MENDOZA

Fantosmia

Irene Mendoza Gascón

Título: Fantosmia

©2021: Irene Mendoza Gascón

©De los textos Irene Mendoza Gascón Ilustración portada: Irene Mendoza Gascón Revisión estilo y corrección: Irene Mendoza Gascón 1ª edición

Todos los derechos reservados.

ÍNDICE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

EPÍLOGO

SOBRE LA AUTORA

«*No dejo de acordarme de ese sueño. No puedo olvidarlo. Una y otra vez se repite en mi cabeza desde el día de mi llegada al pueblo, cuando al despertar creí escuchar la voz de una niña que me llamaba por mi nombre.*

Los primeros minutos de la mañana pasan con la desagradable sensación de que es el mismo sueño que tenía perdido en la memoria desde alguna antigua noche de mi infancia y que ya se ha repetido muchas veces.

Es la misma niña, de unos doce o trece años. Está tendida en el barro como una muñeca rota, en una postura imposible para un cuerpo con vida, con los ojos abiertos, el cabello rubio de las trenzas desechas mojado y pegado al rostro. Descalza y con las ropas empapadas y desgarradas, que dejan entrever un incipiente y delicado pecho.

Pero sé que esta vez hay algo diferente en mi sueño. Ya no la contemplo desde lejos. Su cara se va acercando hasta que se me muestra en un primer plano sobrecogedor. Su piel está macilenta, en algunas zonas casi amoratada. Tiene los labios blancos y resecos y sus ojos parecen los de esos pescados que ya no están frescos y se delatan si miramos sus corneas opacas.

La imagen de la niña se va aproximando hasta un primerísimo plano que solo abarca sus bellos ojos muertos de larguísimas pestañas mojadas. Unos ojos que me parecen terroríficamente familiares porque son los míos.

Huelo a humedad, a una humedad metálica y fría.

La niña ríe, me da la espalda y al girarse tiene mi cara. Me mira fijamente y me despierto».

1

Una ironía del destino fue lo que llevó a Silvia Navarro de vuelta a La Rioja.

Aquella llamada fue providencial. La tal Gregoria, con un acento riojano muy marcado, le anunció que a su abuela Sabina la iban a operaban de la cadera.

En principio, Silvia no dio ninguna importancia a la breve charla, tan solo a la falta de mesura de aquella mujer tan locuaz, que la molestó con su insistencia. Echó la culpa a Nagore, su indiscreta hermana pequeña, imaginando que seguramente había sido ella la que le había facilitado su número de teléfono a aquella mujer tan entrometida, simplemente para quitársela de encima.

Pese al desagrado que le supuso aquella intrusión tan inoportuna, la olvidó enseguida. Hasta que un día se levantó totalmente lúcida y se imaginó los meses siguientes, la primavera en París y todo un verano por delante sin nada que hacer.

«Y puede que para el verano el piso ya esté vendido y ni siquiera tenga una casa que pueda llamar mía», pensó acordándose del trato al que había llegado con Michel.

La nariz de Silvia nunca fue corriente. Siempre había tenido esa facultad, la de olfatear todo a distancia como perro de caza y no errar en el aroma jamás.

Esa anomalía, o ese privilegio, lo que su otorrino denominó una "hiperosmia", le procuró su trabajo como perfumista en la *Maison* considerada la casa de perfumes más antigua de la capital francesa.

Después de concluir el doctorado, las prácticas en un laboratorio y su beca, comenzó en la fábrica de un suburbio del noroeste de París, a varios

kilómetros del centro, y allí continuó durante casi quince años, muy lejos del glamour de la fastuosa tienda de los Campos Elíseos, estandarte de una de las más famosas marcas de cosméticos y perfumes franceses.

A ella no le importaba trabajar con bata blanca. En realidad le encantaba. Su mayor aportación a la casa había sido la creación de su último perfume estrella, lanzado en 2018. Ese año la firma francesa ganó más dinero que nunca y ella, Silvia Navarro, fue considerada entre los mejores perfumistas del mundo. Y eso, siendo mujer en un mundo dominado por los hombres, fue todo un triunfo del que se sentía muy orgullosa.

Ahora, su extraordinario sentido del olfato, el que le había proporcionado toda su carrera, su medio de vida, su patrimonio, ya no existía.

Sufría de "hiposmia", disfunción del umbral olfativo, y una "hipogeusia", una pérdida parcial del gusto. Nunca hasta entonces había escuchado esos términos pero en adelante jamás iba a olvidarlos.

En una de aquellas dos palabras se quedaron sus aromas futuros, aunque no perdió los recuerdos olfativos de toda una vida.

En su mente guardaba cada olor, cada fragancia, cada esencia; el de la bergamota, el pachuli, el ámbar gris, el clavo, la vainilla, el cedro, la rosa damascena, el musgo, el jazmín, el almizcle o el nerolí. Estaban allí, fijados para siempre en su memoria pero en realidad no podía olerlos, eran fruto de su imaginación.

A la baja médica le siguió el despido con una sustanciosa indemnización. Silvia ya no podía realizar su excepcional labor como perfumista así que se prescindió de ella sin titubeos.

Aquel trabajo le había permitido un estupendo nivel de vida en París y el continuar con la civilizada y aburrida relación que Michel y ella llevaban, pero tras el despido la relación saltó por los aires. Nunca había sido un ama

de casa al uso ni una esposa tradicional. En ninguno de sus anteriores matrimonios lo había intentado siquiera.

La depresión pilló a Silvia por sorpresa. Empezó siendo una angustia alojada en su pecho, como un ahogo que le hacía respirar hondo muy a menudo. Continuó durmiendo mal, tenía pesadillas. Soñaba que corría y que no avanzaba, como si estuviese pegada al suelo, o que se caía desde algún lugar muy alto sintiendo el vértigo, sin llegar a tocar el suelo jamás.

Se sentía inútil, fracasada. Comía por comer, no podía oler ni saborear los alimentos y terminó por no sentir hambre alguna.

«No soy como mi madre, no me desmoronaré, yo puedo con esto, soy dueña de mi vida y de mis actos. Solo es un traspiés, estaré bien», se repitió como un mantra durante semanas, mientras todo se derrumbaba a su alrededor.

La depresión entumece el alma y el cuerpo. Quita las fuerzas para levantarse de la cama, para arreglarse, para comer, las ganas de hacer el amor. De pronto, Silvia se sintió poseída por una especie de neblina triste que lo empañaba todo, que nublaba su mente con desesperanza y angustia.

Creyó que era uno de esos "bajones" de los que Maite, su madre, siempre hablaba. Ella cambiaba de casa, o la redecoraba para espantar la depresión. Pero Silvia no logró desterrarla. La de su madre era endógena, un tipo de depresión sin una causa aparente y de origen genético, causada por desequilibrios químicos del cerebro. Una pastillita y esa química volvía a ser normal. Pero cuando las dejaba de tomar llegaba el caos. Luego aparecía su padre para rescatarlas, a pesar de su nueva mujer y su hermanastra. Pero siempre se iba, regresaba con ellas, las prefería a ellas. Silvia creía que por eso acabó estudiando química, por su madre, para comprenderla.

Píldoras para el dolor, para la soledad, para el miedo, para la tristeza. Una pastillita a las mañanas para poder funcionar que después pasó a ser media y otra por la noche para procurarse un sueño químico.

«Lo bueno de los antidepresivos de última generación es que no te mantienen como ida todo el tiempo y no engordan pero aun así te quitan las ganas de sexo».

Aunque eso último que a otras personas las destroza, a Silvia le hizo la existencia mucho más fácil. Solo debía centrarse en su recuperación.

Pasó muchos meses con la medicación, que rebajó gradualmente con la terapia psicológica y neurológica. Al final, soportó un año entero sumida en la tristeza, perdida, siendo distinta, alguien a quien no reconocía.

Un día el médico le dijo que ya estaba curada, que solo había sufrido un episodio de depresión transitoria desencadenado por una crisis vital importante, que era algo normal pero que debía mantener unas pautas de salud para prevenir una recaída. Aquello le hizo sentir alivio. Solo había sido un suceso puntual, ella no era como su madre.

Tras terminar el tratamiento se impuso una máxima a sí misma: nada de relaciones. No podía, no debía engancharse de nuevo, que era lo que siempre le ocurría desde su adolescencia. Novio tras novio, relación tras relación. Se acostaba con alguien más de dos veces y ya le parecía que era amor, aunque no lo fuese.

Cambiar de aires fue la primera recomendación del psiquiatra.

«Trata de realizar actividades nuevas, algún pasatiempo, un curso de algo que te apetezca aprender, algo que te genere placer y que te entusiasme, planea algo distinto, un viaje tal vez», le sugirió.

«Días enteros largos y vacíos. Soledad. Es verdad. Tal vez debería

marcharme lejos de París».

Y de repente, sin saber por qué, Silvia pensó en aquella llamada, en su abuela y en que el pueblo de su padre podía ser el lugar perfecto para poner en práctica aquel consejo.

Por un instante, al recordar, regresó aquel antiguo malestar y la duda cruzó por su mente pero concluyó que habían pasado muchos años ya. Los suficientes.

El lugar en el que nació su padre era todo lo contrario a París; un pequeño municipio en el campo español, en La Rioja, sin tiendas ni restaurantes, apenas un ultramarinos al que poder llamar supermercado, con solo tres bares y donde casi todos sus habitantes se dedicaban a la agricultura; patatas y vid principalmente.

Silvia necesitaba mucha luz solar, tranquilidad, rutinas, ejercicio moderado y nada de vida nocturna, solo aire libre. En una aldea tan pequeña eso era factible.

«Puede que así consiga dormir bien», pensó.

En un principio, su psiquiatra había achacado el pertinaz insomnio al reajuste con la medicación pero no, ella sabía que no era por eso. Ya no la tomaba y aún continuaba.

Quiso darse un capricho y hacer de su estancia en La Rioja algo agradable así que, desde París, se apuntó a un curso de enología. Tanto la psiquiatra como su neurólogo y otorrino le habían recomendado exponerse paulatinamente a olores, entrenar el olfato para poder recuperarlo del todo. Además, Silvia siempre había querido saber acerca del negocio del vino, tal vez porque su familia paterna se había dedicado a ello generación tras generación.

El costoso curso prometía una experiencia inolvidable y describía el ambiente con sugerentes fotografías de viñedos exuberantes bajo el sol,

bodegas centenarias y modernas instalaciones:

Definitivamente el curso de enología y hacerle una visita a su abuela eran la excusa perfecta para escapar de París.

«Y de paso cumpliré por una vez como una buena nieta», se dijo.

Se despertó saliendo de Haro. Silvia se había quedado traspuesta durante el trayecto desde el aeropuerto de Bilbao, de camino por la autopista.

El árido paisaje de cepas todavía desnudas con los primeros pámpanos verdes, surcaba las colinas bajas y el llano de tierras arcillosas, rojizas, repleto de viñedos a derecha y a izquierda. El taxista, con la radio a todo volumen, una bandera española preconstitucional colgada del retrovisor y la foto de una virgen y de unos niños en el salpicadero, tomó la calle principal del pueblo. Los vecinos, ancianos en su mayoría, contemplaban el taxi sentados a la puerta de sus casas, dejando pasar la tarde sin inmutarse.

Rodeando la plaza, frente al frontón y la iglesia, estaba la casa de la abuela. De piedra, recia, sin adornos ni color alguno salvo por los geranios y claveles que tenía en los balcones y que aún no habían florecido. El olor del clavel le vino inmediatamente a la memoria. Ese, el de sus plantas, fue el único color que se había permitido su abuela desde la muerte de su hijo, el padre de Silvia.

Se puso las gafas de sol. De pronto le molestaba aquella luz tan intensa de finales de abril, tan diferente a la de París.

El taxi aparcó junto a la entrada, frente al pajar y las antiguas cuadras abandonadas desde hacía décadas.

«Ese tejado no va a aguantar otro invierno, pronto se vendrá abajo», pensó Silvia con desagrado, ante la constatación de la desidia de sus familiares.

—¡Bienvenida! —chilló una mujer en zapatillas, asomándose a la ventanilla—. ¿Eres la hija de Joaquín, la nieta de la Sabina, ¿verdad?

—Eh… sí —respondió sobresaltada, tendiéndole la mano.

Aquella mujer que vestía una bata de casa y chillaba demasiado le apretó la mano con fuerza. Desde que había dejado París a Silvia le parecía que todo el mundo gritaba.

—Tu abuela no está —sonrió—. Se la han llevado a Logroño, la operaron otra vez ayer de la cadera. No le habían dejado bien la cosa y le han tenido que recolocar la prótesis. ¡Como al rey emérito!

—Pero… nadie me ha dicho nada —dijo Silvia confundida—. Pensé que estaría en casa.

Contrariada, sacó su móvil del bolso. Estaba en modo silencio, ella misma lo había dejado así durante todo el viaje desde París para que no la importunase nadie. Resopló molesta, tenía dos llamadas perdidas de su hermana, un mensaje y dos *e-mails*. Al parecer sí la habían avisado pero ya era tarde.

—No te preocupes, que he hablado yo con la capital y todo ha salido bien. La Sabina está bien. Estará ingresada esta noche y mañana dirá el médico si le dan el alta o no. Ya sabes que es muy fuerte la mujer.

Era cierto, su abuela nunca había estado enferma, o al menos ella no lo recordaba. Tenía una salud de hierro a sus noventa y tantos años.

—Gracias por informarme… Eh… perdone, no sé cómo se llama usted.

—Gregoria, soy la Gregoria, la vecina de tu abuela —dijo señalando la casa contigua al establo y los pajares—. La hija de la Inés. Mi madre era la que tenía conejos y gallinas. ¿Te acuerdas cómo te gustaban los conejos de cría? ¡Si les dabas de comer y todo!

Silvia asintió incómoda por tanta charla.

—Sí, claro, los conejos —dijo intentando sonreír.

—Mi madre era la mejor amiga de tu abuela. Hablé contigo hace un mes, por teléfono, cuando operaron a tu abuela —insistió.

—¡Ah, sí, sí! Ahora me acuerdo —asintió Silvia de nuevo.

Gregoria continuó parloteando de algo que no tenía ningún sentido para ella.

«¡Cuánto habla esta mujer!», pensó Silvia irritada, sin prestarle atención, intentando acercarse a la puerta con sus dos enormes maletas de Vuitton y el equipaje de mano, sin que aquella mujer se diese por aludida.

—Como te dije cuando hablamos por teléfono, no hay manera de que tu abuela ponga uno en casa. Es la única en el pueblo que no lo tiene. Dice que le basta con el móvil que le regaló tu hermana y el aparato ese para avisar al médico. Dice que así no le dan la lata. Y solo enciende el móvil para llamar ella. ¡Ya sabes que es muy suya la Sabina! —volvió a gritar Gregoria.

«Mi abuela siempre tan cabezota. Gracias a dios mi padre la convenció para poner un baño moderno con retrete y ducha juntos porque si no mi madre se negaba a volver».

Silvia recordó con desagrado como de niña, antes del divorcio de sus padres, tenía que bajar a la cuadra para ir al retrete y el miedo que le daba el hacerlo.

Su madre y su abuela eran como el agua y el aceite, imposible juntarlas. El estoicismo adusto y austero del pueblo, heredado de generación en generación, no casaba con las continuas quejas de su caprichosa y voluble madre de ciudad. Las vacaciones de verano de la niñez de Silvia siempre habían consistido en tener que convivir en aquella casa con aquellas dos mujeres bajo el mismo techo, luchando como hienas por la atención de un hombre, su padre. Fue su abuela quien ganó.

Silvia se despidió de Gregoria sin mucha efusividad y con demasiada prisa, tirando de los maletones repletos. No había olvidado como abrir la casa. Con tirar de la cuerda que colgaba de la parte baja de la puerta, la de encima de la gatera, se abría la hoja de madera, la que no era fija y después,

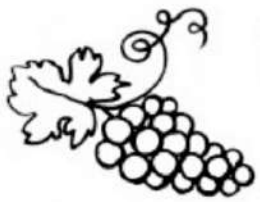
tirando de la manilla interior. Allí nadie cerraba las puertas nunca.

El portal, junto a la leñera y la antigua cuadra, seguía oliendo igual, a una mezcla de la madera de los sarmientos y a los animales que una vez la habitaron y que habían impregnado aquellas vetustas paredes con su aroma. Dudó si ese sería el aroma real, el que todavía podía apreciar con su mermado olfato o el que guardaba en su memoria y ese pensamiento la desanimó. Silvia tiró con fuerza de sus maletas y comenzó a subir las escaleras.

La casa estaba como la recordaba, pulcra, ordenada, aunque silenciosa y oscura. Por un momento le pareció estar viendo a su abuela preparando uno de sus deliciosos platos en la cocina económica o sentada en la mesa camilla frente a la ventana, tras los visillos de encaje blanco, haciendo de guarda y custodia de las buenas costumbres del pueblo o rezando el rosario, susurrando con los ojos cerrados.

Subió hasta el segundo piso, a los dormitorios y creyó oler a lavanda, la fragancia preferida de su abuela, con la que siempre perfumaba la cama en donde dormía Silvia. Al entrar al dormitorio se fijó en que su abuela aún tenía el frasco de agua de lavanda inglesa y la fotografía de su boda y del bautizo y comunión de su padre sobre el tocador.

Estaba cansada y la casa estaba fría así que, sin deshacer las maletas, Silvia se desnudó, cogió una manta del viejo armario y rápidamente se metió a una de las dos camas, la que una vez perteneció a su abuelo al que no conoció, junto a la de su abuela. Ella siempre se la dejaba recién cambiada en cuanto llegaba y se iba al cuarto de invitados porque sabía que esa era la cama más cómoda, con el mejor colchón de la casa.



2

El insomnio no era algo nuevo en la vida de Silvia pero esta vez estaba siendo mucho más pesado de sobrellevar. Ya no quería más pastillas y lo combatía con baños calientes, tisanas y valerianas. Sin dependencias de ningún tipo, ni químicas ni humanas.

En su primer día en el pueblo despertó con la angustiosa sensación de que se había pasado la noche teniendo pesadillas. ¿O era solo una en concreto?

En realidad asumió que no había conseguido conciliar el sueño por culpa del maldito reloj del campanario de la iglesia, que tañía cada hora en punto. Y se dio cuenta de que las asquerosas valerianas no servían para nada.

Se obligó a levantarse. Enrolló la persiana veneciana de madera de la ventana que daba al amplio patio interior, el que antaño perteneció a la antigua casa del cura y el sol inundó la habitación. Supuso que al abrir la ventana el aire traería el aroma dulzón de la grandiosa higuera del patio pero al asomarme se dio cuenta de que la higuera ya no existía y que el viejo patio se había convertido en un aséptico patio de cemento, adornado con mobiliario urbano en acero, de diseño vanguardista y unos feos arbustos, todo propiedad del moderno edificio colindante: el ayuntamiento. De reciente edificación, no pegaba para nada con el resto de las construcciones del pueblo.

Silvia se duchó para despejarse e intentar apartar aquella extraña sensación, la que de adulto queda tras una pesadilla. Se puso lo menos elegante que encontró, se recogió el pelo en una coleta y salió con la intención de tomarse el único vicio que le estaba permitido: el café de la mañana, su ración de droga legal, solo una taza al día.

El pueblo, o más bien su esencia, no había cambiado en todos aquellos años y nada más salir de casa tuvo esa impresión. Había más coches, la plaza estaba reformada, se habían construido más casas pero a Silvia seguía pareciéndole otro país, un lugar ajeno, muy diferente a París, donde se comía muy tarde, las mujeres mayores llevaban luto de por vida y siempre estaban

separadas de los hombres en misa, sentadas abajo, con los niños y ancianos, mientras que los hombres subían al coro; o en casa, recluidas en la cocina, sin salir al salón hasta que los hombres habían bajado al bar.

Silvia entró en el bar de la plaza y fui directa a la barra. Tras pedir el café y observar un poco a los parroquianos se dio cuenta de que era la única mujer del local y que cinco miradas masculinas se habían vuelto hacia ella dejando de atender al televisor que daba las últimas noticias acerca del grosero mundo del famoseo nacional. Cinco pares de ojos masculinos estaban en ese momento fijos en su trasero. Los cinco parecían habituales del bar y estaba claro que allí la intrusa era ella.

A Silvia la incomodó sobre todo la mirada de un par de parroquianos, los menos ancianos, que le repasaron el cuerpo de arriba abajo sin ningún tipo de respeto.

Recordó como su abuela solía despotricar siempre de las mujeres que iban solas a los bares. «Aunque no lo sean parecen busconas», decía en clara alusión a su nuera. En especial, Silvia recordaba una discusión que entablaron su madre y su abuela aquella vez que de niña, y por alguna razón intrascendente, fue al bar a buscar a su padre.

Rememoró aquel desprecio y la inquina con la que ambas mujeres se hablaron y su sentimiento de culpa por la posterior discusión entre su madre y su padre, una de las muchas que tuvieron.

Como tenía por costumbre, desechó rápidamente esos pensamientos recurrentes que no le hacían ningún bien pero que se empeñaban en perseguirla, pagó su café, cogió un periódico y se sentó en la mesa más apartada del bar, a espaldas de todos los presentes y mirando hacia la puerta, donde había más luz.

En cuanto lo hizo, los hombres volvieron a estar atentos al televisor. Silvia se dispuso a ojear las noticias. Era un periódico local sin interés y se distrajo mirando la previsión meteorológica para los cuatro días siguientes; secos y soleados con noches frías.

Estaba degustando aquel café tan ácido y cargado, rogando porque no se

convirtiese en una lavativa, cuando alguien entró saludando a todos, dando los buenos días con alegría y amabilidad.

Levantó la vista del periódico para ver de quién era aquella voz tan bonita y masculina y se encontró con la mirada de un chico joven, vestido con un mono azul de trabajo.

Sus ojos eran grandes, pardos, de largas pestañas y muy dulces. Era en lo primero en que Silvia se fijaba en un hombre, en su mirada. Bueno, en eso y en sus hombros y espalda. La de aquel era ancha y larga.

Él se sentó en la barra y Silvia pudo observarlo mejor. Tenía unas botas de goma altas, llenas de barro y se disculpó con el dueño por mancharle el suelo. El dueño le hizo alguna chanza regada de unos cuantos tacos y le sirvió directamente un café en vaso.

«La próxima vez yo también lo pediré en vaso, con más leche. Parece un cliente habitual del bar. Alto, delgado, educado y con una barba muy arreglada que no pega para nada con su indumentaria de agricultor. Y guapo, muy guapo», pensó Silvia removiéndose en el asiento.

Estaba claro que ella le llevaba unos cuantos años. El chico pasó sus manos por su abundante y despeinada cabellera castaña, intentando atusarla y de pronto Silvia recordó con regocijo los intentos inútiles de Michel por esconder su evidente alopecia.

Sus largos dedos se metieron entre sus mechones ligeramente ondulados y castaños, intentando reorganizar aquella maraña brillante y espesa sin éxito y de pronto ella deseó que aquellos dedos la tocaran.

Tuvo que reconocer que era muy agradable observar la belleza de un hombre joven. Él se puso a tomar su café mientras conversaba del tiempo con el camarero, que también parecería el dueño del bar. Ella no pudo evitar seguir el hilo de la conversación para, de paso, observar un poco más a aquel chico, sin dejar de pensar que era muy guapo, demasiado para querer dejar de mirarlo.

No pudo enterarse de nada personal, fue una conversación banal y cuando

el joven terminó su café pagó, se levantó del taburete y se despidió en voz alta de todos los presentes.

«Hasta luego», respondió Silvia y al oír una voz femenina él se giró. Al verla sonrió a modo de saludo y esa sonrisa amplia y franca le hizo parecer aún más hermoso de lo que ya era.

El ruido del vapor de la cafetera la hizo bajar de las nubes y pestañear de nuevo. Turbada y avergonzada como una adolescente, Silvia volvió sus ojos al periódico mientras el chico salía por la puerta.

Los días siguientes regresó más o menos a la misma hora para ver si lo veía de nuevo. «Solo verlo, eso no es malo. Es demasiado joven para mí. Además ahora no, nada de hombres», se dijo.

Pero no apareció y Silvia se enfadó consigo misma al darse cuenta de que eso la frustraba.

«Es el aburrimiento, me aburro mucho», se justificó mientras visitaba a su abuela, convaleciente en Logroño.

Su hermana Nagore y Bego, la madre de Nagore, ya habían decidido que lo mejor para la abuela Sabina era que cuando le diesen el alta pasase una temporada en una residencia hasta que su nueva cadera de titanio se asentase como era debido. Pero la abuela se negaba en redondo.

—Díselo tú, Silvia, anda. Dile que va a estar mejor que en ningún sitio. Podremos ir las dos a visitarla casi todos los días —dijo su hermana dulcificando el tono.

«Como si la abuela fuese idiota. No la van a convencer», pensó Silvia.

—Bueno, yo… tengo que regresar a Paris.

—¿Pero no estabas sin trabajo? Y te acabas de separar. ¿Qué prisa tienes?

—añadió Nagore.

«Quizás ya no vaya a morirme de desesperanza o de tristeza pero sí de aburrimiento si continúo aquí mucho tiempo», pensó Silvia irritada, mirando por la ventana de la habitación de su abuela, obviando el comentario tan poco discreto de Nagore.

—¿Otra vez? —preguntó la abuela desde la cama—. No sé para qué te has casado tantas veces si no eres capaz de conservar ningún marido.

—Yo tampoco lo sé, abuela —suspiró Silvia, intentado no perder la paciencia.

Toda persona que ha estado enamorada más de una vez en la vida sabe que llega un momento en el que el enamoramiento apasionado e irracional pasa a convertirse en un amor tranquilo y consciente. Pero a Silvia Navarro nunca le había ocurrido eso. Siempre pasaba de la pasión y el entusiasmo al aburrimiento y el desencanto, aunque continuase sintiendo cariño por sus parejas. Con ninguno había conseguido mantener el nivel máximo de adrenalina que requerían su cerebro o su corazón así que todo se iba pudriendo sin remedio. No importaba lo que ellos o ella hiciesen. Todo era inútil. La necesidad de huir crecía y crecía con el paso del tiempo. Luc, su primer marido, lo intuyó y la dejó. A Jacques, su segundo marido, lo engañó con el que luego sería su tercera pareja, Bernard. No llegó a casarse con él pero si con Michel. Y siempre lo hizo para poder escapar.

Silvia sabía que en ella convivían dos realidades, una masculina y una femenina, ambas muy bien diferenciadas. Sus adulterios habían sido muy masculinos, una huida hacia adelante, nada de querer sentirse amada o comprendida, algo tan supuestamente femenino. Solo se trataba de buscar la sensación de aventura, riesgo y novedad, sin pensar en las consecuencias.

«Soy una yonqui del amor», se dijo.

Silvia estaba sumida en sus pensamientos y no se había dado ni cuenta de que Nagore había salido a contestar una llamada del móvil cuando escuchó a su abuela.

—Tendrás que ir a visitar a Asunción Olea para darle el pésame.

No fue una pregunta, ni una súplica. Su abuela no solía rogar a nadie.

—No creo que quiera verme, abuela.

—Mira, no sé qué os pasó para acabar así ni quiero saberlo pero fue tu mejor amiga de niña, tenemos parentesco lejano por parte de la madre de tu abuelo y es de bien nacidos hacerlo, así que irás. Y no se hable más.

3

«De nuevo ese sueño», pensó adormilada y con un extraño sabor metálico en la boca.

Su desasosiego iba en aumento y la hacía saltar de la cama demasiado temprano y no tener ganas de volver a ella por la noche.

Todo fue surgiendo con un ruido constante, como el goteo de un grifo que no cesaba y que se escuchaba desde cualquier punto de la casa.

Era siempre la misma pesadilla, Todas las noches. Y después tenía esa recurrente y desagradable sensación al despertar que, aunque al principio no lograba persistir, se estaba volviendo más nítida cada vez. Ahora estaba segura, era siempre el mismo sueño, que se repetía constantemente y lo que en un principio la había inquietado estaba comenzando a asustarla.

«La imagen de esa niña pronto se borrará de mi mente», se dijo Silvia intentando arrinconar esa angustiosa visión mientras se daba una ducha. Y así fue, en cuanto pasaron unos minutos, aquel mal recuerdo se esfumó.

Cerró el agua y mientras se envolvía en una toalla se dio cuenta de que el grifo de la ducha goteaba, al igual que el del lavabo.

«Tengo que encontrar un fontanero hoy mismo», concluyó.

Silvia decidió alquilar un coche para no tener que desplazarme en autobús de línea de pueblo en pueblo y poder acudir al curso de enología con comodidad. Echaba de menos su estupendo coche de empresa, un elegante y cómodo Mercedes Clase B, deportivo y muy fácil de aparcar.

Alquiló un vulgar Nissan, lo mejor que pudo conseguir en la agencia de coches de alquiler online. Lo malo fue que aquel lunes, justo el día que debía comenzar el curso, el cochecito la dejó tirada en la carretera con un pinchazo inoportuno que la hizo maldecir como un camionero y no precisamente en francés.

Llegaba tarde, el coche se lo había llevado la grúa, y estaba bastante alterada. Además el taxista, otro tipo malcarado que tenía la radio a todo volumen y que no se dignó a apagarla aunque Silvia se lo sugirió amablemente, le cobró como si el trayecto fuese una carrera por todo el centro de París, solo por llevarla hasta un pueblo de Álava, a escasos cuarenta kilómetros del de su abuela, a solo veinte minutos de trayecto, sin tráfico a la vista.

Allí, en el hotel del mismo nombre que la bodega dueña de los viñedos que patrocinaban todo, era donde se celebraba el curso de enología.

Silvia llamó para avisar de su retraso y en cuanto divisó el pueblo salió disparada del coche. Se había perdido el desayuno de bienvenida en el *bistró* del hotel, junto con la presentación del curso y mirando el programa que llevaba en el bolso se dio cuenta de que eran más de las diez y media y ya estarían todos visitando la bodega.

Consiguió llegar gracias a un agricultor, que se apiadó de ella al ver sus tacones y que la traslado hasta el edificio que albergaba la bodega original, sentada en su tractor.

Entró sigilosa a la sala donde se impartía la clase previa a la visita a la bodega y echó una rápida mirada a los presentes. Unas doce personas de entre treinta y sesenta años, dedujo enseguida. Un matrimonio japonés, un hombre anglosajón, dos chicas jóvenes españolas… En general más hombres que mujeres y de alto poder adquisitivo. El curso tan solo duraba tres días pero no estaba al alcance de cualquier bolsillo. Menos mal que el de ella, tras su cuantiosa indemnización y la prestación por desempleo francesa, estaba de momento bien surtido. Además había logrado ahorrar durante esos años de bonanza y tenía un plan de pensiones para asegurarse una buena vejez. Pero tarde o temprano sabía que iba a tener que encontrar una ocupación para mantener todo aquello y poder hacer algo útil con su vida.

Tomó asiento en uno de los taburetes, frente a una mesa blanca, en el centro de la sala, y saludó educadamente a derecha y a izquierda con un escueto buenos días y una inclinación de cabeza, recibiendo diversos

murmullos a modo de saludo y se dispuse a sacar el iPad del bolso, donde ya se había descargado la documentación del curso. Comenzó a revisar el tema, *La elaboración de vinos de Rioja I*, que figuraba en la pizarra digital en castellano y en inglés.

Así estaba, absorta en la lectura, cuando se abrió la puerta y apareció el profesor.

Silvia casi se precipitó al suelo desde el inestable taburete porque el que acababa de entrar, con una increíble y perfecta sonrisa, era el chico del bar, vestido con unos "chinos" azul marino, una camisa de cuadros estilo leñador abierta y una camiseta debajo. La camiseta de pico blanca dejaba entrever un poco del vello de su pecho, bajo su barba castaña, frondosa y bien arreglada.

Tan cerca y así vestido le gustó mucho más. Ya no le pareció tan "labriego" como en el bar.

Silvia calculó que el chico tendría alrededor de treinta años, quizás menos y concluyó que era tan atractivo y masculino como solo puede serlo un hombre a esa edad.

—Hola otra vez. Voy a pasaros lista para ver si estamos todos ya —dijo él con una voz suave, profunda y sin dejar de sonreír.

Sus expresivos ojos castaños recorrieron toda la sala para detenerse un momento en ella y comenzar a nombrar a los asistentes al curso.

—Silvia Navarro —dijo con voz alta y clara, buscando con la mirada.

—Eh… yo —carraspeó ella.

Su propia voz le sonó extraña y un poco infantil, como si no le perteneciese.

—Silvia —repitió él con suavidad, mirándola y haciendo que a ella, su propio nombre le pareciese de pronto tremendamente sensual—. Para los que no estabais durante el desayuno, me llamo Benjamín pero podéis llamarme Benja.

Silvia estaba sentada a dos filas de él y en ese momento, justo cuando sus miradas se cruzaron, sintió como si el resto de la sala estuviese observándolos.

Bajó la mirada nerviosa e intentó centrarse en la clase pero el hermoso perfil perfecto de Benja se lo impedía. Él se remangó la camisa a la altura de los codos y prosiguió pasando lista, tras lo cual dijo, en castellano e inglés, que les iba a entregar un formulario que debían rellenar para poder tener una aproximación a sus conocimientos enológicos.

—Lo rellenáis por favor, con vuestros nombres y apellidos y los demás datos personales y directamente pasaremos a la bodega, donde os mostraré la zona de recepción de la uva, como se realiza la selección para el estrujado, el posterior encubado y la fermentación del caldo y el descube final. Donde mejor se ve todo el proceso es en la misma bodega. En el temario del curso tenéis todo explicado en inglés —dijo caminando con elegancia entre las mesas, posando un cuestionario sobre cada una, despacio.

Cuando llegó a la de Silvia ella se adelantó para coger la hoja y antes de que él pudiese posarla sobre la mesa rozó su mano sin querer, una mano grande, de dedos largos y delicados, con las uñas bien cortadas y limpias. La sensación de aquel tacto cálido la turbó e instintivamente retiró su mano sin alcanzar la hoja.

Silvia imaginó el tacto reconfortante de aquellas manos cálidas sobre su cuerpo. Y se dio cuenta de que hacía muchos meses que nadie la tocaba.

Después de una breve clase de historia y ya en la bodega, que databa de 1858, comenzaron el recorrido por las instalaciones.

—En esta bodega la elaboración solo se realiza en barricas de roble americano de 225 litros durante un tiempo que oscila entre uno y tres años, y posteriormente en la propia botella durante un período de seis meses a seis años —dijo Benja, moviéndose entre las vetustas barricas—. Para los vinos tintos elaborados con uva desgranada, deberá emplearse, como mínimo, un 95% de uva de las variedades Tempranillo, Garnacha tinta, Graciano,

Mazuelo y Maturana tinta. En los vinos tintos elaborados con uva entera, este porcentaje será, como mínimo, del 85%. Y existen dos métodos de elaboración: el de maceración carbónica, tradicional de los cosecheros, para su comercio temprano y otro en el que se elimina el raspón del racimo antes de la fermentación, utilizado por las empresas bodegueras, para destinarlos a crianza. Y no os preocupéis. Todos estos nombres tan raros los tenéis en el temario también.

Silvia no podía dejar de observar cada uno de sus movimientos. Tampoco las otras dos chicas más jóvenes que realizaban el curso.

De vez en cuando él cruzaba los brazos sobre el pecho, cuando escuchaba algún comentario de los típicos listillos de turno y entonces sus bíceps se tensaban y los músculos de su espalda se marcaban contra la tela tirante de la camisa. Benja les dejaba hablar y después les contestaba dando una lección magistral sobre el conocimiento del vino con la humildad del que realmente sabe de algo y no alardea. A Silvia le cayó simpático inmediatamente.

Hubo un momento en que uno de los pasillos de la oscura y húmeda bodega se estrechaba para dar paso a otra cámara más lóbrega y fría. Fue cuando ella y Benja se cruzaron y él se disculpó permitiéndole el paso. Silvia le sonrió agradecida. Estaban muy cerca, ella pudo haber rozar con su brazo el suyo y sentir el calor de su cuerpo delgado y fibroso pero no lo hizo. En vez de eso se adelantó para unirse al grupo. Él caminó unos pasos por detrás y Silvia se dio cuenta de que Benja tendría una vista perfecta de su trasero embutido en los vaqueros que mejor le quedaban.

Silvia no logró evitar sonreír para sus adentros, sintiendo que aquel curso iba a ser muy agradable además de formativo.

La cata de vinos posterior fue una primera toma de contacto con las diferentes variedades de caldos de las zonas viníferas D. O. Ca. Rioja y Rioja Alavesa y una pequeña prueba con vinos defectuosos. No se le dio mal del todo a pesar de su incapacidad para reconocer algunos sabores. El sabor salado era el que más había perdido, todo le resultaba soso. Pero para saborear vinos parecía no resultar un obstáculo y Silvia empezó a pensar que

aquello de la enología y el ser *sumiller* era un nuevo mundo fascinante.

Después se trasladaron en minibús a uno de los viñedos para conocer de cerca las vides y realizar allí una comida campestre, de lo que Silvia se alegró mucho porque estaba muerta de hambre por haberse perdido el desayuno.

—La bodega posee 985 hectáreas de viñedo controlado con 500 hectáreas de las cuales la variedad de Tempranillo representa el 85,33%, la variedad predominante, de ciclo corto y cultivo delicado. La Garnacha es la segunda, con el 9,91%. También están el Mazuelo, con el 2,65%, minoritaria y en desaparición, tardía y rústica y el Graciano, con un 0,17%, variedad tardía de ciclo largo, vigorosa y productiva —dijo Benja de memoria.

«Vigoroso parece él», susurró a su espalda una de las chicas más jóvenes, sentada detrás de Silvia, en el minibús.

—Las uvas tintas representan el 93,68% y las blancas, como la Viura, la Malvasía y la Garnacha blanca, el resto de variedades. Además, la bodega cultiva la variedad Cabernet Sauvignon desde 1858, año de su fundación. Es de ciclo largo, buena rusticidad y marcado carácter —prosiguió Benja con el micrófono del minibús en la mano.

Al llegar al viñedo, sacaron entre todos las cestas del picnic preparado por el servicio de catering del hotel y dispusieron un mantel que venía con la comida, para sentarse cada uno sobre una cómoda almohadilla impermeable con el nombre de la bodega, sobre la tierra, bajo las mismas cepas aun desnudas.

Fue allí donde Benja entabló conversación con Silvia.

—Perdona, Silvia. He visto tu ficha hace un rato y… ¿eres familia de Sabina Gabarri? —preguntó con su profunda voz, grave y amable.

—Sí, soy su nieta —asintió Silvia, comprobando lo atractivo que era Benja en las distancias cortas.

—¡Vaya! —exclamó él—. Yo soy el hermano pequeño de Asun. ¿No te acuerdas de mí?

—Sí… sí, claro —dijo sorprendida—. Eras pequeño cuando…

—Sí, creo que tú solías llevarme a los columpios junto a la plaza. O eso me han contado.

—Eras un crío que no paraba quieto, con la cara llena de mocos —rio ella recordando.

—¡Oh, mierda! —él hizo una mueca de vergüenza y rio también.

—Dabas mucha guerra.

—Seguro que sí —asintió Benja.

De pronto ambos se quedaron callados y Silvia pensó que cuando él tenía tres años ella ya tenía quince. Benja la miró fijamente, sonriendo y esa mirada le hizo sentirse tímida como una adolescente.

—¿Te importa? —dijo señalando el suelo junto a ella.

—No, no, siéntate —balbuceó sin encontrar una buena excusa para poder negarle el asiento.

Benja se sentó junto a ella, cruzando sus largas piernas con agilidad y tomó uno de los pinchos de boletus con virutas de jamón que estaban dispuestos sobre el mantel de aquel picnic de lujo, mientras Silvia se quitaba el *blazer* de lana y se remangaba la blusa para disfrutar del sol.

—¿Cómo está tu hermana? —preguntó Silvia por hablar de algo.

—¿Asun? Bien, bien… —dijo Benja dándole un poderoso mordisco a otro pincho de cordero glaseado con un toque de jengibre y lima—. Bueno, mejorando en realidad. Lo de Andrés fue un mazazo para todos. Pero ella es fuerte, sobre todo por las niñas.

—Perdona, pero no sé lo que le pasó a su marido —preguntó Silvia.

—Tuvo un accidente en el campo —respondió Benja.

—¿Tiene hijas?

—Dos. No le queda más remedio que tirar para adelante por ellas.

—Claro, me lo imagino —dijo Silvia reconociendo que no tenía ni idea ni imaginaba nada en realidad.

En aquel momento, Silvia se sintió un tanto frívola porque solo podía pensar en lo guapo que era Benjamín Olea, el hermano pequeño de su mejor amiga de la infancia. Su cabeza no lograba procesar nada más, así que se metió una tostada de queso de Cameros con confitura de manzana, nueces y salsa de miel de romero en la boca para distraerse a sí misma de sus impropios pensamientos. Los sabores básicos; salados dulces, amargos y ácidos; aún podía apreciarlos con facilidad. No así los otros más complejos.

«Toda una delicia para el paladar», pensó imaginando su verdadero sabor.

—La pequeña tiene seis y la mayor va a hacer once ya. Las ayudo todo lo que puedo, ahora ejerzo mucho de tío —asintió mirando a Silvia y a ella le pareció que él dudaba antes de preguntar—. ¿Por qué no las visitas? Asun se alegraría mucho de verte.

—No sé… hace tanto tiempo que no nos habla… vemos —se censuró ella cambiando de postura.

—Fuisteis muy amigas tengo entendido, por eso te lo he… Pero es igual. No he debido meterme —dijo Benja al notar una repentina incomodidad en Silvia.

—No te preocupes. Es solo que… no creo que quiera verme. Es una larga historia.

—Perdona, no es asunto mío.

—No, no importa —Silvia negó con la cabeza—. Nos enfadamos un verano. El verano que me fui a Francia.

—Sí, es verdad. Tú vivías en Francia.

—En París —asintió mordiendo una mini tartaleta de solomillo con salsa de vino tinto.

—¿Y qué haces por aquí?

—A mi abuela la han operado de la cadera y… —los ojos grandes y francos de Benja la miraron inquisitivos—. La vida, que da muchas vueltas.

—Sí lo sé. Pero ya sabes, en los pueblos todo el mundo habla.

De pronto, él cogió una botella de vino tinto, un gran reserva, y se dispuso a abrirla. Sus grandes y hábiles manos descorcharon la botella con un elegante y firme tirón. Sus dedos largos tomaron una copa y de un modo que a Silvia le pareció increíblemente masculino, le sirvió un poco.

—Prueba —susurró Benja con voz suave y ronca, haciendo que algo dormido y añorado se avivase dentro de ella.

Silvia lo hizo, posando sus labios entreabiertos y algo temblorosos sobre el fino y frío cristal, percibiendo la fragancia y volcando un poco del líquido aromático, púrpura y oscuro hacia su boca. El caldo a temperatura ambiente entró en contacto con su lengua y un débil sabor amaderado y afrutado impregnó toda su boca. Saboreó unos instantes, mientras el aroma del vino tinto la alcanzaba, bañando su mermado olfato y tragó lentamente. Después alejó la copa de sus labios y se los chupó para esparcir esa intensa esencia por ellos.

—Uhm… delicioso —susurró.

Benja, que había permanecido en silencio, observándola detenidamente, sonrió y asintió con agrado.

—Es un gran reserva pero más fresco de lo habitual en este tipo de vinos envejecidos y aromáticos. Este es de composición muy equilibrada y tiene un excelente buqué.

Ella asintió y le tendió la copa para que le sirviese un poco más de vino. A pesar de no lograr captar por completo su verdadera esencia estaba fresco y

era muy agradable sentirlo en la boca.

—Supongo que habrán hecho ya algunas curiosas teorías acerca de porque he aparecido ahora por el pueblo —dijo Silvia.

—Estás en lo cierto. Y algunas son realmente rocambolescas —rio Benja divertido, sirviéndose vino y bebiendo también.

—Cuéntame alguna —dijo ella dándole otro sorbo al vino que Benja le acababa de servir.

—Pues una de esas teorías dice que estás arruinada y que vienes a por el dinero de tu abuela. Que quieres vender todas sus tierras y embolsarte el dinero para volverte a París con tu último amante francés.

—¿Qué? —exclamó asombrada y divertida a la vez.

—Ya ves —sonrió Benja.

—¿Hay algo más que digan de mí? Por si tengo que desmentirlo.

—No mucho más. Y ya sabes… a palabras necias…

A las cuatro y media regresaron todos al hotel y pudieron admirar por fin la obra de Frank Gehry**.** El exterior metálico ondulado que dejaba ver los destellos púrpuras del vino a la luz del sol, era un claro reflejo de la obra más conocida del autor, el Museo Guggenheim de Bilbao. El sofisticado interior del hotel también llevaba el sello inconfundible de los diseños del arquitecto canadiense; paredes inclinadas, ventanas en zigzag y techos de gran altura.

Las dos chicas del grupo no habían parado de chismorrear durante el viaje de vuelta.

«A mi costa, me temó», pensó Silvia.

El tiempo libre lo aprovechó para dar una vuelta por el pueblo, intentando no coincidir con Benja. A las cinco, Silvia regresó al hotel para la segunda

cata del día que duró hasta las ocho.

Justo antes de despedirse de Benja, Silvia aprovechó para aclarar su tardanza de la mañana.

—Quería disculparme por haber llegado tarde esta mañana. He tenido un percance con el coche.

—¿Un percance? —preguntó él.

—He pinchado.

Benja sonrió y la hizo sonreír a ella también.

—¿Tienes con qué venir mañana? —preguntó él.

—De momento no. Tendré que llamar a un taxi para volver hoy y alquilarme otro cacharro horrible —dijo Silvia.

—Puedo llevarte yo ahora.

Y así, en la ranchera de Benja, Silvia regresó al pueblo.

La casa estaba tan oscura y silenciosa que le dio reparo entrar sola. De pronto, recordó que de niña le aterrorizaban las empinadas y oscuras escaleras que daban al segundo piso y subió deprisa los altos escalones de madera que crujían quejándose con cada una de sus pisadas.

Gracias al vino y sobre todo a la estupenda compañía, no se había dado cuenta de lo cansada que estaba. Silvia se echó vestida sobre la cama y tiró los dichosos botines de tacón al suelo empedrado. El golpe, que resonó en toda la casa, la sobresaltó. Miró a su alrededor. Sobre el cabecero de la cama colgaba un crucifijo, como sobre todas las demás camas de la casa. En el dormitorio también había un cuadro de la Virgen con el Niño. Entonces recordó el Sagrado Corazón al final del pasillo y aquella lucecita roja que su abuela siempre dejaba encendida por las noches y que de niña le daba miedo, al verla reflejada en aquella imagen de un Cristo con la mirada traspuesta

hacia lo alto.

Se sentía agotada y cerró los ojos para darse cuenta de que comenzaba a tener dolor de cabeza.

Enseguida se quedó dormida y soñó con el olor del vino en copas llenas de líquido rojo como la sangre oscura y brillante y con los ojos grandes de Benja mirándola. Pero de pronto, aquella agradable visión se convirtió de nuevo en pesadilla y la imagen de la niña muerta regresó.

Silvia despertó sudando y con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Le dolía la cabeza y un temor sin lógica la poseía. Era algo que la llenaba de tristeza y soledad envolviéndola en un frío húmedo e intenso.

De nuevo pudo escuchar el goteo repetitivo de un grifo. Decidió bajar a la cocina a beber un vaso de agua y a tomarse un paracetamol. Dio la luz del pasillo y bajó casi a la carrera, sintiendo el mismo miedo que de niña tenía al bajar a las cuadras, al retrete, cuando todo el mundo ya estaba acostado y durmiendo y esperaba hasta casi no poder aguantar más.

El agua con la pastilla le supo mal, como a hierro. Volvió rápidamente a la cama, dejó su audiolibro favorito sonando para intentar aplacar aquella extraña e incómoda sensación que aun sentía y se acostó con la luz dada y la tranquilizadora y sedosa voz del narrador, que la hacía imaginar que no estaba sola en aquella cama en la que el colchón se hundía bajo su cuerpo y sus pensamientos se volvían oscuros.

4

Silvia saltó de la cama olvidándose rápidamente del sueño que arrastraba por culpa de su enésima pesadilla y se dispuso a arreglarse. Al dar por concluida la labor y contemplarse en el espejo del baño se sintió satisfecha a pesar de las ojeras matinales. El pelo rojizo y brillante le caía sobre los hombros. Se percató de sus pecas marcadas debido al sol que había brillando con fuerza durante la comida del día anterior. «No necesito colorete», pensó contemplando sus mejillas sonrosadas. Se pintó los labios con un suave brillo rojo y sonrió. Con eso y un poco de rímel tuvo suficiente.

Se veía guapa por primera vez en meses. No era de las que se hacía retoques o usaba bótox, como otras conocidas de su edad. Aún tenía la piel sin poros visibles, libre de arrugas profundas o patas de gallo, tan solo unas leves arruguitas al fruncir el ceño o al sonreír. Sin manchas, exceptuando las pecas que tanto le disgustaban de niña y que ahora encontraba graciosas porque le hacía parecer más juvenil, aunque su mente supiese que no era así y su alma se sintiese todo lo contrario a joven. Había cumplido cuarenta y dos años hacía varios meses y en ese momento se dio cuenta de que ni siquiera lo había celebrado.

Cuando estaba a punto de salir por la puerta, Silvia se miró en el espejo una vez más y le impresionó aquel brillo febril en sus ojos, como el de una adolescente entusiasmada. Aun así, marchó decidida, con una sola idea en la cabeza que no era otra que cumplir la norma que se había impuesto a sí misma con obstinación: nada de hombres. ´

«Además, Benjamín Olea solo ha pretendido ser amable conmigo porque somos conocidos, nada más».

Pero en cuanto vio aparecer la ranchera negra y a su conductor se dio cuenta de que estaba lejos de tener la fuerza de voluntad necesaria para resistirse a la sonrisa que apareció en la cara de Benja al parar junto a la plaza y verla.

Respiró hondo, abrió la puerta, saludó y se sentó en el asiento del copiloto. La radio fórmula ayudó mucho a que el silencio inicial no se hiciese

demasiado evidente y embarazoso pero pronto pasó a ser un engorro cuando sonó una cancioncita de alguna joven estrella del pop y escuchó la letra acerca de un chico guapo, una chica y su siguiente error.

«Más acertada imposible», pensó Silvia.

Benja comenzó a charlar del curso de enología y Silvia, no queriendo parecer demasiado antipática ni habladora, le respondió por educación, sin explayarse mucho. Era extraño, pero en realidad no se sentía realmente incómoda a su lado, solo aturdida. Incluso creyó poder oler su fragancia.

«No parece un perfume, tal vez un agua de colonia», pensó.

Se concentró para intentar reconocer los aromas básicos de la fragancia. El tenue aroma de Benja le pareció que podía describirse como una mezcla de tierra mojada y madera con lo que le parecieron unas notas añadidas de musgo húmedo, profundo y fresco a la vez, y algún aroma más denso, pujante, masculino. Tal vez fuese pachuli.

A Silvia le gustó aquel aroma vívido que impregnaba el espacio dentro de la camioneta, tanto que hasta podía apreciarlo. Allí dentro, sin otras distracciones olfativas, sin viento, con él tan cerca pudo apreciarlo bien y pensó que Benja llevaba la esencia correcta o que tal vez aquel olor tan agradable era simplemente su olor personal, él que el irradiaba de forma natural.

Ella sabía que todos poseemos un aroma determinado, nuestro, único, que cambia con la estación del año, la edad o el estado de ánimo. En las mujeres, debido a las fluctuaciones hormonales tan acusadas, es aún más cambiante.

Y también sabía que ella no podía amar a alguien que tuviera un aroma que le desagradase. No, no podría compartir la cama con alguien con un perfume equivocado.

Silvia supo que estaba dejado de amar a Michel cuando se dio cuenta de que ya no le agradaba su olor en la almohada. Cuando fue consciente de que ya no le gustaba el aroma de su cuerpo.

Ya en el hotel, durante el desayuno, Benja charló animadamente con todos y Silvia se reafirmó en su convicción. Eso era la evidencia de que solo había sido amable y que el chico era simpático con todo el mundo por igual. Pero no pudo evitar sentirse decepcionada.

«¿Qué esperabas? Le llevas más de diez años», pensó enfadada consigo misma. En realidad le llevaba trece, los mismos que su hermana Asun a él. Y además, Benja lo sabía perfectamente.

Después de la clase teórica sobre la elaboración de vinos, en la que estuvo muy callada, realizaron la segunda visita a la bodega.

—Dependiendo del tiempo que el vino permanece en barrica se clasifica como Crianza, Reserva o Gran Reserva. En los vinos tintos el periodo de crianza en barrica de roble y botella tiene que ser de un mínimo de dos años naturales a contar desde el 1 de octubre del año de la cosecha de que se trate, seguida y complementada con envejecimiento en botella. El tiempo mínimo que debe permanecer en barrica es de un año. En los Reserva el periodo de crianza para tintos en barrica de roble y botella tiene que ser de un mínimo de treinta y seis meses, con un tiempo mínimo de permanecía en barrica de roble de doce meses. Los Gran Reserva tintos tienen que tener un mínimo de tiempo en barrica de veinticuatro meses, seguido y complementado con un envejecimiento en botella de treinta y seis, también como mínimo.

—Es igual para los blancos y rosados? —se atrevió a preguntar Silvia.

—No, es menos tiempo. En el caso de blancos y rosados el tiempo total para crianza es el mismo que para los tintos, pero solo es obligatorio un mínimo de seis meses en barrica. Para los Reserva blancos y rosados el tiempo total entre crianza en barrica de roble y botella tiene que ser un período mínimo de veinticuatro meses, con una duración mínima de crianza en barrica de roble de seis meses. Y para los Gran Reserva la crianza total es de cuarenta y ocho meses, como mínimo, con una duración mínima de crianza en barrica de roble de seis meses —explicó Benja sonriendo al final.

Mientras él hablaba, Silvia asintió y disimuló haciendo que tomaba notas.

En realidad le interesaba mucho más su voz y sus bellos gestos con las manos. Silvia concluyó que tenía unas manos muy bonitas.

Benja hizo pasar a todos a la zona de crianza y embotellado, tras lo cual tuvieron una cata de *champagne*. Y allí fue cuando Silvia pudo lucirse.

Él la felicitó delante de todos por sus conocimientos sobre el champán y Silvia pudo ver el codazo que se dieron las dos chicas jovencitas que le ponían ojitos a Benja cada vez que se les acercaba.

«No las culpo», pensó al no poder evitar fijarse en como la camiseta remarcaba los músculos de su larga y ancha espalda, los pectorales y el vientre.

La comida en el restaurante del hotel, galardonado con una estrella Michelín, con un menú degustación lleno de exquisitos platos del chef y vinos de la bodega, se alargó hasta más allá de las tres de la tarde.

Silvia siempre había pensado que lo importante para verse bien no era lo que llevase puesto sino cómo le hacía sentir lo que llevaba, pero presa de sus contradicciones, se echó un repaso en los lavabos para asegurarse de que había acertado con sus vaqueros, una blusa de seda blanca, botas de ante y una chaqueta también de ante marrón. Se ahuecó su media melena pelirroja, se lavó los dientes y se retocó los labios con el *rouge*.

Nada hace estar más guapa a una mujer que sentir que lo es, decía siempre su madre y Silvia se sentía bella aquel día.

Pero no quiso sentarse al lado de Benja como si fuese una "fresca", que es lo que hubiese pensado su abuela, así que se comportó y lo hizo algo alejada. Él se había quedado apartado del grupo, al fondo del *wine bar*, sentado en la barra, solo con su café y consultando algo en su móvil.

«Parece un buen chico, tranquilo y simpático. Y debería alejarme de él por el bien de los dos. No quiero acabar como… Demi Moore», reconoció Silvia.

Después se dirigió a la barra a por un café solo. Se había dado cuenta de que el café con leche no le sabía a nada. Aguardando a ser servida se sentó sobre un taburete y se giró hacia Benja. Fue entonces cuando lo descubrió mirándola pero no con descaro.

«Qué divertido es esto», pensó alterada de pronto. De nuevo regresaba aquel nerviosismo, esa especie de cosquilleo en el estómago que aumenta el ritmo cardiaco y la adrenalina.

«¿Pero qué estoy haciendo? Estoy en una cafetería en un pueblo perdido, aún no he firmado el divorcio y seguro que él piensa que no soy más que una vieja verde».

Pero lo miró y Benja le sostuvo la mirada y entonces toda la culpabilidad y la vergüenza se esfumaron porque Silvia tuvo la emocionante sensación de que ella le gustaba. Eso se nota, al menos ella lo había notado siempre en un hombre y nunca se había equivocado.

Sonrió y fue él quien se levantó para acercarse, respondiendo a su tímida sonrisa con otra preciosa y enorme, contagiosa, haciendo que la de Silvia se ensanchase sin remedio.

—Me has dejado impactado con tus conocimientos acerca del champán —dijo apoyando sus brazos sobre la barra, muy cerca de ella.

—He pasado casi toda mi vida en Francia, desde los diecisiete años y he tenido tiempo de tomar bastante champán, del bueno y del malo y además me gusta. ¡Mucho! —rio haciéndole reír a él también—. ¿Y tú? ¿No estabas en Madrid? Alguien me dijo hace años que habías estudiando allí.

—Y lo hice —suspiró Benja—. Me hice arquitecto y ejercí durante un par de años en un estudio muy conocido.

—¿Pero?

—Pero lo dejé. No era para mí —dijo con vehemencia—. Querían todo mi tiempo y hasta mi alma. No tenía vida. Todo era trabajo. Tras la pandemia lo vi claro.

Silvia se vio reflejada en sus palabras. Acababa de darse cuenta que en sus quince años como perfumista había priorizado siempre su trabajo. Siempre la primera en entrar por las mañanas y la última en salir. Había pospuesto vacaciones, familia, amigos, parejas, hijos… Pero ella siempre había amado aquel trabajo, esa era la verdad. Y lo echaba mucho de menos.

—Coincidió con la muerte de Andrés, mi cuñado. Vine unos días para el entierro y alejarme del caos de Madrid. La cosa se alargó por lo del confinamiento perimetral y al regresar me di cuenta de que no era feliz, que el ser arquitecto no era lo que quería hacer toda mi vida y me marché.

Lo dijo con seguridad, convencido de sus palabras.

—¿Así de fácil? ¿Y no te arrepientes? —preguntó Silvia.

—No, para nada —dijo Benja—. Esto, lo que hago ahora, es lo que en realidad siempre quise hacer. Asun se enfadó muchísimo conmigo pero dos años después no me arrepiento. Soy feliz aquí en mi pueblo, trabajando la tierra.

—Se te nota —asintió ella.

—He nacido entre viñas, he manejado la uva desde niño. He estado siempre entre barricas, en bodegas. El vino siempre ha estado muy presente en mi vida, en mi casa, en el pueblo. Beber vino, vendimiar y hacer vino era lo cotidiano en la vida de mi familia. Una forma de vida. Me apasiona el mundo del vino y estoy intentando crear mi propia bodega. Tenemos la viña de la familia, he comprado un terreno muy cerca donde he plantado un viñedo nuevo y me estoy construyendo una casa —dijo con orgullo—. Bueno… todavía solo es un proyecto. Los cursos de enología están bien pagados y me permiten ocuparme de las tierras.

Silvia entendió entonces lo del mono de trabajo y el barro en las botas. Miró a Benja a los ojos, asombrada de su determinación y valentía. Pero era normal, Asun y su hermano se habían criado sin madre y eso los había hecho fuertes.

—A veces, hacemos cosas para agradar a los demás, porque es lo que

esperan de nosotros, por no decepcionar a la familia —prosiguió—. En mi caso, mi hermana renunció a mucho para que yo pudiese estudiar pero llegó un momento en que me di cuenta de que aquella vida que estaba viviendo no era la que yo quería realmente, era la que los demás querían que tuviese. Y me decidí. No tengo que sentirme culpable por eso. Aunque sé que mi hermana me ve como un gilipollas desagradecido.

«Conociendo a Asun no lo dudo», pensó Silvia.

—Me extraña y me parece tan admirable… La gente joven suele hacer todo lo contrario, dejar su pueblo e irse a la ciudad o al extranjero.

—Sí, yo voy a contracorriente —sonrió—. Muchos amigos de la carrera están fuera, es verdad, pero quiero creer que también se puede vivir de lo que vivían nuestros mayores y trabajar decentemente por crear un futuro digno en nuestra tierra.

—A mí me parece un poco sospechosa esa querencia de nuestros gobernantes para que los jóvenes salgan del país. Parece que los quieren echar a todos. ¡Y esa manía que les ha dado por los "emprendedores"! Es algo que me choca mucho. Desde que he llegado de Francia no paro de oír esa palabra. Por cierto, creo que tú eres un emprendedor —rio ella.

—¡Uf! Odio ese eufemismo tan… idiota —dijo Benja poniendo cara de asco. Prefiero ser un agricultor a secas, es más digno.

Silvia asintió admirando su sensatez.

—Eres muy joven para tener las ideas tan claras.

—No tanto, ya tengo veintinueve, voy a cumplir treinta este año. Tuve que madurar pronto.

Silvia sonrió removiéndose incómoda en el taburete. «Solo veintinueve... Y yo tengo… cuarenta y dos. ¡Qué ilusa soy!».

Benja la acompañó de vuelta a casa y continuaron hablando del champán y

de términos vinícolas en francés que ella le intentó hacer pronunciar bien sin mucho éxito.

—Sé bastante inglés, me defiendo bien, pero el francés no es lo mío —rio él.

—Pues deberías visitar una bodega francesa.

—Sí, no lo descarto. Creo que ellos han innovado mucho en los últimos años. Aquí todavía cuesta el intentar introducir cambios. No nos sabemos vender como los franceses. Los agricultores son muy reacios a las novedades o a invertir. Y el gobierno autonómico no ayuda en nada a que esto cambie, solo a los bodegueros que nos compran la uva a un precio ridículo, no a los que la producimos —hizo un gesto de desagrado.

—Pero allí las vides son diferentes, más altas.

—El "parral" es de origen español y las "contraespalderas" son de origen francés —asintió con voz suave.

—Lo más impresionante son los *chateaus*, son verdaderos castillos, con almenas y todo. Suelen tener bonitos jardines con rosas por todas partes, incluso alrededor de los viñedos —dijo sintiéndose como una frívola idiota, hablando de jardines.

—El motivo no es decorativo, sino preventivo. Las vides son muy sensibles al ataque de un hongo que provoca una enfermedad llamada "oídio", muy dañina y difícil de erradicar si no se detecta a tiempo. Este hongo también ataca las flores delicadas, como las rosas, y sus síntomas; unas manchas en las hojas; son visibles antes en los rosales que en las vides. El rosal sirva de alarma para detectar a tiempo la enfermedad y tratarla en la viña antes de que sea demasiado tarde. Por eso echamos azufre, para evitar ese hongo —hizo una pausa y se disculpó—. Perdona, parece que te estoy dando clase.

Ya anochecía y el cristal comenzó a empañarse dentro de la camioneta. Afuera hacía frío. La temperatura bajaba rápidamente al ponerse el sol. Benja se dio cuenta y puso la calefacción.

—Sabes un montón de cosas acerca de las viñas y del vino —dijo Silvia admirada.

—Me encanta todo este mundo del vino. Pero todavía me queda mucho por aprender. Lo he estudiado y lo sigo estudiando —dijo sonriendo—. ¿Sabías que el hongo *Oidium tuckeri* entró a mediados del XIX procedente de Inglaterra? Yo no lo supe hasta hace poco. Al parecer sus esporas se propagaron entre las plantas a tal velocidad que en menos de dos años acabó con la mayor parte de las cepas de las regiones vinícolas. En aquella época, los viñedos se encontraban alrededor de los monasterios, que tenían jardines. Los monjes cistercienses estudiaban la estructura del suelo como auténticos geólogos, elegían las mejores parcelas, experimentaban con la poda y seleccionaban las mejores plantas. Cuando el hongo se difundió entre los viñedos de Borgoña, los rosales fueron los primeros en sufrir la enfermedad, y los monjes pudieron salvar sus viñedos aplicando, primero a los rosales y después a las cepas, un tratamiento basado en espolvorear las plantas con azufre. Los rosales se convirtieron desde entonces en plantas que servían al viticultor para detectar enfermedades.

Fue en ese punto de la conversación cuando llegaron al pueblo. Las luces más intensas al final de la carretera se lo anunciaron.

—Ya hemos llegado —susurró Benja alcanzando la plaza.

—Sí… No puedo creer que sea ya tan tarde —dijo Silvia mirando su reloj y abrochándome la cazadora—. Gracias por traerme otra vez.

—No hay de qué. Recuerda que mañana tenemos la cena de despedida.

—¿Hay que ir muy formal o informal?

—No sé… Un intermedio —sonrió—. Y aún nos queda una cata.

—Vale —dijo ella saliendo de la camioneta con prisa.

Benja bajó la ventanilla, se asomó y Silvia aguardó junto a la camioneta, con la puerta abierta.

—Pasaré a buscarte, si te parece.

—Sí. Te lo agradezco mucho, Benja. Me haces un gran favor haciendo de taxista —bromeó—. Aun así, tengo que agenciarme un coche.

El rio y a Silvia, su risa le sonó de maravilla y la hizo sonreír.

—¿A eso de las… seis?

Silvia asintió y cerró la puerta. Al acercarse a la casa se giró para saludar a Benja con la mano.

«No estará mirando y entonces me convenceré de que no le importo de esa forma», pensó.

Pero sí lo estaba.

A punto de perder la consciencia, con aquel caer constante de una gota martilleando en su cabeza, Silvia creyó escuchar una risa en el dormitorio. Aquella extraña risa pronto se convirtió en un eco que llegaba desde algún otro lugar de la casa y que la transportó a un profundo y desasosegante sueño.

Aún resonaba en su cabeza cuando la bruma de recién despertada la mantenía somnolienta. Se incorporó con todos los sentidos alerta y escuchó. Ya no solo la percibía en su cabeza, aquella risa sonaba en la habitación, a su alrededor y en ese instante llegó a pensar que todos sus esfuerzos por permanecer cuerda habían sido en vano.

De pronto, sentada en la cama, sintió un fuerte aroma a humedad que le llenó las fosas nasales. Pero no había agua por ninguna parte, ninguna gotera en la pared, ropa mojada o algo húmedo que provocase aquel hedor, nada. Y lo más importante de todo, con su atrofiado olfato no podía olerlo en absoluto.

«¡Me estoy volviendo loca como mi madre!», pensó aterrorizada.

Su madre había comenzado con las primeras señales del Alzheimer muy

pronto. Tuvo un síntoma muy característico: olía cosas que solo estaban en su cabeza. Tenía lo que más tarde los médicos denominaron "fantosmia". Se obsesionaba con aromas imaginarios que para ella eran tremendamente reales. Era un síntoma de que su cerebro había emprendido un deterioro sin retorno.

Ese había sido en realidad el mayor miedo de Silvia, mostrar las primeras muestras de la senilidad precoz que había padecido su madre y que ahora la tenían postrada en una silla de ruedas, en una residencia de ancianos, sin recordar tan siquiera su nombre.

Luchaba contra aquel miedo desde que le sobrevino aquel ataque de pánico en plena calle, en París, durante el pico más alto de la segunda ola de la pandemia de COVID-19, que apenas dos años después, ya se daba por controlada en todo el planeta.

Aquella tarde de 2020 volvió a su mente. Había sido una semana de constantes noticias terribles, con mucha presión en el trabajo. El lanzamiento de la última fragancia de la casa perfumista no podía retrasarse más, a pesar del caos en el que estaba sumida la capital francesa y Europa entera. Estaba planeado para noviembre y así sería.

Caminaba de vuelta a casa por el barrio de Marais, su barrio. Recordaba con claridad el sonido de la sirena de una ambulancia, un coche que tocaba el claxon con insistencia y el llanto desesperado de un niño. Iba algo aturdida por un cansancio persistente que sufría desde hacía días y cruzó la calle para no escuchar los lloros de aquel niño. Caminaba deprisa, le zumbaban los oídos y pudo ver como un conductor le chillaba algo que no entendió. Solo logró ver sus ojos furiosos sobre la mascarilla. Entonces, justo al pisar la otra acera, se dio cuenta de que estaba hiperventilando. Dejó caer el bolso a sus pies y se quitó su mascarilla de un tirón, cogiendo aire en rápidas bocanadas. Fue cuando se dio cuenta de que no podía oler nada, no había ningún olor reconocible a su alrededor y supo que tenía el virus, que la había alcanzado.

El corazón le golpeaba en el pecho tan deprisa que lo podía escuchar en su interior. En ese instante Silvia sintió que no podía respirar, que le faltaba el aire. El pánico, un miedo descomunal y poderoso, la paralizó. Miró a derecha y a izquierda asustada y supo que su vida acababa de cambiar porque había

perdido el olfato. Vio caer el bolso, resbalar de sus manos a cámara lenta. Después no pude sostenerse en pie y se hincó de rodillas sobre la acera, mientras escuchaba voces de gente alrededor, que preguntaban si le ocurría algo, si estaba bien.

Aquel recuerdo angustioso terminó devolviéndola al presente. Sentada sobre la cama comenzó a sentir náuseas. Pero reaccionó y se puso a respirar lentamente, intentando ralentizar su ritmo cardiaco, tratando de mantener a raya sus pensamientos, que se sucedían sin cesar, atormentándola.

Silvia se levantó empapada en sudor, aterrada, con ganas de vomitar. Fue al baño y se lavó la cara con agua fría, queriendo apartar aquella risa de su mente, respirando hondo. Todo le olía a humedad y a un frío metálico.

Levantó su rostro mojado y se miró en el espejo mientras escuchaba el goteo del grifo del lavabo, de la ducha, de la cisterna. Aún era ella, aquella extraña que veía en el espejo y que pronto sería una vieja a la que no reconocería.

Porque lo malo de envejecer, lo realmente cruel para ella no era tener canas o arrugas, o dolores articulares o vista cansada. Eso no lo ven los demás, puede esconderse o disimularse. Lo cruel era que por dentro seguía sintiéndose igual, seguía siendo la misma que hacía veinte años solo que la gente ya no la veía así.

Las náuseas cedieron y la risa cantarina de la niña cesó, tal como había comenzado. Se quedó unos segundos esperando, por si regresaba aquel sonido y el olor metálico y frío pero no lo hicieron.

Silvia aprovechó la mañana libre para ir a ver a su abuela a Logroño. Iba a ser dada de alta y ya podía regresar a su casa. Después de los extraños sonidos y olores inexplicables, tenía que reconocer que prefería tener a alguien más en la casa, aunque fuese su adusta abuela.

Su hermana ya estaba allí cuando llegó.

—Vendré a verla a menudo, abuela —dijo Nagore.

—Gracias hija, te pareces tanto a tu padre… —le sonrió Sabina Gabarri.

Su hermana pequeña siempre había estado más unida a su abuela que ella. De niña, su abuela siempre decía que ella era igual que su madre cuando la regañaba. Era cierto, Silvia se parecía más a su madre. Para empezar era pelirroja, como ella. Su padre no la había dejado ningún rasgo físico. En cambio, su hermana Nagore, a la que Silvia llevaba diez años, casada con un chico estupendo, como decía su abuela, y que pronto iba a ser madre de un bebé, era clavadita a él.

En ese momento tuvo ganas de sincerarse y contar lo que le ocurría. Las risas de aquella niña, el olor a hierro, la angustia por las noches, pero enseguida desechó la idea porque ¿quién iba a creerla?

5

Cualquier emoción primigenia nos viene dada por el sentido del olfato. Los olores, los aromas son el primer placer, un placer inmediato y forman parte de nuestra memoria. Silvia lo sabía perfectamente. Algunos pertenecen a nuestra infancia, otros a nuestro mapa sentimental pero todos nos sumergen en las emociones más escondidas, las que pensábamos que el tiempo ha borrado ya.

Por eso un olor es capaz de hacernos viajar atrás en el tiempo. Está conectado directamente con los sentimientos. Un olor es como un fantasma, una presencia escondida, algo invisible, traicionero, que no sabemos cuándo va a aparecer para remover nuestra memoria y tal vez nuestra vida entera.

El aroma preferido de Silvia siempre había sido el de una de las primeras fragancias que había conocido a su llegada a París. La utilizaba una profesora que tuvo en La Sorbona, una mujer que siempre le pareció el colmo de la elegancia y la modernidad, una mezcla de Coco Chanel y Madame Curie con bata blanca de laboratorio.

Los perfumes pueden acompañar todos los momentos de la vida, pero no nos perfumamos de la misma forma por la mañana que por la noche. Es mejor adaptar la intensidad del aroma en función del sentido del humor, los deseos y las circunstancias de cada uno. Para ella siempre había sido un verdadero ritual perfumarse para una ocasión especial. Y decidió que esa noche iba a serla.

Silvia sabía que un buen perfume no se esfuma con el paso de las horas sino que permanece siempre en la piel pero sin abrumar. Y el extracto, la forma más pura de aquella famosa fragancia francesa, de casi 300 euros los 30 mililitros, era todo un lujo.

Siempre se había gastado el dinero en productos buenos y caros a pesar de

que, cómo química, sabía que ninguna crema obra milagros por sí sola. Le encantaban las cremas, los *serum*, las mascarillas, sus texturas, sus fragancias, la sensación deliciosa que dejaban sobre su piel, como un suave velo sedoso que prometía detener el tiempo.

Pero intuía que todo tenía que ver con esas cremas que nos dieron de bebés, con el agua, el ritual de los baños, la calidez del talco, la suavidad de las pomadas, la sensación de ser cuidados y amados que se nos queda en la piel mientras nos bañan.

Además de perfumar su cuello desde debajo de las orejas, en una línea descendente hasta el escote, y las cara interna de las muñecas, Silvia perfumó la ropa interior y su peine. Después se cepilló con él la melena. Al mover su pelo suelto, sabía que liberaría su suave aroma, como una nube a su alrededor.

No se sobrepasó y prefirió echarse poca fragancia, pecar de escasez que fiarse de su mermado olfato y excederse para acabar abrumando y oliendo como la zona de perfumería de unos grandes almacenes. Ese sabía que era el peor lugar del mundo para poder encontrar o elegir un perfume que inspirase.

El maquillaje suave pero la piel bien tratada para parecer descansada, sin bolsas u ojeras, que es lo que destroza cualquier pretensión de parecer juvenil, se dijo.

Se puso un vestido lencero negro con encaje de Chantilly y una generosa abertura lateral, con los tirantes cruzados a la espalda, muy parecido a un salto de cama, de seda y una maxi chaqueta negra, un *vintage* de Yves Saint Laurent, de estilo esmoquin con solapas de seda, que se había comprado hacía años, como capricho.

El único color que consintió fue en los zapatos, unos *stilettos* de Louboutin en charol morado y rojo, que ya le empezaban a estar cómodos, su *rouge* y las uñas, a juego con los labios. Como ropa interior solo cabía ir sin sujetador y llevar un tanga que no se marcase bajo la fina tela de seda.

«Y como colofón hay que hacerse esperar, solo un poco», se dijo respirando hondo.

Al salir por la puerta con diez minutos de retraso y encontrarse con Benja, que le aguardaba apoyado sobre la camioneta, Silvia se dio cuenta de que estaba realmente atractiva porque los ojos de él se abrieron mucho y su sonrisa se amplió mientras la repasaba de la cabeza a los pies.

Un par de vecinas que pasaban se quedaron boquiabiertas mirándola con descaro, parándose a saludar para marcharse cuchicheando, emocionadas por tener con qué alcahuetear durante días. Silvia reconoció a Gregoria como una de ellas.

Benja no se había quedado atrás. Llevaba una camisa blanca impoluta con los dos primeros botones sueltos y una chaqueta gris oscura con un leve toque de azul, con unos pantalones estrechos también azules oscuros, con un cinturón discreto. Estaba tan guapo que daba gusto verlo.

—¡Vaya! —exclamó remarcando cada una de las dos sílabas—. ¡Si tienes piernas…!

—Pues sí. Espero… no helarme de frío —sonrió Silvia nerviosa.

—No creo, hace buena noche —musitó Benja sin dejar de mirarla.

Era obvio, por su cara, que a él le gustaba lo que veía. Ella no había olvidado cómo se coqueteaba y batió sus pestañas cargadas de *rimmel* sonriendo.

Silvia se dirigía a la camioneta cuando Benja la frenó.

—Espera, vestida así qué menos que abrirte la puerta.

Se adelantó y con un gesto muy galante la invitó a pasar a la camioneta.

—Gracias —susurró Silvia.

Se sentó en el asiento del copiloto y pude comprobar que sus piernas ponían nervioso a Benja, porque durante todo el viaje intentó no mirarlas sin conseguirlo.

Silvia sonrió para sus adentros. No había olvidado cómo se jugaba.

Realizaron la última charla teórica sobre la cata en el hotel, haciendo una sesión comparativa con vinos de otras regiones españolas con denominación de origen. Después Benja les hizo entrega de un diploma y de unas muestras de productos cosméticos que se usaban en el spa del hotel y que entre sus principales ingredientes utilizaban vino.

A eso de las ocho y media se dirigieron a la cena, servida en el *lounge*, en la planta más alta del hotel, con unas vistas nocturnas espectaculares sobre el pueblo y los viñedos.

No supo cómo pero a los postres, Silvia acabó contándole a Benja cómo encontró a Michel con una alumna suya, al parecer una chica muy aventajada y que se tomaba las clases de su marido, doctor en química, muy a pecho. Lo hizo de un modo muy sarcástico y Benja intentó aguantarse la risa sin éxito.

—¡Y terminé invitándola a un café! —rio ella—. La chica no tendría más de veintiún años y estaba hecha polvo. ¡Ups! No he debido decir eso.

Benja soltó una carcajada haciendo que todas las miradas de la mesa se centraran en los dos.

—Es bastante jodido que los pillases en la cama —bromeó él bajando la voz.

—Sí, jodido es la palabra —rio Silvia.

—Pero no lo entiendo —dijo Benja.

—¿El qué no entiendes? —dijo ella dándole un sorbo al champan.

—Lo de tu ex con su alumna. El gran doctor no era tan inteligente después de todo.

—No, no lo era. Ni yo tampoco —suspiró encogiéndose de hombros—. Cuando lo conocí en un curso de verano en la universidad yo también era su

alumna, y él estaba casado. Debí imaginar que a mí me haría lo mismo que a su ex mujer. Siempre le gustaron más jóvenes y bueno… ya no tengo 21 años, eso está claro.

—Sigo sin entenderlo.

—Cuando tengas más edad lo entenderás, supongo.

—No, no lo creo. No todos los hombres somos iguales —susurró Benja mirando a Silvia a los ojos con una intensidad que a ella le hizo perder el hilo de sus pensamientos.

—Bueno… eso ya es agua pasada y no me importa. En cierto modo me hizo un favor —suspiró ella—. Estábamos juntos por inercia. En realidad ya no le amaba, ni él a mí. No teníamos nada en común y todo lo que un día me gustó de él llegué a aborrecerlo. Era predecible, aburrido, arrogante…

—Sí, creo que sí, que te hizo un favor —asintió él—. Pero creo que eres muy dura contigo misma.

—Sí, suelo serlo —musitó—. Soy doctora en química y creo que eso es lo que somos las personas, pura química. Y esos compuestos y hormonas que segrega nuestro cuerpo nos nublan el cerebro momentáneamente pero cuando sus efectos pasan solemos darnos cuenta de la realidad y recuperamos la cordura.

—¿Eso crees que somos? ¿Crees que el amor tan solo es una química pasajera? —sonrió Benja.

—Una intoxicación más bien. Como una borrachera —rio ella.

—Puede que tengas razón —asintió él—. A veces continuamos con una persona por simple comodidad o por el qué dirán.

Se dio cuenta de que Benja la entendía. Ambos se contemplaron en silencio unos instantes. Los ojos de Silvia se quedaron fijos en los de él y por un segundo se quedó perdida en su mirada.

—Estos *Petits Fours* están deliciosos —dijo ella para romper el silencio,

probando un pequeño pastelillo del postre—. Y las "uvas de hielo"… Muy original.

—¿A ver? Es diferente a mi postre. Yo he elegido el otro —dijo Benja.

—Toma…

Silvia le dio a probar uno de los suyos mientras él le cedía otro.

—A mí me encanta el "caviar de vino tinto" que nos han dado como entrante. Siempre que lo pruebo me parece que está mejor que la vez anterior – dijo Benja.

—Es exquisito —asintió ella—. Y las croquetas…

—¡Deliciosas! Tenían mucho sabor. Por cierto, ¿cómo está tu madre? —preguntó él rompiendo el encanto de aquel momento.

—Irreconocible. El Alzheimer está ya muy avanzado.

Benja asintió serio y la miró con ternura.

—Recuerdo que siempre que llegabais al pueblo era todo un acontecimiento. Tu madre me parecía como una estrella de cine. Llegaba conduciendo ella, con esos zapatos de tacón y pantalones vaqueros, tan bien peinada y fumando…

—Sí, era…

—Muy guapa y elegante. Como tú —le soltó Benja.

Silvia se quedó mirándolo. No le dijo que temía seguir los pasos de su madre, que Maite había comenzado a sentir los primeros síntomas de la enfermedad a los cuarenta, en forma de cambios de humor repentinos y breves ausencias. Un día se perdió y no supo volver a casa. Ahora tenía casi setenta años y era casi un vegetal.

—No soy una buena hija. No la veo mucho. Mi tía se ocupa mucho de ella, es su hermana pequeña y la visita todas las semanas para comprobar que

no le falta de nada. Pero no la reconoce tampoco. Está postrada en una silla de ruedas desde hace años, sumida en su mundo de olvido. Cuando voy a verla, a veces cree que soy su madre.

—Lo siento —susurró Benja.

—La parte más cruel de la enfermedad es al principio, cuando se dan cuenta de lo que les está pasando pero llega un momento en que no pueden acordarse de nada. Aunque ocurre lentamente y eso es lo más cruel. Ahora creo que es mejor para ella no recordarse ya.

Silvia se quedó callada sin saber cómo continuar la conversación. Solo sonreía con tristeza intentando que los sentimientos no se le desbordasen tanto como para llorar. Benja le cogió la mano sobre el mantel y la apretó en la suya. Ella no se la retiró hasta pasados unos segundos.

—No pienso dejar que te pongas triste esta noche. Ya eres diplomada en enología —dijo él con ternura y algo que Silvia vio en sus ojos le dio ganas de llorar. Una especie de calma tierna y cálida que la desarmaba.

—Me pongo tonta y nostálgica cuando bebo un par de copas y no debería haberlo hecho —se disculpó dejando la segunda copa sobre la mesa, sin terminar. Estaba rompiendo las normas, todas, incluso las suyas propias—. Pero esta tan bueno este vino… ¿Es un crianza, reserva…?

—¿Tú qué crees?

—No sé…

—¡Venga, arriésgate!

—Creo que… un reserva, por el aroma, tiene más matices, más cuerpo que un simple crianza pero menos que un gran reserva —dijo Silvia dudando un poco de sus mermados sentidos.

Benja asintió sin dejar de mirarla.

—Serías una excelente *sumiller* —dijo haciéndola sonreír.

—¿Es necesario tener una… nariz especial para ser un buen *sumiller*? —se atrevió a preguntar Silvia.

—Creo que lo que hay que tener es una sensibilidad especial que te ayude a entender el vino. El olfato es importante pero también lo es el hacer un ejercicio de memoria de "nuestros olores"—respondió Benja.

—Entonces es como… ¿una cuestión de recuerdos?

—Pues sí, el aroma te puede llevar a recuerdos agradables o desagradables. Tal vez ese vino te huela a cerezas y ese olor te remita a las que te daba tu abuelo, que también comía caramelos de café con leche y al final el vino te recuerde al aroma del café en una cafetería de… París, a donde ibas con aquel primer novio.

—Así que, según tú, la cata es en gran parte un ejercicio de memoria de las emociones, como rebuscar las huellas que dejaron antiguos aromas —dijo Silvia.

—Exacto —asintió Benja satisfecho.

—Entonces el mundo del vino y del perfume son muy parecidos —concluyó Silvia.

—Probablemente.

—¿Y lo del maridaje que está ahora tan en boga? ¿Eres partidario?

—Bueno, si estás comiendo muy a gusto con un vino, si ese en concreto te produce una sensación placentera al paladar, si disfrutas, no tienes necesariamente que cambiarlo por otro solo porque lo recomiende el chef de moda, la guía Michelin o lo tome el marqués de chorrapelada.

—Eres fiel a tu paladar —rio ella.

—Sí, creo que lo soy —sonrió Benja.

Su mirada era dulce y la hacía sentirse tranquila y relajada.

—Me ha encantado el curso. El mundo del vino es apasionante, muy divertido y el profesor ha sido de los mejores que he tenido jamás —sonrió Silvia.

—Gracias y tú una excelente alumna que huele de maravilla —susurró Benja con su voz grave y acariciadora.

Sonaba *Mad about the boy*, de Dinah Washington como telón de fondo. Benja la miraba, no paraba de mirarla. La canción no podía ser más acorde al estado de ánimo de Silvia. Cada sílaba, cada palabra no hacía sino reafirmar sus sentimientos. Ella también se sentía joven de nuevo y todo por él, porque el chico la volvía loca.

La canción terminó. Se miraron mutuamente y ella supo lo que él quería. Era lo bueno de hacerse vieja, podía anticiparse a muchas cosas porque ya las había vivido antes.

«Soy una cobarde», pensó justo antes de mirar su reloj con el propósito de deshacer el encanto del momento.

—Es tarde y mañana traen a mi abuela a casa. Debería irme ya —dijo Silvia.

«Y después ya no tendré ninguna excusa para no regresar a París», pensó.

—Sí, son casi la una. Te llevo. Quiero aprovechar para trabajar un rato en la viña mañana por la mañana.

—Gracias. Echo de menos tener coche. No puedo ir a ninguna parte…

—Sin mí —sonrió Benja.

La abuela iba a llegar en ambulancia desde Logroño y su hermana Nagore, que no podía dejar su trabajo en Bilbao, le pidió que se quedase unos días más con ella, para ver si podía estar sola en su casa con la ayuda de Gregoria. No había conseguido convencerla con lo de la residencia.

Los planes de Silvia de regresar pronto a París se habían ido al traste pero a quién quería engañar, no por culpa de su abuela sino porque quería quedarse, solo unos días más, por Benja, para saber hasta dónde podía llegar aquello que tenían.

Ella supo que era pura vanidad por su parte pero no podía evitarlo. Por primera vez había estado sin pareja el tiempo suficiente para disfrutarlo y no era su intención volver atrás.

Se dijo que sabía lo que él quería, conocía a los hombres a esas alturas y Benja era encantador pero un hombre al fin y al cabo. Solo sería sexo, nada de amor. No le importaba, a ella le encantaba el sexo. Seguramente, sentía curiosidad porque ella era mayor que él. Tal vez la desease pero Silvia sabía lo que podía esperar. Si lo tenía claro desde un principio podría hacer que las cosas no se complicasen. No quería equívocos. Y tampoco que fuese algo público. Podía ser solo una aventura. No quería nada más. No se lo tomaría en serio. Sería práctica por una vez en la vida.

La noche anterior, al volver de la cena, él había dado el siguiente paso y le había propuesto que lo acompañase a la fiesta de "Quintos" que se celebraba aquel fin de semana en el pueblo.

«Solo tendrás que bailar conmigo en la verbena», dijo.

«Vale», se escuchó responder a sí misma en voz alta y clara. E inmediatamente se arrepintió de nuevo.

«Acabo de liarla», pensó.

6

Silvia subió al dormitorio con la intención de leer y distraerse un poco mientras esperaba la llegada de su abuela.

Justo al salir de la habitación, en el largo y estrecho pasillo, fue consciente de que había algo en aquella casa que la inspiraba una sensación de desasosiego que crecía día a día. Intentó no pensar en ello y se dirigió al dormitorio deprisa. La casa entera volvía a oler a humedad y de pronto sintió miedo. Había algo, una presencia, estaba en los muros, en el aire, no solo en sus sueños y cada vez era más intensa. La notaba a su espalda, en la nuca, como una caricia helada y ya no lograba apartarla de su mente.

Antes de llegar al cuarto escuchó de nuevo aquella risa de niña. Venía de "el alto", el lugar donde su abuela tenía la despensa y el desván de la casa.

Avanzó por el pasillo hasta el último tramo de escaleras que daba al cuarto abuhardillado poseída por aquella risa que la obligaba a continuar a pesar del terror que su sentido común le decía que debía sentir.

Silvia abrió la puerta de madera, que chirrió quejándose agónicamente y entró muy despacio. La habitación estaba en penumbra, con casi todas las contraventanas de los pequeños ventanucos cerradas. Allí, entre todas las cosas olvidadas y los cachivaches de generaciones de su familia, de pronto, sintió una especie de corriente de aire, un frío húmedo que la rodeó y la hizo envolverse con la gruesa chaqueta de lana que hacía las veces de bata.

Enseguida reconoció algunas cosas: un tocadiscos, una máquina de coser antigua, sillas, varias lámparas de pie sin tulipas, maletas, cestos de mimbre, una despensa antiguamente llena de conservas y el colchón de lana de sus juegos de niña, con el que Asun y ella jugaban a fabricarse una cama con dosel y donde se tumbaban a hablar de sus sueños, los que iban a cumplir en cuanto fuesen mayores.

El corazón de Silvia latía con fuerza retumbando en sus oídos. No podía oír nada más que eso y su respiración. Al caminar entre aquellos bártulos y tocar uno de ellos una nube de polvo rompió la quietud de aquel santuario,

casi un cementerio de cosas abandonadas y olvidadas.

El polvo se esparció por el aire creando una neblina llena de diminutas partículas que flotaban a su alrededor, bailando al trasluz de la ráfaga luminosa que entraba por la puerta entreabierta.

De pronto se fijó en un arcón de madera medio tapado por unas cuantas mantas raídas. Algo, como si una voz en su cabeza se lo dictara, le hizo acercarse para agacharse, retirar las mantas y posar sus manos sobre la tapa de madera. El olor a aquella humedad extraña y metálica era cada vez más intenso.

Acarició la madera oscura y brillante e intentó abrir aquel cofre del tesoro que no recordaba que hubiese estado allí nunca. Sin que casi lo intentara sonó un clic y el cerrojo metálico le permitió levantar la tapa y mirar dentro del baúl. Al hacerlo algo salió de dentro, Silvia lo sintió, fue como un soplo de aire leve, húmedo y helado que le dio en la cara y se esfumó a su alrededor envolviéndola. En ese momento, a su espalda, percibió de nuevo esa risa infantil tan juguetona e incluso alegre y el frío, un frío mojado e intenso que le calaba los huesos y el alma y la hacía temblar.

Se asustó y dejó caer la tapa al tiempo que escuchaba el timbre de la entrada.

—¡Voy! —gritó extrañada por la angustia y el temblor de su propia voz.

En su desesperación, recordó que aquel sonido no era nuevo para ella y que por extraño que pareciese, se daba perfecta cuenta de que esa risa cantarina y feliz ya la había escuchado antes en alguna parte.

«En realidad… ¡aquí mismo!», recordó asombrada.

Silvia recordó que una vez, de niña, jugando al escondite con su amiga Asun, la única que tenía en el pueblo durante aquellos veranos interminables, llegó hasta "el alto", como llamaba su abuela al desván bajo el tejado. Aquel lugar oscuro y misterioso donde se guardaban los trastos viejos, las conservas, los embutidos y que de niña le olía a pimentón.

Recordó que, en aquella ocasión, nada más entornar la puerta con sigilo, escuchó la risa de una niña y creyó que era Asun que estaba escondida dentro, en la oscuridad. Entró y llamó a su amiga pero allí no había nadie. Lo extraño fue que en vez de asustarse y salir corriendo se quedó dentro escuchando aquella risa, hasta que se desvaneció.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Tenía aquel recuerdo perdido en su memoria desde hacía tanto tiempo… Entonces Silvia comprendió que aquella era la misma risa que la de la niña de sus sueños.

Bajó corriendo las escaleras y se plantó en el portal, delante de dos enfermeros y su abuela. Uno de ellos sujetaba un bolso de viaje y el otro una muleta y la abuela estaba de pie, muy derecha y ceñuda, entre los dos.

—¿Se puede saber por qué bajas las escaleras armando tanto escándalo? Ya no eres ninguna niña. ¿Y por qué traes esa cara? Ni que hubieses visto a un fantasma —refunfuñó su abuela.

Silvia iba a responderle que era eso exactamente lo que acababa de ver o más bien sentir pero al observar la cara de circunstancias de los sufridos enfermeros y el ceño fruncido de su abuela se apiadó de ellos y decidió no hacerlo.

—Hola abuela, ¿cómo se encuentra? —dijo dándole un beso en su mejilla fría.

Silvia siempre la trataba de usted, como hacía su padre.

—Perfectamente —le espetó su abuela—. Pero tú estás muy flaca.

Ella sí que le pareció más mermada de lo que recordaba. No se había dado cuenta al verla en el hospital, tumbada en la cama pero allí delante, con su sempiterno moño ahora completamente blanco, se daba cuenta de que estaba más delgada y encorvada.

La abuela Sabina vestía ropa de alivio desde tiempo inmemorial. Se había pasado media vida guardando luto. Primero por sus propios padres, después por su marido y luego por el padre de Silvia.

Silvia recogió su bolso de viaje y la muleta, dio las gracias a los enfermeros y tomó del brazo a su abuela para ayudarla a subir los escasos escalones que llevaban desde el portal hasta el primer piso.

A Sabina Gabarri le costó hacerlo pero no se quejó en ningún momento. Cuando llegó a "su cocina" se dejó caer en una silla, agotada. Silvia se quedó quieta, observando a la anciana, aturdida aún por lo que acababa de ocurrir

—¿Qué tal está tu madre? —le preguntó a Silvia, sorprendiéndola con su voz autoritaria, que no casaba con su cuerpo enjuto y cansado.

—Bien, en la residencia está muy bien atendida. Tiene muchos jardines para tomar el sol. No podía estar sola en casa ya y como yo vivo… vivía en París…

La abuela no respondió. Elevó una ceja como signo de desaprobación y Silvia no puede evitar sentirse culpable por no haber visitado a su madre más a menudo. Solo lo hacía en contadas ocasiones, calculó que apenas un par de veces al año durante una década.

—¡No te quedes ahí parada, muévete! que ya es mediodía y ya sabes que a mí me gusta almorzar temprano —le exigió a su nieta.

Automáticamente Silvia se puso a poner la mesa. Le pareció increíble que aquella mujer tan menuda de casi noventa años pudiese intimidarla tanto.

Pero a pesar del mal humor de su abuela, Silvia tuvo que reconocer que se alegraba de no estar sola. Fregó el par de platos, los cubiertos y los vasos y todavía un poco ausente se sentó junto a su abuela en el salón, a ver "el parte", que era como ella llamaba al telediario.

—El televisor es nuevo. Me lo trajo Nagore por navidad. Se oye muy bien y se ve mucho mejor que el otro —dijo.

Su abuela se dejaba llevar poco por cosas que no fuesen sus rezos, rosarios diarios o novenas a la Virgen pero le gustaba la televisión y se distraía

canturreando coplas de La Piquer. *Ojos verdes* era su preferida. Decía que todas las demás la imitaban y que solo eran unas descocadas, no como Concha Piquer, que era toda una señora aunque fuese artista. También le gustaban las películas de Sara Montiel, como *El último cuplé* o *La violetera*, aunque intentaba disimularlo a toda costa.

Silvia se mantuvo en silencio, dando vueltas a aquellos recuerdos, creyendo que los años tal vez hubiesen dulcificado el hosco carácter y la resistencia de su abuela pero enseguida se dio cuenta de que no era así.

—Gregoria me ha contado que te ha visto con Benjamín, el hermano de Asun.

«Vaya con Gregoria, no ha perdido el tiempo», pensó Silvia.

—Sí, resulta que ha sido el profesor del curso de enología que acabo de hacer.

—Es un gran chico. Y lo que ayuda a su hermana con las niñas —asintió su abuela con la cabeza—. Y muy trabajador. No le iba lo de ser abogado pero bueno, a pesar del disgusto que le dio a su familia con eso y con lo de romper su compromiso con su novia de Madrid, no ha dado más preocupaciones. Aun así, es un gran partido para cualquier chica joven de por aquí.

Silvia se quedó esperando a que su abuela dijese algo más acerca de aquella novia que acababa de mencionar pero no lo hizo.

—Puede que él no quiera a cualquier chica joven de por aquí —dijo mirando a su abuela.

Ella le sostuvo la mirada, muy seria.

—La gente habla, Silvia y esta siempre ha sido una casa decente.

Acababa de dejárselo claro: no puedes, no debes, no es para ti, aléjate.

Silvia no olvidó su incursión en "el alto" y la desasosegante sensación de que no estaba sola cuando abrió aquel viejo arcón. Ni tampoco su último sueño, que había terminado con la imagen escalofriante de aquella niña rubia esta vez viva, con la ropa mojada, toda ella empapada y la misma risa como un eco con un fondo metálico.

Ella era una persona racional que creía en la ciencia, no en supersticiones y brujería. Pero supo que, de algún modo, el arca contenía algo que debía descubrir.

Tras unos días sin la oportunidad de entrar de nuevo a "el alto", se encontró sola en la casa. Su abuela estaba con Gregoria en el pequeño ultramarinos de Lorenza. Se había empeñado en hacer la compra ella misma porque no le había gustado lo que Silvia había comprado. Así que entró en el desván con una mezcla de reverencia y aprensión, decidida a abrir por segunda vez aquel arcón.

La tapa se abrió de nuevo sin que casi la tocara. El arca estaba medio vacía. Solo contenía algunos viejos álbumes de fotos. Silvia empezó a revisarlos sin encontrar nada de interés. Pasó las páginas de papel de seda ya amarillento y vio a sus bisabuelos y abuelos posando el día de sus respectivas bodas y la foto de un bebé con el faldón del bautismo, que supuso era de su padre.

Reparó en lo guapa que había sido su abuela cuando era joven y se fijó en la imagen altiva de su abuelo, diez años mayor que ella. Había algunos álbumes de apariencia más valiosa y otros más sencillos. Fue levantando las tapas de cuero, algunas con adornos de marfil, destapando fotografías, una tras otra. Fiestas familiares, vendimias pasadas, bautizos, comuniones y más bodas. Momentos alegres, de celebración en su mayoría. De repente se percató de que algunas de las fotografías más antiguas eran de velatorios, con imágenes de difuntos de cuerpo presente y le pareció algo macabro.

Siguió pasando páginas. De pronto tuvo la sensación de que entre esas fotos que había dejado atrás había reconocido una cara. Recuperó uno de los álbumes, supo cuál era intuitivamente, lo abrió por el final y volteó las páginas con urgencia para repasar los rostros de una fotografía en concreto, la de un grupo de niños posando de pie, con el cura de entonces, bajo los

pórticos de la iglesia. Todos estaban sonrientes y vestidos de domingo, o más bien de comunión. La foto de la página de al lado era de solo cuatro de aquellos niños. Una le pareció su abuela. Había otros dos chicos mayores, uno alto, el otro más bajo y con gafas, muy repeinados los dos. A la otra niña la reconoció de inmediato y su rostro le sobrecogió. Era ella, la niña de sus pesadillas, la misma pero viva, sin la cara cenicienta ni los rasgos consumidos por la muerte.

Con el pelo rubio que le caí en tirabuzones, tapado bajo una capota con un velo blanco y de rostro alegre, llevaba una brillante crucecita de oro posada sobre el pecho. La niña parecía un poco más pequeña que en los sueños de Silvia. De mirada limpia e inocente, sonreía dándole la mano a la otra niña, a su abuela, la más alta.

Había más fotos con otros familiares y junto a una de ellas, en la que aparecía aquella niña y su abuela, un par de mechones de pelo, uno oscuro y liso y otro rubio y ondulado. No había fecha en las fotos pero Silvia supuso que eran de antes de la guerra porque en el pórtico de la iglesia no figuraba la placa dedicada a Primo de Rivera y a los "Caídos por Dios y por España", posterior a la Guerra Civil y que aún no había sido retirada por ninguno de los sucesivos gobiernos de la era democrática.

Silvia calculó la edad de la abuela, que ya tenía más de noventa años, aunque aparentaba diez menos, y la de su posible comunión y concluyó que la fotografía debió ser hecha hacia 1934. Algunas niñas llevaban el pelo bastante corto, acorde a la moda de la época pero ella, aquella niña, llevaba el pelo largo, igual de rubio y largo que en sus sueños.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal y miró a su alrededor para comprobar que estaba sola. Hacía frío otra vez. Cogió la fotografía y dejó el álbum en su lugar. Las manos le temblaron al cerrar el cofre.

Silvia salió de allí sin poder dejar de pensar que ella ya no era solo una pesadilla, algo fruto de su imaginación o de su locura. La niña había existido.

El haber hablado con Benja fue lo que le hizo decidirse a visitar a su

madre en Bilbao.

Allí estaba Maite, como Silvia la llamaba desde niña.

La habían sacado a tomar el sol al jardín y estaba sentada en su silla de ruedas, junto a una cuidadora del geriátrico, con la mirada perdida, sin expresión, peor de lo que la recordaba. Cuando Silvia tomó su mano su madre la miró y ella se dio cuenta de que no la reconocía.

—Hola Maite, soy Silvia. ¿Cómo estás? —dijo acariciando su mano.

Su madre la retiró y continuó mirando a la nada. Silvia continuó hablando como si no doliese.

—Soy tu hija, Maite. ¿Te han arreglado el pelo? Lo tienes más corto que antes.

—Ella tiene un secreto —susurró la enferma.

Silvia casi no la oyó.

—¿Qué dices, *ama*?

—Tiene un secreto.

—¿Un secreto? ¿Quién tiene un secreto? —preguntó Silvia.

«No debería haber venido. La trastorno. No le hago ningún bien ni ella me lo hace a mí», pensó angustiada.

—Uno —sonrió su madre, asintiendo como una niña que acaba de hacer una travesura.

—Dime cuál. A mi puedes contármelo. No se lo diré a nadie, te lo prometo.

—No, a ti no —dijo en un susurro, negando con la cabeza—. Mi hija lo sabe, ella la ha visto.

—¿A quién ha visto, Maite?

Su madre le hizo un gesto para que se acercase y poder hablarle al oído.

—A ella, a la niña rubia. La ve. Silvia me lo dijo cuando era muy pequeña — susurró sonriendo.

Entonces comprendió. Silvia se dio cuenta de que su madre siempre supo que ella sentía esa presencia en la casa.

Después, Maite Mendizabal volvió a sumirse en el silencio y en el olvido.

Gregoria había llegado temprano para ayudar en las tareas de casa. La abuela madrugaba y ambas la sacaron de la cama a las ocho de la mañana. Silvia preparó el desayuno para su abuela y para ella. Sopas hechas con leche y el pan que había sobrado del día anterior. Con azúcar, como siempre.

«En esta casa no se tira nada», decía siempre su abuela.

Para ella preparó su bol de fruta fresca y cereales con fibra y leche desnatada, a falta de la leche de soja biológica que solía tomar en París. Después se tomaría un café en el bar.

Al visitar por primera vez la tienda de alimentos, revistero y panadería de Lorenza, Silvia se dio cuenta de que iba a ser imposible encontrar bebida de soja, entre otras muchas cosas. También que era inútil hacerles entender a los lugareños lo que significaba la agricultura ecológica.

Mientras desayunaba, Silvia aprovechó la verborrea de Gregoria para ver si conseguía indagar algo más sobre aquella fotografía que se había llevado del álbum.

—Gregoria, ¿tú sabes quienes son los que están en esta foto? —dijo enseñándosela.

—Sí, claro. Ese es tu tío abuelo Elías, su amigo Alfonsito y esa tu abuela —dijo Gregoria comenzando a pelar unas judías verdes.

—¿Y la niña que está junto a mi abuela? —preguntó Silvia señalándola con el dedo.

—Esa es Elvirita, la prima de tu abuela.

«Elvirita. Ya puedo ponerte nombre», pensó.

—Nunca había oído hablar de ella. Del tío Elías sí pero muy poco.

—Elvirita era la mejor amiga de tu abuela, siempre estaban juntas. Ellas y tu tío abuelo y Alfonsito, los cuatro. Pero después de lo que pasó con la pobre criatura… —dijo Gregoria santiguándose.

—¿Qué pasó, Gregoria?

—¡Ay niña, nunca más se habló de eso en esta casa! —y se santiguó de nuevo.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —insistió Silvia.

—Pasó que… la mataron —susurró Gregoria con cara de susto —un escalofrío recorrió la espalda de Silvia—. Gregoria asintió.

—La encontraron junto al río, muerta. Pensaron que se habría caído pero no había agua en sus pulmones —dijo bajando la voz—. Fue algo muy raro porque no la habían forzado ni nada pero estaba medio desnuda.

—¿Y se sabe cómo murió?

—Estrangulada, la habían apretado el cuello hasta ahogarla.

—¿Y se encontró al asesino?

—Sí, fue Paco Amaya, el gitano. Hubo un lío tremendo en el pueblo el día que lo cogieron en su casa para llevárselo al cuartel. Me lo contó mi madre. La gente se amontonó a la puerta para gritarle asesino. Paco chillaba jurando que no le había hecho nada a la Elvirita, que no había sido él pero lo sacaron a la fuerza y le dieron garrote igualmente. Aunque… hubo gente que… —chasqueó la lengua e hizo un gesto extraño.

—¿Qué, Gregoria?

—Bueno, que algunos no se creyeron lo que dijo la Guardia Civil de que Paco había confesado —dijo encogiéndose de hombros—. Algunos pensaron que detuvieron al gitano porque había prisa por resolver el crimen y que él dijo que lo hizo por las palizas que le dieron y que el verdadero asesino se fue de rositas.

—Pero… no comprendo…

—Antes siempre se culpaba de todo a los gitanos, niña, hubiesen sido o no. Al final la familia de Paco se fue del pueblo. Y eso que no eran mala gente. Había payos mucho peores pero eran otros tiempos.

—¿A dónde?

—Creo que a Haro.

7

Aquellas confidencias de Gregoria referentes al asesinato de Elvirita inquietaron a Silvia.

Con el susto aún en el cuerpo se dispuso a darse un baño, una de las cosas que más le relajaban. Su abuela se había quedado dormida enfrente del televisor, en la antigua butaca de su abuelo, el único asiento verdaderamente cómodo de la casa.

Se encerró en el cuarto de baño, abrió el grifo y el agua humeante comenzó a caer a borbotones sobre la tina blanca.

Con la bañera ya llena se metió en el agua. El contacto con su calor la tranquilizó inmediatamente. Cerró los ojos un momento, resbalando dentro de la bañera y se quedó casi sumergida, con tan solo el rostro en la superficie. inhalando el débil aroma a jabón. Tal vez solo necesitaba creerlo, creer que podía volver a oler.

Comenzó a notar aquel profundo olor a humedad y el frío espeso, a pesar del vapor del agua caliente y supo que estaba allí, que Elvirita estaba con ella.

Cerró los ojos respirando afanosa. No quería abrirlos. Intentó pensar en cosas agradables, lo que para Silvia significaba olfatear como antaño. Pensó en la fragancia de las madreselvas o las rosas que ya no podía oler del todo, el del pan recién horneado, el zumo de naranja, la hierba recién cortada, las fresas, la canela, el jabón de Marsella de sábanas recién lavadas o el perfume a jazmín de su madre. Pero era aquel olor a podredumbre húmeda el que impregnaba su cerebro y le decía que no estaba sola, provocándole una angustiosa tristeza.

Abrió los ojos de golpe y se levantó ahogando un grito porque delante de ella, sentada en la bañera estaba ella, aquella niña pálida, mojada y muerta, que la miraba fijamente, con el rostro lleno de dolor, señalando el agua de la bañera.

Silvia no quería hacerlo pero miró el agua que envolvía su cuerpo y la vio

teñida de rojo, como si fuese sangre diluida y se dio cuenta de que aquel fuerte aroma a hierro era su sangre, que salía de ella, de entre sus piernas.

Volvió a cerrar los ojos con fuerza, aterrorizada, con la respiración entrecortada, tiritando de frío y de miedo, sin valor para moverse.

—¡No eres real, no eres real, no lo eres! ¡Nada de esto lo es! —susurró una y otra vez, apretando los párpados y los dientes.

Estuvo así un buen rato, como rezando, hasta que notó que el fuerte olor disminuía. Al volver a abrir los ojos la niña ya no estaba, el agua había vuelto a ser cristalina y a pesar de que su cuerpo no podía dejar de estremecerse ya no sintió frío.

¿Se podía decir que lo que le estaba ocurriendo era algo psíquico, inmaterial? Que aquella niña era en realidad un ánima, alma perdida, espíritu, aparición o… fantasma? No era humana, no de carne y hueso, sino algo muerto que por momentos… parece vivo, algo, detenido en el tiempo. Un suceso atemporal, atrapado, al que llamamos fantasma porque debemos nombrarlo de alguna manera. Y ese fantasma era de su familia.

El descubrimiento de la identidad de Elvirita en vez de tranquilizar a Silvia la había alterado aún más. La casa entera le olía ahora a humedad, aquella humedad metálica como la sangre que aumentaba día a día, que manaba de todos los rincones y parecía provenir de las mismísimas paredes.

Los grifos continuaron goteando a pesar de una segunda visita del fontanero. A él fue a quien Silvia preguntó para constatar con horror que el hombre no apreciaba aquel olor en absoluto y que, efectivamente, estaba solo en su cabeza.

Y entonces se percató de que esa presencia habitaba en ella, en sus miedos más profundos y que a medida que el miedo aumentaba aquella sombra crecía a su alrededor, en la casa, gracias a él.

Tampoco la abuela o Gregoria notaban ese olor, el que tan solo tenía que ver con aquellas apariciones. Con aquella confirmación perdió la última esperanza de que aquellos fenómenos extraños tuviese algo que ver con el obsoleto sistema de cañerías de la casa que el fontanero insistía en cambiar. Y lo peor de todo, su mayor inquietud era que no podía contar lo que le estaba pasando. Nadie en su sano juicio lo hubiese creído.

Silvia salió a correr, era la mejor manera de ordenar sus pensamientos. Lo había decidido, quería saber, estaba dispuesta a encontrar la verdad porque algo le decía que aquella historia que le había contado Gregoria no era toda la verdad.

Además, debía hacer algo de deporte por prescripción médica. Por allí no había gimnasios así que correr por la carretera de camino al pueblo de al lado le pareció una buena opción.

Estaba llegando al final del puente, nada más salir del pueblo, con los auriculares, el móvil, sus zapatillas de corredor, unas mallas elásticas cortas y una camiseta de tirantes de un color fosforescente cuando alguien que corría detrás se puso a su lado.

—No me habías dicho que corrías —le sonrió Benja.

Ella tardó unos segundos en reaccionar mientras lo miraba confusa.

«Llevo demasiado tiempo sin sexo, es por eso», pensó intentando no fijarse en sus musculosos brazos y en su torso sudado pegado a la camiseta.

—Ah… hola, ¿Tú también corres? —respondió sintiéndose como una idiota.

«Ya ves que sí, que corre, boba. ¡Está en pantalón de lycra ajustado y en camiseta de tirantes corriendo a tu lado!».

—¡Te echo una carrera! —gritó Benja.

Tomaron el viejo camino del Priorato, rodeando el pueblo, corriendo a la par.

—¡Estás en forma! —resopló Benja parando junto a una fuente.

—Y tú –jadeó Silvia exhausta y sin resuello—. Me relaja mucho correr.

—A mí también —sonrió él.

Se pararon cerca del río, en una fuente, a recuperar el aliento.

Silvia observó a Benja mientras bebía. La fuente estaba en un lugar de difícil acceso y se tuvo que estirar mucho para poder alcanzar el chorro que manaba de un tubo metálico que surgía excavado en la piedra y que creaba un pequeño estanque que parecía muy profundo, salpicado por un manto verde de lentejas de agua. Ella se acercó aguardando su turno, intentando no mirarle el culo a Benja pero le fue imposible no hacerlo.

Después, él le cedió el paso y ella se dispuso a beber pero al ser más baja que Benja, Silvia casi no llegaba al chorro de la fuente.

—Espera… —dijo él, viendo sus esfuerzos por alcanzar el agua que manaba de la fuente.

Se acercó, puso sus manos bajo el chorro para recoger el agua en el hueco que hacían juntas y se la ofreció.

Silvia se acercó a beber de sus manos. Sus labios entraron en contacto con aquella agua tan fresca, con un leve aroma a hierro. El sabor la golpeó instantáneamente. Era el aroma fangoso, húmedo y metálico que percibía en casa de su abuela y que no había logrado identificar del todo.

Y entonces recordó que ya había estado antes en aquel lugar. Una vez, cuando era una niña, con su padre. Él llamaba a aquel lugar "el pilón" y había hecho lo mismo que Benja, dándole de beber.

Era el agua, la de aquella fuente la que olía así. Pero no supo cómo interpretar aquello.

Sorbió y sorbió, hasta que el frío se convirtió en calor al contacto con la palma de la mano de Benja.

—Gracias, estaba sedienta —dijo Silvia elevando su rostro hacia él, con los labios aun mojados y frescos.

—Estamos cerca de mi futura casa, ¿quieres que te enseñe cómo van las obras? —preguntó él.

Silvia asintió apartando la extraña sensación que le había dejado el recuerdo de su infancia y aquel nuevo descubrimiento que la unía a Elvirita. Continuaron el camino hacia el barrio del Priorato paseando, ambos estaban sudorosos. Con Benja a su lado se dio cuenta que olvidaba todos sus pensamientos más oscuros.

«Es tan divertido y afable…». Silvia siempre había estado con hombres mayores que ella, todos muy cultivados pero también prácticamente sordos a algo que no estuviese relacionado con ellos mismos.

—Es aquí —dijo Benja, señalando un terreno donde se erguía una vivienda en construcción—. Como ves aún falta para que se pueda considerar una casa.

De pronto Benja dio un fuerte silbido y al momento apareció un perro pastor muy peludo corriendo hacia ellos.

«Los chuchos y yo no somos compatibles», pensó Silvia con aprensión. Recordó que cuando poseía su anterior olfato de súper héroe de Marvel podía oler a perro mojado a dos kilómetros de distancia. Ese olor le había dado siempre ganas de vomitar pero con su actual nariz ya no sentía nauseas. Aun así, cuando el perro se abalanzó sobre ella para, acto seguido, comenzar a dar saltos y corretear alrededor su dueño, Silvia se echó hacia atrás como en un acto reflejo.

—¡Rocky, Rocky, ven, ven aquí chico! No te asustes, Silvia, es totalmente inofensivo, como yo —bromeó al ver su cara de susto.

—No creo que lo seas tanto. Inofensivo, quiero decir —respondió ella.

Benja miró a Silvia y sonrió. El peludo perro se acercó a sus piernas y la olfateó algo más calmado, mientras se encaminaban hacia la casa.

—Te está examinando —dijo él divertido.

Silvia no pudo evitar poner cara de angustia ante la posibilidad de que Rocky depositase su hocico húmedo sobre su rodilla desnuda.

—¿Me va a poner nota? —preguntó ella.

—Está decidiendo si le gustas. Es muy listo, ya verás y no todo el mundo le hace gracia. Suele acertar —dijo Benja.

—Se está tomando su tiempo —rio Silvia mientras el perro la olisqueaba a conciencia.

—Sabe que los perros no son tu fuerte por eso ha dejado de correr a tu alrededor. No quiere asustarte, ¿verdad chico? —dijo Benja, inclinándose a acariciar a Rocky. El perro se acercó a Silvia y bajó la cabeza casi rozándola —. Quiere que lo acaricies.

Ella hizo lo mismo que Benja y se agachó para tocar la suave cabeza peluda del perro y el animal se quedó quieto, agradecido por las carantoñas recibidas.

—Hola Rocky —le dijo algo más confiada.

Rocky se dejó acariciar y después prosiguió correteando hacia la casa. Silvia y Benja lo siguieron hasta la puerta.

—Pasa, echa un vistazo —la invitó Benja.

—Gracias —sonrió Silvia.

Traspasó el umbral saludando a dos obreros que se afanaban es alguna tarea desconocida para ella. Benja le cedió el paso y caminó hasta la parte central del piso inferior. Unas escaleras improvisadas subían hasta una segunda planta.

—Esto será un salón comedor con cocina y ahí arriba, cuando tenga unas escaleras en condiciones, pondré el dormitorio principal y otro de invitados, con sus respectivos baños. Todo en madrera y piedra. Y una biblioteca aquí abajo con un despacho. Y en el sótano pondré la bodega y otro comedor más informal con una mesa de billar.

—Me gusta lo del billar —dijo Silvia.

—Siempre he querido tener una —sonrió poniendo la adorable cara de un niño travieso—. También pondré un garaje afuera. Los árboles que hay se quedan dónde están, darán buena sombra en verano.

—Lo tienes todo muy bien pensado —asintió ella.

—Lo he diseñado todo yo, llevaba años con la idea en la cabeza. Va a ser una casa ecológica, con paneles solares que calentarán el agua, sin combustibles que contaminen –-dijo con orgullo, de espaldas a Silvia, señalando la futura cocina y el salón.

Ella decidió atreverse a preguntar.

—En Madrid dejaste muchas cosas atrás.

—Sí pero lo hice conscientemente —dijo volviéndose a mirarla—. Ya te han contado lo del famoso compromiso, ¿no?

—Vives en un pueblo —dijo Silvia.

—Sí. ¡Y cómo les gusta el chisme! —rio Benja.

—De eso también eres consciente —sonrió ella.

Benja asintió. No parecía molesto por la intromisión.

—No estaba comprometido. La gente habla por hablar. Ella era una compañera de trabajo, salimos juntos durante un tiempo y cuando le dije que me volvía al pueblo me dejó. Eso fue todo. Yo ya sabía lo que iba a ocurrir, esto no era para ella. No teníamos nada en común. Fue lo mejor que pudo hacer. Se casó el año pasado con un socio de la firma recién ascendido, mi

sustituto.

—Vaya…

—Pero por aquí se corrió el bulo de que íbamos a casarnos y no fue así.

—Parece que te tomas las cosas con mucha calma.

—No soy de armar tragedias. Nada suele ser tan grave como parece. Muy pocas cosas lo son en esta vida.

—A veces es mejor eso que un costoso y difícil divorcio después. Y te lo dice alguien que se ha casado tres veces —bromeó Silvia.

—Perdona que te lo pregunte pero… ¿por qué te has casado…?

—¿Tantas veces? Pues… la primera vez por impulso. Estaba sola en París, era joven, muy joven… El famoso amor verdadero que luego no lo es —rio ella—. El segundo matrimonio fue por amistad, en realidad solo éramos muy buenos amigos. Debimos dejarlo así.

Silvia hizo una pausa y miró a su alrededor, faltaban las puertas, los rodapiés y había todavía tubos y cables saliendo de las paredes y del techo pero básicamente la estructura de la casa y el suelo estaban terminados

—¿Y el tercero? —preguntó Benja.

—El tercero… por admiración. El peor de los tres motivos. Yo era una especie de fan suya. Es lo que antes se acaba. Cuando dejas de admirar a alguien el desencanto arrasa con todo.

Benja miró a Silvia y ella supo que la comprendía y algo más importante, que no la juzgaba.

—Puede que el cuarto lo sea por las razones correctas.

—No, no creo que haya un cuarto —dijo convencida pero no pudo evitar preguntar—. ¿Cuál es la razón correcta para ti?

—El amor —dijo él mirándola a los ojos. Después caminó atravesando lo que iba a ser el salón y se detuvo en medio de la estancia vacía—. Creo que va a quedar muy bien. Se puede casi vivir ya aunque no haya muebles.

—Tendrás ganas de acabar la obra —dijo Silvia.

—Sí, en casa de mi hermana estoy bien pero quiero tener mi sitio. El año que viene calculo que tendré ya la primera cosecha de las vides jóvenes que planté. Espero vender la cosecha vieja a buen precio. Aunque aún tengo que convencer a Asun. Parte de las tierras son de los dos, la herencia de mis padres.

—No me parece un mal plan.

—No, no lo es, te lo aseguro pero hay gente que quiere esas tierras para construir una urbanización y ofrece dinero por ellas —suspiró—. Aunque eso es pan para hoy y hambre para mañana. Pero Asun tiene dos hijas que criar y no lo ve así.

—He visto que han construido muchos adosados en el camino de Haro.

—No solo ahí, por todas partes. Casas y más casas. Incluso aquí, en el Priorato, o en las márgenes del Tirón. Como haya alguna crecida fuera de lo común… El río tiene fuertes avenidas durante la temporada de invierno que son causa de muchos desbordamientos leves pero cuando su curso muda y se extiende entre el pueblo y el Priorato son peligrosas. Pero para los adosados sí hay permisos, mientras que yo aún estoy esperando a que el ayuntamiento me de la licencia de acople de agua —resopló Benja.

Se notaba que aquel tema le indignaba y Silvia intuyó que Benja tenía a todo el mundo en contra, hasta a su propia hermana.

Ella quiso que regresara el Benja sonriente y despreocupado que tanto le gustaba así que decidió cambiar de tema.

—Por cierto, tengo que preguntártelo.

—¿El qué? —sonrió él.

—¿Qué es una fiesta de "Quintos"?

—Has pasado demasiado tiempo en París —rio Benja—. Pues verás… Es una costumbre que viene de cuando los mozos de los pueblos iban a la mili. Era una forma de despedirse de los padres y de la novia. Ahora ya no existe el servicio militar pero estas fiestas se siguen haciendo por tradición. Lo celebran tanto los chicos como las chicas que en ese año cumplen la mayoría de edad.

—¿Y qué hacen?

—Básicamente… beber. Hay una verbena por la noche y una cena para los chavales en el bar del pueblo. ¿Regresamos?

Salieron de la casa y atrancamos la verja que cerraba la propiedad.

—¿Y Rocky? —dijo Silvia mirando a su alrededor.

Al perro no se lo veía por ninguna parte.

—Rocky duerme aquí y me cuida la propiedad. Es un poco vagabundo, como yo. No te preocupes. Sabe ir y venir solo al pueblo y conoce su sitio. A mi hermana tampoco le gustan los perros.

—No es que no me gusten, es que… —Silvia pensó en contarle lo de su falta de olfato pero aún no se sentía preparada—. Es una historia muy larga.

—Pues si es tan larga me la puedes contar tomando un café.

—Sí pero no el del bar de la plaza. El café es… —dijo ella poniendo cara de asco.

—Sí, no es muy bueno pero despierta a un muerto— rio Benja.

Y en ese momento Silvia pensó que tenía una mente algo macabra porque volvió a acordarse de ella, de Elvirita.

8

Regresaron al pueblo cruzando el antiguo puente romano de tres ojos sobre el río, junto al viejo Priorato.

Benja le fue relatando la historia de aquel paraje boscoso que a ella siempre le había parecido el más bonito de la zona.

—Fue construido en sillería por los romanos, que pasaron algún camino o calzada por aquí hace más de dos mil años. Y mira, aún sigue en pie, en perfecto estado.

—No creo que las casas esas aguanten tanto tiempo —dijo Silvia señalando todos los adosados que taponaban la vista a lo lejos.

—Ni yo. Este puente servía principalmente para dar paso a los monjes que iban a visitar sus heredades y el molino del Priorato —dijo Benja sin titubear —. Esta villa está vinculada históricamente al monasterio de San Millán de la Cogolla. Y esa vinculación histórica es lo que dio origen a la existencia del Priorato. El abad de San Millán ejercía pleno señorío sobre la villa. Por eso se fundó aquí un Priorato. El abad enviaba a su representante con el título de prior, con los ayudantes que fueran precisos para gestionar sus tierras. Ellos regían la parroquia y administraban los bienes del monasterio bajo la jurisdicción plena del Abad. Eran los dueños del pueblo y de sus gentes, que trabajaban para ellos y pagana tributos por cruzar sus tierras o utilizar el molino.

Ella se mantuvo atenta, escuchando en silencio todo lo que Benja sabía sobre su pueblo, aquel lugar que también era parte de su infancia y del que ella tan poco conocía. Él hablaba de aquel lugar como hablaba del vino, con pasión y no para dárselas de erudito o presumir. Se notaba en su voz suave, en sus gestos, en su sinceridad.

«Nada que ver con la suficiencia del petulante de Michel», pensó Silvia.

—Junto al puente está la casa del prior, el Priorato. Es un edificio barroco de mediados del siglo XVII, de planta cuadrangular —dijo Benja—. Tiene

capilla, un granero, un antiguo depósito de lanas, lagares para conservar de cinco a seis mil cántaras de vino que se cosechaban de los propios viñedos del Priorato y varias huertas a su alrededor.

—Lo conozco —asintió mirando el imponente edificio de tres plantas, con campanillo, tres puertas en arco y amplia balconada, contiguo al puente de piedra.

—¿Ah, sí?

—Sí… estuve una vez dentro. Cuando… era una cría —murmuró Silvia.

—Mira. En la fachada se exhiben los escudos de la orden y abadía de San Millán de la Cogolla —señaló.

Caminó alejándose del sólido caserón de piedra amarillenta. Recordaba aquella inmensa casa oscura y espaciosa tras la alta tapia de piedra, con su amplio portal empedrado y su escalera central con barandillas de forja, llena de cuadros y antigüedades pero con todas las comodidades modernas. También vino a su memoria un desagradable recuerdo en forma de aroma. El olor a cuero, al tapete de un escritorio.

Lo apartó de su mente inmediatamente y siguió a Benja, que se había adelantado un poco hacia una orilla en la que en un meandro, la corriente había ido depositando todos los cantos rodados.

Él cogió una piedra blanca y lisa y la lanzo contra el agua de la poza, bajo el arco de medio punto del antiguo puente romano, haciendo que saltase antes de hundirse.

—Este lugar era mi preferido de niño. Veníamos a tirarnos desde el puente, en la poza. Ahí hay poca corriente, las aguas hacen un remanso bastante profundo. Pero el agua está helada —sonrió—. También veníamos a pescar truchas.

Caminó de vuelta al puente y Silvia le siguió.

—Ahora entiendo porque volviste de Madrid. Amas este lugar —susurró

ella mirando las aguas oscuras bajo el milenario y recio puente de piedra.

Benja asintió. La miraba fijamente, con aquellos ojos dulces y serenos. Estaban sobre la poza del río, oscura y quieta, muy cerca el uno del otro. Ella lo miró también y se dio cuenta de que se observaban de la misma forma el uno al otro. Él la estaba mirando la boca y por un momento Silvia creyó que iba a besarla pero no lo hizo. Benja se separó de ella caminando hacia la otra orilla y continuó hablando.

—Durante la Desamortización de Mendizabal lo compró, junto con el título de duque, conde o algo así por millón y medio de reales, el ilustre antepasado de los Montes, por eso todo esto es ahora propiedad de Víctor Montes. Aunque en Francia sería algún centro cívico o biblioteca municipal, ¿verdad? —dijo Benja con sarcasmo.

Silvia no respondió. En vez de eso se quedó absorta pensando en el nombre que acababa de escuchar después de tantos años.

—¿Ha vuelto alguna vez por aquí? —preguntó Silvia.

—¿Víctor? Sí, vive aquí aunque pasa largas temporadas en Madrid. Lo verás por ahí, montando a caballo —dijo Benja con cierto tono burlón—. Víctor es el que quiere comprar mis tierras. Es dueño de una constructora y tiene una promotora inmobiliaria en Bilbao que vende todos los adosados que se han construido por aquí cerca en los últimos diez años. Ahora, tras las sucesivas crisis, la cosa está de capa caída pero ha hecho una fortuna con la construcción. Ah, y emulando a su abuelo el cacique y a su padre, se presenta a alcalde en las próximas elecciones municipales.

—¿Por qué partido? —preguntó ella.

—Por el partido que siempre las ha ganado en esta comunidad autónoma desde que nos dejaron volver a ejercer nuestro derecho al voto —rio Benja—. Nada cambia por aquí, Silvia. El mismo perro con distinto collar. Pero ya conoces a Víctor Montes.

«Sí, lo conozco perfectamente», pensó Silvia con repulsión.

Esa misma tarde, Gregoria le puso al día de las últimas noticias acerca de Víctor Montes sin que Silvia tuviera casi que preguntar.

—Viene de vez en cuando desde Madrid. No frecuenta mucho el pueblo, tiene un piso en Bilbao, además del Priorato. Ahora dicen que se va a meter en política. Se casó con una más tonta que tonta de Madrid, una que nunca ha puesto un pie en el pueblo y que lo denunció.

—¿Lo denunció?

—Sí, por maltrato. Ya sabes que eso está muy de moda ahora. Tiene un hijo con ella aunque… —Gregoria bajó la voz—. También dicen que tiene otro con una más joven, en Bilbao. Pero sobre todo viene a cazar con algunos del pueblo, el alcalde y algunos concejales de su partido. Luego se van a Haro, Logroño, a Santo domingo, ya sabes.

—Sí, de copas y a visitar puticlubs —dijo Silvia incómoda con el comentario tan desafortunado de Gregoria acerca de la denuncia.

—Pues eso, niña. Ya sabes cómo son los hombres.

—Algunos hombres, Gregoria.

Después, mientras fregaba los dos platos de la cena, Silvia se decidió a preguntar por Víctor a su abuela.

—Abuela, ¿los Montes han vuelto al pueblo?

—Solo Víctor. ¿Por qué?

—Me he enterado que se presenta candidato a alcalde.

—Sí, es cierto. Se ha separado de su mujer y ella se ha quedado en Madrid con el niño. Una pena, romper una familia así por no querer aguantar nada. Las mujeres de ahora…

—Habrá tenido sus razones.

—Enseguida buscáis razones, muchacha. Y no te creas todo lo que va contando Gregoria, que es muy chismosa.

Los comentarios de la abuela empezaron a sacarla de quicio así que Silvia prefirió cambiar de tema.

—¿Y cómo es que se quiere meter en política?

—No me parece mal. Es un empresario que quiere aportar su experiencia para ayudar en su pueblo. Ya hace más que muchos.

—Por lo que sé y veo es solo un especulador más.

—Ahora va a resultar que un hombre no puede hacer negocios y querer procurar un capital a sus hijos —rezongó Sabina—. ¿Eso es lo que te han enseñado en Francia? ¿A ser una comunista?

Silvia no quiso discutir. Su abuela siempre había defendido a los Montes. Daba igual lo que hiciesen, cuántas veces se saltasen la ley o que pasasen por encima de quien fuese para conseguir sus propósitos. Ella siempre los sacaba la cara.

De niña, Asun quiso ser monja hasta que conoció a Víctor. Se enamoró perdidamente de él a los diez años, en una romería de San Isidro y solo vivía para verlo, oírlo y soñarlo. En cambio, a Silvia nunca le gustó su porte cruel de señor feudal, bruto, sólido como una roca, con su cuerpo grande, de pecho ancho y brazos gruesos y morenos. Pero su amiga fantaseaba siempre con perder su virginidad con Víctor Montes.

Robusto como un alcornoque, esas eran las palabras que mejor lo definían porque no era sutil ni culto ni elegante pero sí listo y osado.

Cuando alcanzó a Silvia con su caballo mientras corría por la carretera, ella se dio cuenta de que seguía siendo el mismo chulo de siempre, reconvertido en hombre de negocios engominado.

Cabalgó junto a Silvia con una sonrisa fruto de un blanqueamiento dental

excesivo y con su cara bronceada, con el cuello del polo de Lacoste subido y botas de montar relucientes e inmediatamente ella sintió como todo su cuerpo se ponía en guardia.

—¡Vaya, es verdad lo que decían! Has vuelto al pueblo, Silvia.

—Hola Víctor —saludó sin mirarle a la cara ni detenerse.

—Estás igual.

—No es verdad pero gracias de todas formas. Tú no —dijo mirando su cara abotargada y su incipiente papada.

—Te has vuelto muy contestona, me gusta —rio Víctor.

—Supongo que será la edad —dijo Silvia haciendo un mohín.

Ella estaba segura de que por esa osadía y esa sexualidad de macho alfa algunas mujeres lo encontraban irresistible pero para Silvia, comparándolo con la belleza elegante y delicada del cuerpo y el rostro de Benja, era un bruto y un ordinario. El uno tan prepotente y orgulloso, el otro tan inteligente y humilde.

—¿Y qué haces en este pueblucho pudiendo estar en París?

—Hasta París puede aburrir.

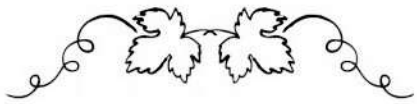
—¿Aburrida tú? No puedo creerlo —rio.

—¿Y tú? ¿Qué haces tú en este pueblucho?

—He decidido poner un poco de orden. Este pueblo podría ser algo más y quiero hacer cosas por él.

—Puede que consigas una estatua ecuestre, Víctor.

Él le dedicó una sonrisa forzada y prosiguió adelantándola al trote.



9

La verbena de "Quintos" era la antesala para la celebración de San Isidro Labrador, patrón del pueblo y de los agricultores, santo hacedor de lluvias representado junto a un ángel y una pareja de bueyes en una talla venerada en la iglesia.

Fue también el primer fin de semana de verdadero calor y de decir adiós a la ropa de abrigo. Casi se habían alcanzado los 30 grados al mediodía, la temperatura nocturna era muy agradable y Silvia salió de casa con un vestido de estilo camisero, con flores, muy veraniego y excesivamente corto para el gusto y la decencia de su abuela.

Sabina Gabarri solo celebraba la parte litúrgica de las fiestas, lo demás le parecía frívolo y pecaminoso y regresó a casa tras la misa del mediodía, con la cabeza cubierta por una mantilla negra de encaje, quejándose de que algunas mujeres jóvenes se habían sentado abajo, con sus maridos, en vez de dejar que ellos subiesen al coro con los demás hombres, como debía ser.

La plaza estaba repleta, las terrazas bullían llenas de gente del pueblo y de visitantes de los alrededores y hacía un calor seco, bochornoso, sin una brizna de aire que lo aplacara.

Silvia decidió encontrarse con Benja en la verbena, intentando evitar las miradas de las vecinas más ociosas, representantes de la Santa Inquisición del pueblo, descendientes directas de Torquemada, dedicadas al sano deporte de despellejar al prójimo. Se lo había prometido a él pero ya estaba arrepentida. Imaginó que solo se cruzaría con jovenzuelos con ganas de celebración pero pronto comprobó que, a excepción de su abuela, el pueblo entero estaba en aquella fiesta, así que iba a ser un poco difícil que no los viesen juntos.

La plaza lucía decorada con bombillas de colores y farolillos de papel, repleta de gente. Una orquesta llamada Arco Iris acababa de comenzar a tocar su repertorio. Un típico éxito español de la década de los 60 sonaba junto al pórtico de la Iglesia.

Silvia pude reconocer a las comadres más chismosas del pueblo, a

Gregoria, su hija, a Sagrario, la vecina de ellas, y a su madre Lorenza, la del ultramarinos. Intentó reconocer a Asun entre aquellas matronas pero no lo logró. No pudo darse cuenta de quién era hasta que vio a una de aquellas mujeres avejentadas y siempre sin maridos cerca, absorta en alguien que estaba lejos del grupo. Miraba hacia la plaza ajena a la charla de las demás.

«No puede ser ella. Está tan… mayor», pensó y un escalofrío le recorrió de pronto todo el cuerpo y se preguntó si ella estaría igual a los ojos de los que una vez la conocieron.

Siguió la dirección de esa mirada tan amorosa que Asun le dedicaba a alguien, tal vez a sus hijas. Pero lo que realmente le hizo darse cuenta de que se trataba de su gran amiga de la niñez fue percatarse de a quién miraba en realidad: Asun estaba mirando a Víctor Montes.

«¿Todavía? ¿Después de tantos años?», pensó con repulsión. Asunción Olea lo observaba embobada, como quien mira a una estrella de cine, con embeleso. Víctor estaba a unos metros, ajeno a aquella mirada, conversando con unos cuantos pelotilleros, entre ellos el alcalde electo y su camarilla. De vez en cuando reía ruidosamente, le daba un trago a su *gin tonic* y se pasaba la mano por su engominado pelo negro. «Teñido», concluyó Silvia. Víctor tenía tres años más que Asun y ella, así que no podía ser que no peinara ya alguna cana que otra.

Silvia decidió no perder más el tiempo con aquellos dos y buscó a Benja entre la gente. No lo veía por ninguna parte. Anduvo entre la multitud, mirando a derecha y a izquierda, acercándose hacia el escenario donde una cantante se contoneaba con mucha maña para paliar su escaso registro vocal, encandilando al complaciente público masculino.

Un trueno retumbó lejano anunciando tormenta. De pronto dos manos suaves y cálidas se posaron sobre sus hombros haciendo que Silvia se estremeciese involuntariamente.

—¿Te he asustado?

A su espalda sonó la voz acariciadora de Benja. Silvia se giró inmediatamente haciendo que él apartase las manos.

—No, que va —sonrió turbada.

El tacto de aquello dedos la habían descolocado en un instante. Inspiró hondo e intentó no parecer demasiado impresionada.

Silvia se percató de que Benja se había recortado un poco la barba y no pudo evitar pensar cómo sería sentir esa barba rozando su piel. De pronto tenía mucho calor. Notaba como gotas de sudor surcaban su espalda resbalando lentamente hacia abajo.

Benja vestía unos pantalones vaqueros ajustados y una camiseta de pico negra y Silvia solo pude concluir que si él le sonreía como tenía por costumbre ella se quedaría sin respiración.

Lo hizo. Eso y la mirada que le dedicó, recorriéndola de arriba abajo, fue lo que le hizo perder la razón definitivamente. Así que volvió a tomar aire y sonrió como si la voluntad hubiese abandonado su cuerpo.

—Ya pensaba que no vendrías —dijo él.

—No te veía. Hay tanta gente… —respondió Silvia.

—Sí, apetece estar en la calle con este tiempo.

Ella se separó de él un par de pasos porque lo sentía peligrosamente cerca. Otro trueno retumbó, está vez más cercano y el potente sonido casi la hizo estremecer.

—¿Lloverá? —preguntó Silvia nerviosa.

—Sí, es lo más probable —dijo Benja mirando al cielo.

—Ojalá, quiero que refresque. Hace tanto calor… En París también lo hace pero solo en los meses de verano, no tan pronto —suspiró ella acariciándose la nuca que tenía mojada de sudor.

Benja la observaba y su mirada, que sentía en cada centímetro de su cuerpo, la encendía más y más cada segundo que pasaba.

—Es por el viento sur que viene de África. Pero va a cambiar. Mañana refrescará y volverá el cierzo —dijo él.

—Pareces mi abuela —rio Silvia intentando parecer despreocupada—. Siempre está hablando del tiempo. ¡Y siempre acierta!

—Los agricultores estamos mirando al cielo continuamente. Esta época del año es complicada porque puede granizar y es muy peligroso para el campo —sonrió Benja sin apartar sus ojos de los de Silvia.

La banda comenzó a tocar una melodía que sonaba a otros tiempos. A mujeres enlutadas y a misa diaria, a coplas y cuplés. La chica que cantaba cedió el micrófono a otra cuya voz produjo un verdadero alivio en los oídos de la gente que abarrotaba la plaza.

De pronto, Benja le tendió la mano aproximándose despacio, sin imponerle su presencia. A Silvia, su acercamiento le pareció suave, no se sintió violenta a pesar de que él ya había invadido su espacio. Su presencia no le resultó incómoda. Nos siempre le ocurría eso. En realidad la primera impresión que solía tener de los hombres siempre la incomodaba, aunque luego lograra apartar de su mente y de su propio cuerpo esa inquietante sensación de desagrado. La molestia solía sentirla casi en la piel y sabía a qué obedecía pero siempre se dijo que aquello no podía condicionar su vida y luchaba en contra una y otra vez.

—¿Bailamos? —preguntó él.

—Pero… yo no sé bailar esto —dijo azorada.

—Es un pasodoble —insistió sin retirar su mano y su ofrecimiento.

Silvia se dio cuenta de que anhelaba ese acercamiento, que lo había anhelado desde que vio a Benja por primera vez. Dudó entre lo que debía hacer y lo que quería hacer realmente. Su mente luchó contra su cuerpo apenas un segundo y entonces supo que aquel era el momento, el instante sin retorno. Si tomaba su mano no habría marcha atrás, acabarían juntos la noche, harían el amor o tendrían sexo o tal vez ambas cosas.

—¿Me llevas? —dijo Silvia cediendo y tomando su mano.

—Sí, es fácil. Tú déjate llevar.

Benja la sujetaba bien con sus manos grandes, reteniéndola y acercándola a su cuerpo cálido, imprimiendo una tenue presión en el cuerpo de ella, suave pero firme, que la hacía seguir el ritmo del pasodoble sin dificultad.

Un relámpago rasgó el cielo nocturno anunciando el potente trueno posterior que retumbó en la lejanía. La tormenta se acercaba.

—¿Quién te enseñó a bailar? —preguntó Silvia.

—Mi madre, yo era muy pequeño pero lo recuerdo —susurró Benja.

Silvia procuró seguir sus pasos y no mirarlo a la cara, a los ojos grandes, a los labios carnosos, concentrándome en no perder el paso pero Benja no dejaba de observarla con sus pupilas oscuras y dilatadas. Y con cada roce de su cadera ella se ponía más y más nerviosa, con ese nerviosismo dulce que siempre se le posaba en el estómago cuando le gustaba un hombre.

Silvia intentó mirar a su alrededor para distraerse de sus ya más que carnales pensamientos pero al seguir a la gente que bailaba al lado, el continuo movimiento sumado al bochorno la hizo sentir un leve mareó.

—¡Uf! Esto es… creo que me estoy mareando —rio nerviosa.

—Mírame a mí. No mires a tu alrededor —le dijo Benja con su voz profunda y sensual, la voz que ella pensaba que debía tener un hombre guapo para ser realmente fascinante.

Lo hizo, lo miró a los ojos y no pudo evitarlo.

—¿Qué haces bailando conmigo, Benja? Con todas las chicas jóvenes y guapas que hay por aquí —preguntó Silvia.

—Tú eres la más guapa de todas —respondió él.

—No me tomes el pelo, por favor —dijo ella con amargura.

—No te lo tomo. A las demás las tengo muy vistas. Las conozco desde niño.

—A mí también me conoces.

—No son mi tipo.

—¿Y yo sí?

Ya no había marcha atrás. Silvia no quería que acabase de decir aquellas cosas, fuesen verdad o mentira. Le daba igual. Quería oír aquella voz de hombre profunda y acariciadora, quería seguir escuchándole hablar.

—Eres inteligente, divertida y elegante. No hay ninguna otra como tú por aquí, ni más guapa ni con más clase.

—Ya, seguro que sí, que es por eso —asintió ella sarcástica.

—Estás guapísima y eres guapísima y… —le dijo al oído, enfatizando su "eres" mientras acariciaba su cintura.

—¿Y?

—Y quiero conocerte. De verdad. Pero tienes que dejarme.

El pasodoble terminó y el solista masculino de la orquesta comenzó a cantar una canción de Otis Redding, *I've Been Loving You Too Long*. Lo hacía francamente bien.

El calor de la noche, aquella música lenta y sensual, la tormenta, la cercanía de su cuerpo y su aliento le impedían respirar. El pecho de Silvia subía y bajaba agitado.

Después del pasodoble cambiaron la forma de bailar. Benja la sujetó por la espalda y atrajo las manos de ella hacia su cuerpo. Silvia apoyó su vientre y su pecho en él y descansó su cabeza sobre su hombro relajando su cuerpo lentamente. Él la apretaba contra el suyo con suavidad. Ella podía notar sus

músculos estirándose, duros, elásticos y su calor.

Era una sensación deliciosa y sensual, aunque Silvia echó de menos poder reconocer su aroma, el aroma personal de Benja. De pronto, le vino a la mente una imagen de ella olisqueando su cuello, su pecho, su cuerpo entero.

Aquella fantasía sexual, porque no se podía llamar de otra forma a ese perturbador pensamiento, la aturdió por completo. Tuvo que inspirar con fuerza para intentar mantener la cabeza fría porque el resto de su cuerpo ya no había manera de enfriarlo.

—No son tan malos los de la orquesta —sonrió él.

—No, solo una de las cantantes pero creo que tus vecinos masculinos la prefieren a ella —dijo Silvia.

—Cuestión de gustos —dijo Benja mirando a Silvia fijamente.

Las mejillas le ardían y tenía el cuerpo encendido, como cuando se tiene fiebre.

—Creo… que nos mira todo el mundo —susurró ella casi sin aire, agitada.

—¿Y qué? No creo que seas de esas personas a las que les preocupe lo que piensen los demás, Silvia.

—¿Por eso estás aquí conmigo?

—No, estoy contigo porque quiero, porque me gustas muchísimo —la miró fijamente a los ojos—. No te das cuenta del efecto que causas, ¿verdad?

—Ni tú —susurró Silvia.

Entonces Benja la apretó más fuerte contra su cuerpo, haciendo que Silvia se estremeciese entera.

La orquesta continuaba tocando mientras el solista cantaba.

Una gota de lluvia le cayó a Silvia sobre la frente justo antes de que un

trueno retumbase encima de sus cabezas, precedido de un rayo que cayó sobre el pararrayos del campanario de la iglesia y que iluminó todo el pueblo.

Las siguientes gotas, gruesas y pesadas, comenzaron a sucederse. Pronto estalló un aguacero intenso que les hizo parar de bailar a todos. La orquesta dejó de tocar, Benja la tomó de la mano sin decir nada y ella se la asió sin pensarlo.

Fue Silvia quien sin soltarlo un momento, tiró de él y lo condujo a través de la gente, sin importarle quien los mirase, sin mirar a nadie más que a Benja.

Aligeraron el paso cruzando la plaza, sonriéndose el uno al otro, abriéndose camino mientras el cielo descargaba aquel diluvio sobre sus cabezas. La plaza entera echó a correr para resguardarse del chaparrón y Benja y Silvia también lo hicieron, atravesando la calle.

Todo el mundo desapareció bajo los arcos de la iglesia o las tejavanas de los tejados. Ellos corrieron empapados, riéndose, hasta el callejón que daba al antiguo granero de la casa de la abuela de Silvia, para esconderse de miradas indiscretas, lejos de la farola que iluminaba la calle. Ella se apoyó en la pared respirando afanosa. Benja se acercó pegando su cuerpo al suyo, dispuesto a besarla, pero ella le puse su mano sobre los labios impidiéndoselo.

—Aún no, espera —susurró Silvia.

Benja se apretó contra ella suspirando con fuerza y emitió un quejido de pura decepción, sonriendo lujurioso.

Silvia imaginó que en ese momento el aire debía oler a tierra caliente y mojada.

10

Se deslizaron entre las sombras hasta el portón del antiguo pajar. Toda la gente parecía haber desaparecido y la música ya no sonaba. Los relámpagos seguían iluminando el cielo y los truenos comenzaron a oírse algo más lejanos. Silvia empujó la vetusta puerta y esta cedió sin problemas.

—Ven —dijo ella.

Dentro del pajar, lleno de polvo y de carcoma, la techumbre medio derruida dejaba pasar la luz de la luna, que tras la lluvia pasajera había vuelto a brillar.

Benja y Silvia se tocaban ansiosos, sobre las ropas empapadas y pegadas a sus cuerpos. Ella volvió a tomar su mano atrayéndole. Él sonrió y tomó su cabeza entre sus manos para besarla con avidez. Mientras la boca de Silvia recibía la lengua caliente y dura de Benja pudo notar su aliento entrecortado. Su barba era más suave de lo que ella pensaba y le gustó aquella nueva sensación.

«Nunca había estado con un hombre con barba». Y ese pensamiento la hizo perder la última reflexión sensata que le quedaba.

Se apretaba contra ella, le acariciaba el cuerpo. Silvia podía notar su dura erección bajo la ropa. Sin parar de besarse, ella comenzó a desabrocharle la bragueta, mientras él se deshacía de su camiseta, tirando desde la espalda hacia adelante, de ese modo tan masculino que emplean los hombres para desnudarse y en un momento Silvia pudo contemplar su torso desnudo.

Ella le acarició el pecho mojado y brillante, regodeándose en sus músculos duros y su piel suave. El abandonó su boca con la respiración agitada y le soltó los botones del vestido camisero dejándola con la ropa interior a la vista. Después tomó a Silvia en brazos y la posó sobre un viejo carro de madera que traqueteó bajo su cuerpo.

Así, con la bragueta desabrochada y su erección abultando ante sus ojos, Silvia abrió sus piernas para que Benja se situase entre ellas y continuó acariciándolo, frenándolo, enredando sus dedos en el vello de su pecho y en la línea que iba de su ombligo hasta el pubis. Deslizó su mano por aquel vello oscuro, suave y rizado y fue bajando por su vientre hasta alcanzar la cinturilla de sus calzoncillos. Sus dedos se colaron entre la tela y se deleitaron surcando los límites mientras él la acariciaba los muslos muy lentamente, con la yema de sus dedos, erizándole la piel.

Benja jadeó con fuerza justo antes de tirar de las copas del sujetador y liberar sus pechos. Sus manos los presionaron y acariciaron. Su boca impaciente tomó el relevo de las manos. A Silvia se le escapó un fuerte gemido al sentir como su lengua y sus labios se dedicaban a chupar y lamer. De nuevo aquella deliciosa sensación húmeda y caliente.

«Hacía tiempo, mucho tiempo», pensó excitada y anhelante.

Benja la tomó por las nalgas ansioso y con sus manos surcó todo su trasero sobre la tela. Al llegar al borde de la ropa interior tiró de ella y Silvia se apoyó con las palmas de las manos sobre el endeble carro para elevarse y así facilitarle la tarea.

Silvia ya estaba casi desnuda frente a Benja. Ambos aguardaban impacientes. Benja le miraba el cuerpo respirando con fuerza, acariciando sus pechos, su vientre, su sexo, estimulándola.

Ella le bajó los calzoncillos y el pantalón liberándolo. Su miembro quedó erguido entre sus muslos y Silvia lo observó suspirando anticipadamente.

Benja posó sus manos sobre sus muslos abriéndoselos más. De pronto, justo cuando iba a adelantarse hacia el cuerpo de Silvia hizo un gesto de frustración.

—¡Oh, mierda! No tengo… —farfulló quedándose quieto.

—No importa, no importa —susurró Silvia comprendiendo—. No puedo tener hijos.

Él se quedó mirándola sorprendido y ella pensó que acababa de fastidiar aquel momento de tanta intimidad. De pronto, Benja la miró con una ternura infinita, con aquellos ojos enormes y delicados, y tomando su rostro entre sus manos la besó suavemente.

Fue un beso lento, dulce y largo que Silvia trasformó en intenso y apasionado y que la dejó sin resuello. Benja respondió a aquel beso con todas sus ganas, apretándose contra su cuerpo y enseguida, el deseo de él volvió a cobrar vida entre sus muslos.

Se besaban, acariciándose con ansia, mientras ella enredaba sus manos en su pelo, su hermosa mata de pelo castaño, de mechones ondulados.

«Oh, dios… ¡Qué bien besa!», pensó Silvia abrumada de ganas.

Benja deslizó sus manos por la espalda de Silvia, hasta su cintura y la atrajo hacia él resbalando dentro de ella lentamente, sin problemas. La impresión tan intensa de sentirse llena de pronto, el tener que adaptarse a su tamaño y a la fuerza de su empuje la hicieron gemir con fuerza.

Su intenso jadeo como respuesta y sus ansias volvieron todo apremiante. Benja la penetraba sin descanso, mirándola, despertando su cuerpo dormido.

«Me lo hace de maravilla», pensó Silvia asombrada de su potencia.

El carro traqueteaba bajo el cuerpo de ella, sonando a la par que sus intensos gemidos.

Silvia pensó que era algo hermoso ver a Benja tan rendido, devoto y dispuesto. Era tan placentero todo que supo que iba a ser muy fácil, que iba a correrse enseguida, sin ningún esfuerzo o concentración especial.

No tuvo que pensar en nada, ni evocar ninguna fantasía erótica para animarse, como hacía con Michel. El simple hecho de escuchar a Benja jadear o susurrar su nombre, contemplar su juventud y su belleza o verlo moverse como lo hacía fue suficiente.

Silvia se dejó mecer por el cuerpo de Benja y el orgasmo, aquel añorado gozo breve y perfecto que tenía olvidado, llegó. Todo aquel inmenso placer que estaba sintiendo se resumió en un intenso y prolongado orgasmo, profundo y punzante, el primero de esa clase de toda su vida.

En sus veintitantos años de vida sexual, Silvia no había tenido orgasmos con facilidad. Muchas veces era ella misma la que tenía que procurarse ayuda manual para poder culminar. Así que aquel acababa de ser el mejor, el único orgasmo genuinamente libre y real de toda su vida.

Notó como Benja se tensaba al sentirla, justo antes de derramarse dentro de ella entre fuertes gemidos roncos. Silvia sintió su aliento dulce y entrecortado en su cuello y se abrazó a él con fuerza. Tomó aire, cerró los ojos impregnándose con aquellos sonidos que tanto le gustaban y exhaló un último suspiro de éxtasis. En el instante que Benja dejó de moverse, una gota de sudor resbaló por su espalda mientras se estremecía por última vez, justo antes de que él saliese de ella.

La tormenta se alejaba, los últimos truenos retumbaban a lo lejos.

—*Á se damner* —murmuró ella con voz ahogada, acariciando el cálido cuerpo de Benja, que aún temblaba entre sus brazos.

—¿Qué? —susurró él con los ojos aún cerrados.

—Para morirse —suspiró Silvia sonriendo—. Es de Marguerite Duras, de *El amante*. Es mi libro favorito.

Benja abrió los ojos y la besó con fuerza.

—Eres maravillosa —dijo con una increíble sonrisa en su bello rostro.

Silvia sonrió feliz y satisfecha. Benja le tendió la ropa interior que habían caído al suelo mientras ella se recolocaba el sujetador. Después, para su sorpresa, él empezó a atar los pequeños botones de su vestido, uno a uno, hasta terminar de arroparla, tras lo cual la bajó del inestable carro sujetándola

por las caderas. Silvia se aferró a sus anchos hombros musculosos sin poder dejar de mirarlo. Al tocar los músculos de su espalda y sentir su brazos a su alrededor le temblaron las piernas de puro placer.

«Bueno, ya está, lo ha conseguido. Y yo también. No puedo reprocharle nada. Al fin y al cabo hemos hecho lo que ambos queríamos», pensó viéndolo vestirse.

Al quedarse sin aquella maravillosa visión de su cuerpo semidesnudo Silvia suspiró. Ambos se miraron silenciosos, algo cohibidos y Silvia quiso facilitar las cosas.

—Mañana tendré agujetas —rio ella, intentando bromear y hacer el momento de la despedida un poco más fácil pero Benja le sorprendió.

—Eso tiene fácil arreglo —dijo.

—¿A sí?

—Sí. Podemos… quedar mañana y… —se acercó a ella y le susurró al oído—. Así te ayudaré a quitarte esas agujetas.

Al volver a casa y cerrar los ojos en la cama Silvia pudo evocar el sonido del roce de su cuerpo contra el de él, su respiración entrecortada, su voz suave y profunda sobre su piel. Estaba excitada aún, no podía dormir y se tocó donde él había estado hacía un rato. Tenía la ropa interior empapada. Se la quitó y se acarició de nuevo. Sus pliegues estaban inflamados y algo doloridos, tan sensibles que el más leve roce la hacía estremecer y su interior vibrante, casi dolorido por las ganas.

«Estaba equivocada. Quiere volver a quedar conmigo», pensó sorprendida y emocionada.

Repasó aquel encuentro. Veía su cuerpo desnudo, su hermoso rostro, su pelo mojado, el ritmo de sus acometidas. Sus dedos se deslizaron por su carne húmeda e hinchada. Se acarició y al presionar un poco más, el sordo y dulce

dolor del placer regresó. Una pasada más y aumentó hasta hacerse fuerte de nuevo.

La piel tersa, los músculos en tensión, las respiraciones afanosas. Su vientre ungido, su miembro erecto, tenso y brillante. El sexo de ella palpitó mientras su mente rememoraba el placer tan intenso que había alcanzado hacía tan solo un rato.

No pudo aguantarse y continuó rozando y presionando, intentando no gemir y en escasos segundos se corrió de nuevo pero sin la gloriosa intensidad que había sentido al tener dentro a Benja.

Después se durmió pero al rato despertó y sin saber por qué, volvió a pensar en aquella niña de su sueño, la que ya tenía nombre.

—¿Estás ahí, Elvirita? —susurró.

Esperó, pero no escuchó nada, solo los ronquidos de su abuela, durmiendo al otro lado del pasillo.

11

No podían hacerlo en la casa de Benja porque era la casa de Asun también. Y mucho menos en la de la abuela. Así que decidieron citarse fuera del pueblo, en Haro, en un antiguo convento de monjes agustinos restaurado y convertido en un hotel de cinco estrellas con spa.

Benja reservó una habitación y Silvia buscó la excusa del spa para que su abuela no sospechase. Se sentía como una cría en sus primeras citas a escondidas. Era emocionante y divertido, como tener un amante secreto.

El convento, con siete siglos de historia encerrados entre anchos muros de piedra, escondía modernas habitaciones, antiguamente utilizada por los frailes como dormitorios. Alrededor de una impresionante salón central, el antiguo claustro contaba con una gran bóveda de cristal, que tamizaba la entrada de los rayos solares y aislaba el espacio de las inclemencias del tiempo, pero conservando el aspecto tradicional del edificio.

Quedaron a la hora de comer. Ya no era de noche, el ambiente había cambiado y se sentía nerviosa como una colegiala. Benja le abrió la puerta y la enorme sonrisa con la que la recibió logró tranquilizarla.

—Hola —dijo tomándola por la cintura, dándole un tierno beso en los labios.

—¿Has comido ya? —preguntó ella algo avergonzada.

—Sí, después de salir de la bodega —sonrió soltándola y cerrando la puerta.

—Ah, bien —asintió Silvia.

Ella se quitó la gabardina alejándose de Benja, de camino a la cama. La habitación amplia y moderna le pareció confortable. No se habían visto desde la noche anterior, solo habían hablado por teléfono y de pronto, Silvia se sintió incómoda, algo poco habitual en ella en ese tipo de situaciones. No se veía preparada para pasar directamente a la cama sin tan siquiera hablar un

poco. Estaba claro que no era su mejor momento en cuanto a confianza en sí misma. Justo cuando más la necesitaba. Benja en cambio parecía contento y la miraba expectante.

Silvia dejó la gabardina sobre la cama y se volvió hacia Benja para mirarlo, intentando sonreír y parecer despreocupada pero no lo logró.

—Eh, ven —le susurró Benja acercándose a ella.

Caminó de vuelta hacia él. Benja tomó su rostro entre sus manos y la miró. El hormigueo ansioso y cálido en el estómago se estaba volviendo insoportable.

—¿Estás segura de que quieres estar aquí? Porque yo quiero que lo estés y también que te quedes pero solo si tú lo deseas.

«El mundo puso el pecado y nosotros la ocasión, como diría Duras y ya soy mayorcita para saber lo que me hago», se dijo Silvia intentando convencerse a sí misma de que aquello estaba ocurriendo de verdad.

—Quiero que estemos juntos. Lo de anoche… —suspiró Benja acariciando su mejilla. Su pulso temblaba. Sus dedos surcaron el cuello de Silvia bajando hasta su escote.

—A mí también me gustó mucho —dijo ella.

—Estás preciosa con este vestido —susurró Benja con aquella voz tan suave y profunda que tanto le gustaba a Silvia.

—Es el del otro día. El de la cena.

—Lo sé. Lo recuerdo —sonrió él.

El corazón le latía fuerte y muy deprisa. Silvia suspiró profundamente, intentando calmarse. Benja se giró, posó sus manos en la base de su cuello y le acarició los hombros presionando suavemente. Ella volvió a suspirar y cerró los ojos.

—Estás tensa, tienes esto como una roca —dijo él deslizando sus dedos

por su piel, ejerciendo una ligera y agradable presión sobre los músculos—. Necesitas un masaje.

—Sí, en París me daba uno todas las semanas, para relajarme —susurró ella con la voz casi entrecortada.

—Yo puedo relajarte, déjame relajarte —dijo Benja tomando un tirante entre sus dedos, dejándolo resbalar por su hombro.

Se lo susurró de una manera tan sugerente que hizo que todo el cuerpo de ella se tensase de nervios y deseo.

Silvia se giró, lo miró a los ojos y ya no pudo más. Tomó por el cuello a Benja, con fuerza, enredando sus manos en su abundante pelo y acercando su boca a sus labios lo besó.

Ella le quitó la camisa descubriendo su pecho mientras él se deshacía de sus pantalones y de la ropa interior. Silvia se deleitó en aquella hermosa estampa del cuerpo joven de Benja mientras él se concentraba en quitarle la ropa interior con delicadeza, de pie junto a la cama.

—Eres hermoso —susurró extasiada ante la visión de aquel torso musculoso.

—Y tú. Mucho —susurró él, admirando su cuerpo desnudo a plena luz del día.

Su genética había sido bendecida no solo con una piel libre de arrugas, también con un metabolismo rápido y una buena estructura ósea, así que a sus cuarenta y dos años, Silvia tenía la carne aún firme, las curvas justas, y unos pechos, llenos, tiesos y respingones, que aún se resistían a la ley de la gravedad. Y en aquel momento, ante los ojos de Benja, pensó que dado que no sabía por cuanto tiempo continuaría así era justo que ambos disfrutaran de ello.

Él acariciaba sus caderas, las nalgas, disfrutando de aquella piel, subiendo de nuevo hasta la cintura, oprimiendo la carne mientras ella gozaba de su tacto y se apretaba contra su pecho ancho y fuerte, besándolo en la boca, saboreándolo, sintiendo el suave roce de la barba en su rostro.

Los dos cayeron sobre la cama sin parar de besarse. Silvia volvió a pensar que Benja besaba de maravilla. Su barba picaba en el recorrido por su cuello y su escote, hacia sus pechos. Cuando él los tuvo a su alcance no le dio tregua, su boca obró maravillas deteniéndose en sus sensibles pezones y para cuando llegó hasta su sexo ella ya estaba al límite.

Benja se incorporó al escucharla gemir de gusto para inmediatamente después arrodillarse entre sus muslos y asir sus glúteos elevándola con fuerza hacia su boca. A Silvia no le hizo falta más estimulación, en cuanto Benja lamió su clítoris y ella sintió el roce de sus barba en su sexo estalló en un intenso orgasmo que la hizo gemir como una desesperada.

Aún estaba gimoteando con los ojos cerrados, cuando lo sintió dentro. Silvia abrió los ojos y allí estaba, sobre ella, mirándola extasiado, penetrándola.

A ella la maravilló contemplar su entrega y su entusiasmo y eso la hizo sentir más deseo que en toda su vida. El placer comenzó a crecer de nuevo, constante e intenso y Silvia no podía creer que siempre hubiese sido tan fácil y que no se hubiera dado cuenta. Tuvo que gritar de gusto porque ya no podía aguantar más placer.

La forma de expresar lo bien que se estaba sintiendo avivó los esfuerzos de Benja y sus jadeos y embestidas se hicieron más urgentes y volvió a ocurrir, el orgasmo sacudió profundamente sus entrañas e hizo que él llegase entre gemidos y gruñidos de éxtasis para caer rendido y fatigado sobre su cuerpo tembloroso.

—Hueles tan bien… —susurró Benja inspirando sobre sus pechos, con los ojos cerrados—. ¿Siempre usas el mismo perfume?

Silvia le acarició el pelo despeinado.

—Sí, desde hace muchos años, desde que empecé a trabajar. El primero me lo compré con mi primer sueldo —dijo Silvia.

—¿Cuál es? —preguntó Benja incorporándose para mirarla.

Ella acarició su rostro enredando los dedos en su barba y no pudo evitar pensar que no había sido casualidad lo de la noche anterior, que los dos juntos tenían un sexo increíble.

—Es *Jicky*, un perfume creado por los hermanos Guerlain en 1889, cuando la torre Eiffel y París atraía todas las miradas y era el centro del mundo —dijo Silvia—. Mezcla notas de salida chispeantes con notas de fondo cálidas y delicadas. Las notas especiadas le dan la calidez de la faceta oriental y juegan con las notas frescas y aromáticas del limón y la lavanda y las de corazón con el geranio, el romero, la bergamota, el haba tonka.... Por debajo se detectan notas amaderadas y de vainilla que dan a la fragancia mayor vibración y carácter. Cuando se presentó, a las mujeres les pareció desconcertante, pero a los hombres les fascinó enseguida y se convirtió en el primer perfume unisex del mundo.

—Sabes un montón de perfumes.

—Era mi trabajo —murmuró con nostalgia.

Benja le acarició la mejilla con el dorso de la mano, con los nudillos, en un tierno gesto.

—Cuéntame más —pidió con su atrayente voz.

—También dicen que era el perfume preferido de Brigitte Bardot. No sé si lo seguirá siendo aún —sonrió Silvia—. Su creador, Jacques Guerlain, se atrevió a utilizar una nueva molécula, la etilvainillina. Fascinado por esta creación deliciosamente sensual en que trabajó día y noche, constató que estaba abriendo el camino para una "pequeña revolución": la primera fragancia genuinamente oriental. Después, su hermano Aimé Guerlain, que guardaba el recuerdo de una joven llamada Jicky de quien estuvo enamorado

en su época de estudiante, decidió rendirle un bello homenaje con una de sus creaciones olfativas más espectaculares. Como sus amigos los impresionistas, los más modernos del momento, que dejaron de lado el arte figurativo y se atrevieron con el estilo abstracto, Aimé apostó por los avances de la química y unió tres moléculas revolucionarias con materias primas naturales. Ese paso tan inteligente y arriesgado cambiaría la historia del mundo de la perfumería para siempre.

—Vaya… —susurró Benja admirado.

—El tercer hermano de los Guerlain creó el frasco,
que se inspira en los recipientes de farmacia del siglo XIX. Es elegante y sobrio, casi masculino, y está rematado con un tapón que recuerda a un corcho de champán, en un astuto guiño publicitario. El frasco representa el romanticismo de la Belle Époque y es un recordatorio de que la era industrial estaba entonces en pleno auge. Fue una obra de arte creada por la famosa cristalería francesa de Baccarat.

—Hablas de los perfumes como yo del vino.

—Amaba mi trabajo, como tú amas el tuyo —dijo Silvia con tristeza.

—¿Qué pasó?

—Me echaron —susurró con unas repentinas ganas de llorar, con rabia—. Me encantaba mi trabajo. Lo añoro, me hacía sentir segura. Era lo primero para mí, todo lo demás era secundario. Me sentía útil, válida. Y era buena, muy buena en lo que hacía. Era una artesana de los aromas y tenía una intuición magnífica para encontrar fragancias y hacerlas reales.

Benja la miró con sus preciosos ojos castaños y ella pudo sincerarse por fin. Le contó lo del covid, la perdida de sus sentidos más preciados y él escuchó sin pestañear.

—Me dijeron que volvería a tener el mismo olfato que antes pero no fue así. Me aseguraron que lo iría recuperando pero… —Negó con la cabeza—. No huelo igual. Antes podía olerlo todo, el más ínfimo aroma y ya no. Ahora no sé si lo que huelo es real o solo me lo imagino.

—Vamos, que eras como Rocky pero sin tanto pelo.

—Sí, algo así. Lo único bueno de todo esto es que ya no puedo oler a un perro cuando está mojado —sonrió con los ojos llenos de lágrimas que se resistían a caer—. Pero… supongo que hay que saber perder.

—Puede que no hayas perdido. A veces es solo el miedo al cambio y luego te das cuenta de que era lo mejor que te podía haber pasado.

—Ojalá tengas razón —susurró Silvia agradecida.

Benja le acarició la cabeza y la abrazó y entonces fue cuando las lágrimas lograron finalmente correr silenciosas por su rostro. La depresión no había conseguido sacarle una sola lágrima. Era extraño que por primera vez en su vida alguien la hiciese sentirse vulnerable. Ese alguien era Benja y su forma de ser tranquila y dulce.

—¿Qué diferencia hay entre un perfume y una colonia? —preguntó si dejar de abrazarla.

Levantó su rostro, se enjugo las lágrimas con las manos y miró a Benja. Se sentía aliviada por primera vez en meses.

—La concentración de sustancias en la mezcla —dijo categórica, respirando hondo—. El perfume, también llamado extracto, es el más concentrado y la versión más fiel de un aroma. Creado para vivir en ósmosis con la piel, un extracto crea una alquimia única al entrar en contacto con la dermis y se expresa de forma diferente en cada persona.

—Es como el vino al paladar, cada persona capta un matiz diferente.

—Exacto. Y unas pocas gotas aplicadas en la cara interna de muñecas y codos, en la base del cuello, en el nacimiento del cabello o en el escote, al contacto con el calor del cuerpo, bastan para revelar su presencia al movernos. Este perfume que llevo es oriental y a la vez *fougère*. No sé cómo se traduce exactamente. "Herbal" sería lo más parecido, aunque en realidad significa… helecho. ¡No me salía! —rio Silvia mientras Benja la miraba con ternura—. Es un perfume sorprendente, dinámico y …

—Cómo tú —susurró él—. Tú eres sorprendente.

—No me hagas la pelota.

Los dos comenzaron a reír.

—Oye ¿Y eso de las feromonas es cierto? —preguntó Benja.

—A los animales les funciona —dijo Silvia encogiéndose de hombros, apoyada sobre su pecho—. Tanto plantas como animales emplean diferentes aromas o mensajes químicos como medio de comunicación, para atraerse sexualmente o para otros fines. Hay ciertas mariposas macho que son capaces de detectar el olor de la hembra a veinte kilómetros de distancia.

—¿Y en los humanos?

—En los humanos también se han comprobado ciertos efectos de las feromonas. Por ejemplo, cuando dos mujeres viven juntas sus ciclos menstruales empiezan a alinearse. En los seres humanos las feromonas son extraídas del sudor, así que se supone que depende de éste generar ciertas sensaciones.

—¿Y pueden reproducirse químicamente en un laboratorio?

—Esa es otra historia. Las feromonas no tienen un olor ni un sabor que se pueda detectar pero las sustancias químicas que las componen si son detectables. En realidad todo está basado en la percepción individual, pues los aromas nos remontan al pasado. Son momentos olfativos grabados en nuestra memoria.

—¿Pero se podría manipular a partir del olor? ¿O enamorar? ¿Tú qué opinas? —preguntó Benja acariciando su espalda lentamente.

—Creo que a los animales les toca utilizar esas formas primarias de comunicarse, de erotizar, lo que por fortuna los seres humanos podemos hacer perfectamente de otras maneras más sutiles o mediante el lenguaje. Imagínate que durante el periodo fértil las mujeres emitiésemos un aroma que sedujese como… las ciervas, por ejemplo. Si la reacción fuese como la de los

animales en las empresas no se podría trabajar.

—Ya, estaríamos todo el día empalmados por ahí. Seríamos… unos monstruos, incapaces de contenernos —rio Benja.

—No hay estudios concluyentes. Puede que nuestra psiquis más primitiva las capte, que haya gente que pueda reconocer esas señales, no lo sé, sin pruebas…

—Eres muy cerebral, una científica —dijo acariciando su rostro con los nudillos—. Y me encantan tus feromonas, tu olor, como hueles.

Silvia sonrió sintiendo una enorme ternura hacia él. Él le devolvió la sonrisa y al mirarla ella sintió casi dolor. Tenía el pelo despeinado, estaba desnudo y sus preciosos ojos castaños brillaban. Era tan hermoso y tan joven…

—Estás guapísimo después de hacerlo —le dijo Silvia sin poder contenerse.

Él la miró abriendo mucho los ojos, impactado por su declaración y ella se sorprendió de aquel ataque de sinceridad brutal. Benja rio e inmediatamente después la besó en la boca para volver a enredar sus cuerpos sobre las sábanas.

Eran las cuatro de la tarde y Silvia tenía su semen entre las piernas, mojando sus muslos y él dormía a su lado, tranquilo y exhausto de tanto hacer el amor.

Lo miró. Benja tenía cara de buena persona y Silvia se dio cuenta de que había engañado a todos antes que a él, pero a él no lo engañaría nunca. Y al pensarlo sintió miedo porque reconoció que tal vez lo había encontrado demasiado tarde.

12

Después de aquella primera cita, Silvia concluyó que Benja era fogoso como solo puede serlo un hombre joven. Tierno, dulce, con la inocencia justa y la experiencia necesaria.

A ratos poderoso e intenso, se dejaba llevar encantado para luego volverse un amante exigente y hacía cierto en ella el mito aquel de que una mujer alcanza su madurez sexual al llegar a los cuarenta.

Se citaban a horas extrañas, al mediodía o en la siesta y todas para pasarlas casi sin dormir.

Silvia descubrió en Benja un hombre divertido, inspirador… y agotador. Había días en que él llegaba antes que ella y la esperaba vestido para poder desnudarse juntos. Otros días ella llegaba primero y se daba un baño antes de que Benja apareciese. A veces tardaba y Silvia lo esperaba en el spa del hotel, anticipándose al placer que iba a dar y recibir, dándose un masaje que despertaba todos sus sentidos.

Con solo asomar por la puerta él ya estaba quitándole la ropa. Ella le preguntaba: ¿Qué quieres que hagamos?, y él sonreía. Silvia se lo decía muy bajito al oído y Benja la cogía en brazos para llevarla a la cama.

Hacían el amor sin restricciones y ella, que siempre se había considerado una mujer desinhibida, se sentía asombrada del aguante de él, de su propio placer y de su absoluto abandono.

En aquellas primeras citas, Silvia recurría a vestidos con los que él pudiese deslizar sus manos bajo la mesa mientras cenaban y alcanzar así sus muslos y su sexo, o para que soltara uno a uno los botones, de pie frente a él.

Todo era nuevo, cada gesto, cada caricia, a Benja le gustaba ver cómo se vestía Silvia, casi tanto como desvestirla él mismo.

Hablaban mucho. Silvia se dio cuenta de que él era el hombre con el que más había hablado hasta entonces. Benja se compró un ejemplar de *El*

amante en francés y le pedía a ella que se lo leyese, para luego traducírselo y no la dejaba pasar muchas páginas sin hacerle el amor.

Luego, en la silenciosa casa de la abuela de Silvia, ella cerraba los ojos y rememoraba los sonidos del placer para poder dormirse; el roce del cuerpo de él contra el suyo, su respiración entrecortada, su voz suave y ronca sobre su piel.

Pero justo a punto de quedarse dormida, pensaba en esa niña, en la de su sueño y le entraba una tristeza helada y oscura y sabía que Elvirita estaba aún allí, junto a ella y que no dejaría que la olvidase.

Silvia se dio cuenta de que aquella presencia no solo habitaba en la casa, habitaba también en ella, se alimentaba de sus temores más profundos, de su angustia y su dolor. Que cuando llegó a la casa de su abuela, aquel espíritu atrapado dentro de aquellas paredes desde hacía más de ochenta años, la reconoció y resurgió. Ya la había visto antes, de niña y fue su regreso y su presencia la que despertó a aquella alma suspendida en el tiempo. Con ella allí, Elvirita, o más bien su fantasma, se estaba haciendo más y más fuerte cada vez, inundándolo todo de esa fría humedad metálica que se nutría de Silvia.

Llegó el 15 de mayo, San Isidro y el pueblo estaba de fiesta. La abuela de Silvia se fue a misa con Gregoria a primera hora pero no subió con la imagen en procesión hasta la ermita del monte llamado "La Esclavitud". Era demasiado esfuerzo para su cadera. Fue la única que se quedó en el pueblo. Silvia se negó a ir a la misa que el sacerdote daba a primerísima hora a pesar de lo mal que le sentó a su abuela y en vez de eso bajó pronto a desayunar al bar, como de costumbre.

«Como los hombres», rezongó Sabina Gabarri.

La plaza y los alrededores de la Iglesia de San Juan Bautista estaban llenos de vecinos preparados para subir en procesión hacia el cerro, situado a dos kilómetros del núcleo urbano, donde contaba la leyenda que en una gruta se apareció la imagen de la Virgen. En su honor y junto con la imagen de San

Isidro, se celebraba misa en el propio cerro, seguida de una comida campestre, básicamente consistente en asar kilos y kilos de chuletillas de cordero lechal sobre brasas de sarmientos, en la zona de las parrillas de piedra habilitadas para ello en las campas junto a la ermita. La jornada terminaba con charangas y bailes, la romería en honor al santo patrón, que se trasladaba de noche a los tres bares del pueblo.

Nada más entrar en el bar de la plaza, que estaba repleto de hombres, Silvia se encontró con Benja, que charlaba con varios mozos del pueblo. Todos los presentes la miraron de arriba abajo.

Ella recordó el modo en que todos, hombres y mujeres, miraban a su madre cuando entraba a un lugar. Silvia había heredado esa maldición pero no la cinematográfica belleza de su madre. Y en aquel momento pensó en aquel trozo de texto de *El amante*: «Podría engañarme, creer que soy hermosa como las mujeres hermosas, como las mujeres miradas, porque realmente me miran mucho. Pero sé que no es cuestión de belleza sino de otra cosa, sí, de otra cosa, por ejemplo, de carácter».

Eso era lo que Silvia tenía, carisma. Fue consciente muy pronto de ese algo especial, un atractivo que hacía que la deseasen los hombres y también las mujeres y que no es solo cuestión de belleza. Duras tenía razón, es algo así como una especie de forma de estar, de respirar o de caminar, no puede forzarse y siempre está ahí, no se puede fingir.

Benja y Silvia solo se saludaron pero no pudieron evitar rozar sus manos al cruzarse y sonreír como dos tontos. Cuando pudo zafarse de la ruidosa conversación, Benja se acercó a ella, que se encontraba en la barra sola tomándose un café largo en vaso, algo alejada del grupo de él.

—Voy a ir a la romería con mi hermana y las niñas —se disculpó Benja.

—Yo también, con Gregoria y su hija —dijo Silvia haciendo un gesto de aburrimiento.

—Preferiría ir contigo —susurró acercándose a ella.

—Y yo. Además las supersticiones no son lo mío.

—¿Nos veremos arriba? —sonrió él mirando su escote.

—*Très bien* —dijo Silvia.

—Qué francesa —rio Benja.

Silvia se había puesto el mismo vestido que el día de la verbena de "Quintos", adrede. Al menos era oscuro aunque algo corto. La mitad de la ropa que había traído de París no podía usarla en el pueblo. Demasiado elegante y sofisticada. Pero decidió llevar unas alpargatas y un sombrerito de paja para resguardarse del sol y su abuela se quejó de lo poco apropiado que era su atuendo para ir de procesión.

Mientras subía al cerro en procesión junto a Gregoria, Silvia pudo ver a Benja adelantarse con su hermana y sus sobrinas hasta casi la primera línea de la procesión. La gente, sobre todo las mujeres mayores, más beatas, susurraban oraciones y cantaban a la virgen y al santo patrón siguiendo la imagen y al sacerdote. Ella suspiró intentando distraer sus pensamientos de algo que no fuese Benja pero lo cierto era que se moría de ganas de tocarlo, besar su boca y sentir su barba sobre su piel.

De vez en cuando, Benja volvía la vista hacia atrás, con la misma intención que la de Silvia. En un momento del camino se cruzaron. La inercia de los caminantes les hizo rozarse para proseguir y se separaron sonriéndose y mirándose de reojo.

En la romería Silvia, aburrida, no pudo evitar buscarlo con la mirada. Rebuscó ansiosa entre la gente y cuando dio con Benja y el contacto visual se produjo, él ya no paró de seguirla con los ojos.

Varias chicas pululaban alrededor de Benja como polillas, pero en cuanto pudo, él no tardó en reunirse con Silvia, alejándonos del gentío que casi a las cinco de la tarde aún seguía comiendo chuletillas de cordero a la brasa.

Nada más verla, Benja se puso juguetón y le quitó el sombrero.

—Hueles a fogata de sarmientos —rio Silvia al acercarse a su cuerpo, fingiendo que le husmeaba.

—Pues tú hueles genial —susurró él aspirando sobre su pelo.

La atrajo hacia su cuerpo apretando el vientre de ella contra el suyo. Silvia no pudo evitar un respingo seguido de su suspiro de pura satisfacción.

—No, aquí no —susurró ella intentando apartarlo.

Pero la verdad era que, tras beber del porrón de Gregoria varias veces, Silvia estaba algo animada. Le apetecía muchísimo hacer el amor con Benja y le frustraba tener que esperar.

Asun estaba alejada de espaldas a ellos, que se habían resguardado tras la ermita de las miradas indiscretas. Las sobrinas de Benja jugaban ajenas a todo y Gregoria y el resto de las mujeres estaban a lo suyo, charlando. El resto de los parroquianos, aturdidos por el consumo excesivo de vino y viandas, dormitaban tumbados al sol. Así que en un arranque de temeridad, Silvia tomó de la mano a Benja y los dos se escabulleron lejos de la romería, abajo, hacía las orillas del río.

A medida que se alejaban oían más distante el bullicio de la fiesta y la música. El aire estaba cuajado de pelusas blancas flotando sin cesar, procedentes de las altas y regias choperas de las riberas de uno de los afluentes del Ebro.

—¿Qué es esto? —preguntó Silvia rozando con los dedos una de aquellas pelusas voladoras.

—Las semillas de los chopos. Las sueltan a finales de primavera y vuelan empujadas por el viento para acabar depositándose en el suelo.

—Parece nieve —sonrió Silvia mirando a su alrededor.

Las incontables simientes inundaban las cunetas y los prados de un ligero y algodonoso manto blanco.

Benja no soltó la mano de Silvia de camino al río. De vez en cuando se paraban a besuquearse como dos adolescentes lujuriosos.

Llegando a la orilla la "nevada" de los chopos ya les rodeaba.

—No hay nadie por aquí —dijo Silvia mirando a su alrededor.

—No, están todos en la romería —dijo él cercándola contra un tronco.

—Y no pueden vernos… —susurró ella muy cerca de su boca, sonriendo.

—Ni oírnos —murmuró Benja mirándola con lujuria.

Benja le acarició los pechos sobre la tela del vestido y no hizo falta nada más. Ambos se enredaron en un intenso beso largo que los inflamó del todo.

Silvia se tumbó sobre aquel lecho blanco que parecía de algodón, bajo la chopera que daba sombra a la rivera y Benja se puso de rodillas, frente a ella. Sus manos le levantaron el vestido y le bajaron las bragas tirando de ellas con delicadeza. Ambos respiraban afanosos, excitados, mirándose con codicia. Silvia se quedó así, desnuda de cintura para abajo, aguardándolo. Benja se puso sobre ella y Silvia metió sus manos bajo su camiseta y pudo tocar su hermoso y elegante cuerpo de músculos esculpidos, de piel tersa, admirada de su belleza, asombrándose todavía de su perfecta juventud.

Ella deslizó sus manos por su cintura hacia su espalda, hasta alcanzar sus nalgas y le bajó los pantalones vaqueros impaciente. Los dedos de él rozaron su sexo, resbalaron por su carne mojada y ella se estremeció sin querer, sin que él dejara de mirarla con la boca abierta, deslumbrado y conmovido ante su placer. Silvia miró a Benja y al verle así, tan ávido de ella, se le escapó un gemido ahogado.

Ella gimoteaba de gusto mientras él trazaba círculos, con su dedo índice, sobe su clítoris.

—Eres preciosa… Me pasaría la vida entera mirándote y… amándote —jadeó Benja soltándole los botones del vestido dejando el cuerpo de Silvia desnudo bajo el suyo.

«Amándote», esa palabra se clavó en el fondo de su alma. Silvia suspiró con fuerza.

«Yo también, te miraría eternamente». Lo pensó pero no pudo decirlo en

voz alta. En vez de eso jadeó al sentir la presión de su cuerpo.

Estaban a orillas del río a plena luz del día y no pudieron recrearse demasiado. Lo hicieron con premura pero a pesar de las prisas Benja fue muy dulce.

Siempre que lo hacían él la acariciaba, mucho, y no dejaba de mirarla y Silvia se sentía más deseada que nunca. Benja no era de los que cerraba los ojos al hacer el amor. No lo hacía de un modo egoísta. Le daba sus caricias, su aliento, su energía. Se lo daba todo de mil formas diferentes.

El río fluía un poco más abajo. Las pelusas blancas volaban alrededor, las hojas de los chopos giraban agitadas por el viento, el sol se colaba entre ellas y ellos gemían sin parar de juntarse y separarse, una y otra vez, levantando aquellas pelusas que caían de nuevo sobre sus cuerpos.

De vuelta a la romería los dedos de Benja le fueron quitando a Silvia las semillas del pelo.

—Nunca he conocido a nadie como tú —dijo Benja acariciando la espalda de Silvia, surcándola toda con sus largos dedos, haciéndole cosquillas.

A Silvia se le escapó una risita y tembló de gusto. Ya era de noche y ambos estaban recostados sobre la cama de la habitación del hotel, desnudos.

—Voy a hacerte una pregunta directa —dijo Silvia girándose hacia él.

—Pregunta —susurró Benja sobre su hombro, besando su piel.

—Las mujeres maduras… y permíteme que diga madura y no mayor.

—Claro —rio él dándole un beso en los labios—. ¿Sabes que eres muy graciosa?

—No me cambies de tema —dijo ella—. ¿Las mujeres maduras os damos morbo a los hombres jóvenes o es un mito?

—Pues… sí, lo reconozco. Al menos en mi caso es así —sonrió divertido —. Creo que es por ese mito sexual de la experiencia.

—Que sabemos mucho de sexo porque nos hemos acostados con muchos hombres.

—Eh… eso es —sonrió Benja avergonzado.

—Bueno, pues yo también voy a ser sincera: en mi caso… es verdad. Con unos cuantos hombres. Y tuve una breve relación con una mujer —dijo ella.

Su cara de sorpresa hizo reír a Silvia.

—Sí, eres muy sincera y eso me gusta —sonrió Benja.

—¿Eso también os da morbo o es otra leyenda urbana?

—Nos da, nos da —asintió él muy sonriente—. ¿Cómo es?

—Igual —dijo ella encogiéndose de hombros—. Sientes algo por otra persona, aunque sea de tu mismo sexo, y se lo demuestras y te lo demuestra. No hay diferencia. Y ella es la única que ha continuado siendo mi amiga a pesar de no seguir juntas. No ha sido así con mis parejas masculinas.

—Vaya, me dejas…

—¿Sorprendido?

—Matarías a tu abuela Sabina con esta declaración —rio Benja—. Tienes más experiencia que yo, eso está claro.

—Pero en vosotros el tener experiencia es algo bueno y en nosotras no. A los hombres no se os juzga de la misma manera.

—Sí, es cierto y es injusto. Y que sepas que yo lo veo como algo positivo. Y no lo digo por hacerte la pelota. Lo creo realmente.

—Eres un encanto —le dijo ella enredando sus manos en su pelo.

—Tengo que cortármelo, está largo.

—¡No, no te lo cortes! Me gusta así. Te hace tan…

Silvia se mordió la boca en vez de decir algo escandaloso como "follable".

—Eres demasiado sincera —rio Benja.

—Tengo que serlo. Me haría daño guardármelo solo para mí. Contigo es todo tan intenso y… fácil. Dos de mis ex maridos estaban al borde de la disfunción eréctil. Tomarán Viagra a estas alturas. ¿Cómo no voy a estar así de feliz?

Benja la miró asombrado y rio negando con la cabeza.

—¡Dios… me vuelves loco! —dijo atrayéndola hacia su cuerpo.

Cuatro coitos y cinco orgasmos en un día. Silvia estaba agotada y Benja tan solo tenía sueño y un hambre de lobo.

Él era adictivo y ella a duras penas lograba salir de la cama del hotel para intentar llevar una vida normal, no la de una loca ninfómana que solo quería hacerlo con su joven amante todo el tiempo.

Pero Silvia sentía una especie de remordimiento. Sabía que tenía algo que hacer y que lo estaba posponiendo. Se había prometido a sí misma buscar información acerca del asesinato de Elvirita. Sentía que "ella" era su responsabilidad.

Así que aprovechó que Benja comenzaba a impartir un nuevo curso de enología que lo mantendría ocupado, para indagar acerca del crimen de Elvirita.

Se fue hasta Haro, como otros días. Había reservado habitación y quedado con Benja a las cuatro de la tarde. Pero, ¿por dónde empezar a investigar?

Lo hizo por el final. Silvia decidió comenzar a buscar información acerca de la ejecución y de la sentencia que mandó al garrote a Francisco Amaya. Buscó en Internet y en la hemeroteca de los principales diarios de la provincia de La Rioja de la época. Pero antes quiso averiguar qué era eso de morir por "garrote vil".

El mecanismo del "garrote" consiste en un collar de hierro atravesado por un tornillo acabado en una bola que, al girarlo, causaba a la víctima la rotura del cuello. El garrote, como instrumento de ejecución, data de tiempos de la República Romana. Algunos bajorrelieves de la época testimonian su uso.

El adjetivo "vil" deriva del sistema de leyes estamentales en el medievo. Por una cuestión simbólica, la decapitación con espada se consideraba pena reservada a los integrantes de la nobleza; en cambio, para los villanos (habitantes de las villas o integrantes de la plebe), se mantenía la ejecución vulgar mediante garrote.

Más adelante, el garrote se fue refinando. La variante denominada catalana incluía un punzón de hierro que penetraba por la parte posterior destruyendo las vértebras cervicales del condenado.

«La muerte del reo se produce por la dislocación de la apófisis odontoides de la vértebra axis sobre el atlas en la columna cervical», leyó en voz alta y un sentimiento de horror le recorrió el cuerpo.

Silvia averiguó que si la lesión aplastaba el bulbo o rompía la cervical con corte medular, se producía un coma cerebral y la muerte instantánea. Pero esto dependía de la fuerza física del verdugo y la resistencia del cuello del condenado. La experiencia había demostrado que raramente sucedía así; según todos los estudios, la muerte solía sobrevenir por estrangulamiento, resultante de una serie de lesiones laríngeas. Se habían documentado múltiples casos en los que la agonía del condenado se prolongaba cruelmente.

Los informes médicos de algunas ejecuciones evidencian que la muerte no se produjo de forma instantánea, sino con excesiva lentitud; el fallecimiento sobrevino después de una verdadera tortura. Esto era porque algunos reos tenían un cuello poderoso y su verdugo, era bastante débil físicamente.

Al terminar de leer lo referente al caso de Francisco Amaya y la descripción de la agonía del condenado, Silvia tuvo que respirar hondo. Estaba impresionada.

El detenido tardó veinticinco minutos en morir y juró hasta su último aliento que él no había tocado a la niña.

La fotografía, sacada de los archivos digitales de la hemeroteca de la época, con aquel hombre asustado y maltratado conducido casi a rastras por dos guardias civiles a su ejecución, la hizo estremecer.

En aquel momento, el ruido de unos nudillos en la puerta la sobresaltó. Era Benja que ya estaba allí. Silvia cerró la pantalla del móvil rápidamente.

—Hola, llegas pronto —murmuró aún conmocionada.

—No, en realidad diez minutos tarde —dijo él inclinándose a besarla.

Silvia miró la hora algo confusa.

—El tiempo parece que ha pasado muy deprisa esta mañana —se disculpó.

—¿Estás bien? —preguntó Benja mirándola extrañado.

—Sí, es que estaba… Bueno, he comenzado a buscar trabajo —mintió señalando su móvil, que descansaba sobre la cama.

—¿Aquí?

—O en París, lo que salga.

Benja no respondió pero Silvia intuyó que le había disgustado su respuesta porque él cruzó la habitación para dirigirse al baño en silencio.

Silvia sabía que no podía decirle a Benja que se le aparecía en sueños el fantasma de una niña asesinada y que estaba investigando su muerte. Era de locos, él no lo iba a entenderlo, nadie lo haría, ni ella misma podía.

Benja regresó del baño, se sentó en la cama junto a Silvia y la tomó por la cintura suavemente, atrayéndola hacia su cuerpo.

—¿Por qué no te piensas lo de entrar en la industria del vino? Necesitan químicos —dijo besándola hasta hacerle perder el resuello.

—¿Te… importa que me dé un baño primero? —dijo ella con suavidad, intentando respirar con normalidad de nuevo.

—No, claro. Ahora mismo lo preparo y nos lo damos juntos —susurró Benja besando su cuello

Pero ya en la bañera, ella siguió pensando durante un rato en Paco Amaya y en los vecinos del pueblo que lo acusaron de matar a Elvirita para robarle la cadenita de oro de su comunión. Según las informaciones que Silvia había conseguido, Paco siempre negó haber tenido en su poder aquella cadena que nadie encontró nunca.

13

Su voz y sus manos eran capaces de hacerla olvidar cualquier cosa. Pero a pesar de Benja y de aquel sexo maravilloso las pesadillas continuaron.

Una tarde, se despertó sobresaltada y asustada, sin recordar muy bien que era lo que la había aterrorizado tanto y todavía confusa, escuchó la voz cálida y tranquilizadora de Benja a su lado.

—Silvia, tranquila… Eh, tranquila, cariño.

—He tenido una pesadilla ¿Qué… qué hora es? —jadeó casi sin voz y desorientada.

Silvia tenía un ahogo en el pecho, un nudo en la garganta y muchísimas ganas de llorar. Inspiró con fuerza intentando apartar la horrible sensación de su mente. Benja la miró alarmado.

—Tranquila… Estás temblando —dijo inquieto, intentando calmarla—. ¿Qué has soñado para estar así?

Silvia se aferró a Benja y él la abrazó acariciando su espada con ternura, meciéndola con su cuerpo.

—He soñado que me estrangulaban —susurró ella.

Silvia soñó que era Elvirita y que una sombra de manos pálidas, grandes y fuertes, unas manos de hombre, la sujetaban por el cuello y se lo comprimían tan fuerte que no la dejaban respirar.

Apenas podía tomar algo de aire. La sombra estaba apretándole la tráquea con sus manos y ella comenzó a sentir las pulsaciones de su propia sangre en las sienes. Sintió que se ahogaba, que su cuello se iba a partir por la presión de esos dedos fríos pero luchó para zafarse de ellos.

El dolor era muy intenso. Empezó a ver borroso. Su cuerpo era como de trapo y aquellas manos presionaban más y más. Pudo oír la respiración jadeante de su asesino, notar su placer al hacerlo, al apretar su cuello. Los ojos le ardían y su cabeza se embotaba por la falta de aire. Después, cuando ya no pudo más, comenzó a rendirse a la asfixia que iba a provocarle la muerte.

La sombra pronunció algunas palabras, ella le vio mover los labios pero no pudo entenderlas. No oía ya. Le apretaba el cuello más y más. No podía respirar. Intentó gritar pero no lo logró y el agua le entró en la boca. Después, su cuerpo se fue deslizando lentamente hacia el fondo helado.

«Me ahogo, me ahogo…», pensaba mientras unas gotas calientes corrían por sus mejillas. Se dio cuenta de que eran sus propias lágrimas y entonces despertó.

Silvia temblaba de terror bajo las sábanas, empapada en sudor, recordando aún la pesadilla. Se tocó el cuello para comprobar que en realidad no le dolía. En aquel momento, el reloj del campanario dio las 4 de la madrugada. Ya no iba a poder dormir de nuevo.

Se sentó en la cama y encendió la luz de la mesilla. Notaba las mejillas mojadas por las lágrimas. Todo había sido tan real que pudo sentir el terror de Elvirita mientras se daba cuenta de que estaba a punto de morir, de que la estaban matando.

Advertía su presencia en la casa. Ella le había mostrado su muerte. Ella la estaba apremiando para que continuase, para que no la abandonara y algo le decía que iba por el buen camino porque en ese sueño había estado muy cerca de ver la cara del asesino.

Al día siguiente, Benja invitó a cenar a Silvia y después la llevó de vuelta a casa de su abuela. Nada más entrar por la puerta pudo oír la voz fuerte y

seca de Sabina Gabarri llamándola.

—¡Silvia!

—¿Sí, abuela? —respondió ella entrando a la cocina.

Su abuela, en bata y camisón, dispuesta para echarse a la cama, la miraba de arriba abajo con desagrado.

—¿De dónde vienes?

—De Haro.

—¿Y qué hacías con Benjamín Olea?

—Me ha traído en su camioneta, nos encontramos por casualidad y se ha ofrecido a acercarme, como otras veces.

Sabina Gabarri miró a su nieta con suspicacia y Silvia se dio cuenta de que lo sabía, que estaba al corriente de que había algo entre Benja y ella. Pero también se dio cuenta de que su abuela no se iba a dar por enterada a no ser que alguien comenzase a hablar de ello en el pueblo y pusiesen el buen nombre de la familia en entredicho. Siempre había sido así. Recordó cómo, cuando sus padres se divorciaron, su abuela lo acepto a pesar de su férrea fe católica, para no tener que soportar las habladurías, librarse de su nuera y que su hijo, un Navarro, se pudiese casar de nuevo rápida y discretamente con la madre de Nagore, ya embarazada.

—Por cierto, abuela, que sepa que voy a visitar a Asun. De eso estaba hablando con su hermano.

No era verdad pero así Silvia consiguió cambiarle el gesto adusto a su abuela.

—Tendrás que llevar algo para las niñas. Unas chucherías bastarán —concluyó la anciana.

—Hola Elvira. No sé si prefieres que te llame Elvira o Elvirita —susurró Silvia en el silencio del dormitorio, en medio de la noche—. Hace mucho tiempo que estás aquí ¿verdad? Te siento desde niña, en esta casa, a mi lado y sé que hay algo que quieres de mí.

Esperó unos instantes pero solo se oían los ladridos de unos perros en la calle y la respiración pesada de su abuela durmiendo en su cuarto, al otro lado del pasillo.

—Quiero decirte que lo haré, descubriré por qué todavía sigues aquí.

Justo en ese momento, como si Elvirita respondiese a sus palabras, sonaron las doce en el reloj de la torre de la iglesia.

—Te quedan bien las botas —bromeó Benja.

—Sí, claro. Y el mono de trabajo. Estoy preciosa —dijo Silvia con sarcasmo.

—Eso es, lo estás. Y creo que…

—¿Qué?

—Te estoy imaginando sin nada debajo del mono —le susurró al oído.

A Silvia se le escapó una risita tonta sin querer. Benja se pegó a ella para tomarla por la cintura y besarla en medio de la viña, delante de los demás aparceros.

—Para… Benja, nos están viendo —rio Silvia.

—Sí, será lo mejor —dijo dándole un último y rápido beso.

Caminaron por la viña, de la mano y Benja le fue explicando las diferentes tareas que requería, que no eran pocas.

—¿Ese es el fruto? —señaló ella.

—Sí, las futuras uvas son esas bolitas verdes. Durante el verano engordarán y madurarán.

—¿Qué productos químicos empleáis?

—La vid tiene unas necesidades similares al cultivo de la alfalfa o el trigo. El principal fertilizante que se necesita es el ácido fosfórico. Otros nutrientes son el potasio, clave por ser el responsable del enriquecimiento en azúcares de la uva. Al igual que el fósforo, este nutriente debe ser aplicado en profundidad. El calcio y el magnesio son también vitales. El primero sólo es utilizado para elevar el pH en suelos ácidos, mientras que el magnesio por lo general está en niveles suficientes en todos los suelos. Si durante el período anterior se realizó un buen manejo de los nutrientes no será necesario ningún tipo de aporte en este momento, salvo de nitrógeno. Mientras que en aquellos suelos pobres y no abonados durante la plantación será aconsejable la aplicación de NPK.

—¿Nitrógeno, fósforo y potasio? —preguntó Silvia interesada de verdad.

—De forma conjunta —asintió Benja con una sonrisa de satisfacción.

—¿Habéis abonado hace poco?

—Acabamos de abonar el mes pasado —respondió él.

—¿Y qué estáis haciendo ahora?

—Ahora toca podar de nuevo, porque ha sido la floración y toca el cuajado.

—Pero ya se hizo una poda, ¿no?

—Sí, podamos tres veces. La poda consiste en formar la cepa con tres brazos y dos pulgares en cada brazo. Cada pulgar tendrá dos yemas de las que brotarán los sarmientos. A primeros de año se cortaron los sarmientos viejos para dar forma a las cepas y dejarlas en mejores condiciones de fructificar. Hay varios tipos de poda: en vaso o copa, *Guyot*, *Royat*… cada viticultor elige la que le va mejor. En cuanto salen los primeros brotes se sacan los que

nacen de la madera vieja y también algunas hojas a fin de airear la cepa y favorecer el paso de la luz. La última poda es la de ahora, la de junio, a la que se llama "descaballar". Se quitan los caballos o brotes laterales de los sarmientos. La poda es una de las operaciones más importantes para la obtención posterior de unas uvas sanas, maduras, y sobre todo de calidad. Así se vigorizan los otros brotes. Después se azufra.

—¿Se echa azufre?

—En polvo, para combatir plagas —asintió Benja—. Y después se labra. Menos los meses de vendimia y el invierno labramos todos los meses para sacar las malas hierbas, ventilar el suelo y aumentar la retención de agua, controlar malezas, etc. Las labores están en íntima relación con los momentos de riego, por lo tanto con las épocas de mayor necesidad de humedad, como lo es el comienzo de vegetación de la planta.

—¿Y cómo lo hacéis?

—Los riegos pueden hacerse por diferentes técnicas de regadío: surco o por inundación. El sistema de riego por surco necesita de distintos trabajos de arada. En otoño, es una labor profunda que aporta tierra al pie de la planta protegiendo así a esta de las heladas de los meses más fríos del año, y realizar callejones para la vendimia; a principios de primavera, la labor superficial es producir un surco cercano al pie de la planta sobre el callejón permitiendo así el riego; a fines de primavera, la labor superficial que se da en el momento de la floración es aporcar tierra a las plantas y tapar el surco, el que ahora queda en el centro del callejón. En esta época del año, los riegos son más necesarios debido al crecimiento de los racimos; en los meses de verano, debido a las mayores exigencias de agua, los surcos se realizan al pie de la planta. Paulatinamente se disminuye la cantidad de riegos para aumentar la cantidad de azúcares en los frutos.

—¿Y lo de sulfatar? Recuerdo eso. Lo decía mi abuela —dijo Silvia agachándose a tocar un futuro racimo todavía verde y sin formar.

—Es para proteger la cepa del hongo *mildiu*, cuando llega la primavera y durante el verano no paramos de echar sulfato de cobre —sonrió Benja—. Serías una buena viticultora, lo captas a la primera.

—Me parece muy interesante todo el proceso. Es mucho trabajo —asintió ella.

—Y luego, después de todo este duro trabajo, solo queda confiar. Dependemos del clima. De un invierno frío que detenga el crecimiento, pudiendo así descansar la viña, con heladas para exterminar las infecciones, aunque no demasiado fuertes para no afectar a la planta, y con lluvia suficiente para tener reservas de humedad en la tierra. La lluvia en invierno es muy importante. En cambio la primavera debe ser suave, con lluvia no muy fuerte para ayudar al crecimiento de la vid, con un período de calma y templado durante el cual la viña florece. Y si cae granizo en estas fechas… todo está perdido.

—¿Suele ser así?

—Este año estamos teniendo mucha suerte. Todo va muy bien. Ahora necesitamos que venga un verano caluroso y soleado con poca lluvia para así permitir crecer a la fruta, y un final del verano y comienzo del otoño largo y suave para acabar de madurar la uva. Nunca suele cuadrar todo, por desgracia. Son pocos los años realmente buenos. La última añada excelente fue la del 2011 y de eso hace ya hace más de diez años —dijo Benja agachándose para tomar un poco de tierra entre sus manos.

—Es… un acto de fe —susurró Silvia.

Él levantó la mirada hacia ella. Silvia se dio cuenta de que Benja la estaba mirando con verdadera admiración, sonriendo. Asintió y ella le devolvió la sonrisa.

«Así que es como el amor. Se siembra, se trabaja, se espera y se cree en él, sin una sola garantía. Y así una y otra vez para que no muera. Nunca se abandona ese trabajo, es perpetuo», pensó comprendiendo al fin.

—¿Y que hace que la cosecha sea superior, especial? —preguntó Silvia.

—En lo que se refiera a la maduración, un dato importante a la hora de medir la calidad es la diferencia térmica entre el día y la noche. Cuanta más diferencia haya mejor calidad. Y finalmente, una vendimia sin lluvia con

temperaturas suaves para que no se estropee la uva.

—Todo está en el equilibrio —susurró ella.

—Exacto, el equilibrio es lo más importante de todo.

14

Silvia propuso a Benja hacerle una visita a su hermana, cosa de la que no tenía ninguna gana, pero sabía que eso haría desviar la atención de su abuela sobre ellos dos.

—Me alegra que hayas cambiado de idea —dijo él haciendo que ella se sintiese culpable.

—Pero… ¿puedes acompañarme? No estoy segura de que tú hermana…

—Estará encantada de recibirte, ya lo verás —dijo Benja dándole un suave beso en la boca.

Ella lo miró a los ojos, esos grandes y sinceros ojos castaños, llenos de inocencia.

—Pero avísala, por favor. No quiero que sea una sorpresa.

—Tranquila. Se alegrará de verte.

Benja se presentó de punta en blanco para recoger a Silvia. Antes de irse juntos ella pudo comprobar como su abuela los observaba desde la ventana del balcón, tras los visillos.

La antigua casa de Fermín Olea, padre de Asun y Benja, estaba cerca del río, rodeada por un poco de terreno. La casa de los Olea, más modesta que la de la de los Navarro-Gabarri, estaba bien cuidada y recién pintada y un todoterreno, el del difunto marido de Asun, descansaba aparcado en la entrada. Era lo único que le había dejado a su viuda, eso y muchas deudas que pagar. Las tierras, exceptuando una pequeña huerta, estaban arrendadas y la casa hipotecada.

Asun llevaba viuda más de tres años y Benja ayudaba a su hermana con los plazos de la hipoteca que debía seguir pagando puntualmente cada mes, a riesgo de perder la casa si no lo hacía. La hermana de Benja trabajaba en el

pueblo vecino, más grande que el suyo, en una lavandería y para sacar un sobresueldo hacía arreglos de ropa y magdalenas y rosquillas de anís que vendía en la panadería del supermercado de Lorenza.

Eso había dispuesto Asun de merienda, unas magdalenas y unas rosquillas junto con unos tacos de chorizo, de queso y unas aceitunas. Al entrar en la casa olía a café recién hecho y al anís de las rosquillas. Una botella de vino sin abrir y unas coca colas descansaban sobre un pulcro mantel blanco de hilo con sus servilletas bordadas a juego, sobre la mesa de la cocina.

Las niñas esperaban ya bien vestidas y repeinadas con idénticos atuendos rosas, sentadas muy quietas junto a su madre. A la mayor el vestido le quedaba algo estrecho en el pecho y se notaba que estaba incómoda con él. La pequeña se removía en el asiento y miraba a Silvia con curiosidad. A ella le recordó mucho a Asun a esa edad.

Después de tantos años, ver a Asun de frente la impactó. Estaba muy envejecida y con varias tallas más de como la recordaba su antigua amiga. Estaba claro que no disponía de tiempo para sí misma y que había dejado de preocuparle su aspecto. Llevaba el pelo corto, con un tinte rojizo ya sin brillo que no la favorecía y las entradas dejaban entrever su verdadero tono oscuro y sus canas. Se había puesto una blusa y unos pantalones oscuros y anodinos y Silvia enseguida se arrepintió de haberse arreglado tanto para aquella visita.

—Hola Asun. ¿Cómo estás? —dijo Silvia acercándose a darle un beso en la mejilla, que no fue tal, solo un leve roce.

—Bien —mintió su antigua amiga, sin que sus ojos transmitieran ningún tipo de emoción al verla.

—Siento mucho lo de tu marido.

—Gracias, siéntate —dijo Asun señalando la mesa. Sus manos de uñas mondas y sin pintar acusaban el trabajo dentro y fuera de casa.

Silvia se sentó frente a Asun y sus hijas, junto a Benja.

—Tienes unas hijas guapísimas. ¡Y qué mayores! —dijo intentando

mostrarse simpática.

—La mayor es Patricia y la pequeña Carla.

Las niñas permanecían calladas, sin moverse ni perder detalle de la recién llegada.

—Silvia les ha traído unas chucherías —añadió Benja.

La mirada que Asun le echó a su hermano no pasó desapercibida para ella. Inmediatamente sacó del bolso un par de bolsitas llenas de chuches, junto con una cajita de pastas, todo de la mejor confitería de Haro, y las puso sobre la mesa.

—No tenías que haberte molestado, Silvia —dijo Asun sin asomo de agrado—. Dad las gracias, niñas.

Las crías dieron las gracias con mucha educación y miraron a su madre. Ella hizo un gesto y las golosinas continuaron encima de la mesa.

Benja se levantó y colocó sobre un plato las pastas. La hija mayor de Asun no hacía más que mirar los zapatos de Silvia, unas bailarinas de piel con adornos en tono dorado. A ella le pareció que el silencio podía cortarse con un cuchillo.

—Seguro que las chicas tienen hambre —dijo Benja—. Venga, empezad a merendar.

Las dos niñas sonrieron a su tío y comenzaron a comer pastas.

Benja estuvo muy atento con sus sobrinas, se notaba que le gustaban los niños. También intentó mediar entre su hermana y Silvia pero no supo disimular lo suficiente. Tras el café y después de que Silvia se decidiese a probar una de las rosquillas de Asun, la niña pequeña empezó a ponerse pesada y Benja decidió distraerla saliendo a comprarles un helado, llevándose a sus dos sobrinas.

—No les compres más dulces —le reprochó Asun.

—Solo un helado, se lo había prometido —le dijo a su hermana disculpándose—. Ahora volvemos.

Lo último lo añadió mirando a Silvia con una sonrisa espectacular que su hermana no pasó por alto.

—Es igual que papá —murmuró Asun—. Generoso y sin dobleces.

—Sí —asintió Silvia sonriendo, mirando hacia la puerta, por donde él acababa de salir.

—Y muy buena persona aunque nada prudente —añadió su hermana.

—Benja me lo ha contado, lo de tu marido. Sé que todo lo que pueda decir te sonará a…

—No hay nada que decir —la interrumpió Asun mirando al vacío—. Era un buen padre, trabajador y un buen marido que siempre intentó complacerme en todo. Tuvo una agonía larga y horrible debajo de ese tractor. Ahora cuando me siento feliz me da la sensación de que no puedo serlo, que le debo algo y que fue por mi culpa, porque no lo quise como él a mí y porque nunca se lo dije.

Silvia se dio cuenta de que Asun no tenía por qué fingir con ella, que se conocían lo suficiente como para no mentirse.

—Te parecerá extraño pero conozco ese sentimiento —murmuré en voz baja, sobrecogida ante la sinceridad de Asun.

Se sentía del mismo modo respecto a su madre, sentía que debió decirle que no se fue a París por ella, que no tuvo la culpa pero ya era tarde.

Asun la miró y ella vio desprecio en sus ojos cansados, rodeados de unas bolsas hinchadas. En ese momento Silvia se dio cuenta de que Asun no lo había olvidado, de que aún le guardaba rencor.

—La gente anda diciendo que estás con mi hermano —soltó su antigua amiga de pronto.

Silvia se quedó de piedra y no supo que contestar.

—Te han visto en Haro saliendo con él de Los Agustinos. Aquí no hay secretos, esto no es París y la gente habla de todo y de todos. Conozco a mi hermano, Silvia. Es transparente. Y no hace más que hablar de ti. Muy bien, por cierto —sonrió con sorna—. Supongo que le gustas. Siempre les has gustado a los hombres.

—Asun… —comenzó a decir Silvia.

—Benja es mi hermano pequeño, no tuvo una madre, solo a mí y está encoñado contigo, lo entiendo. Pero no quiero que sufra.

—Ya vale, Asun —la previno Silvia, molesta por su rudeza.

—No, no vale. Te conozco —susurró con resentimiento—. Sé que le harás daño.

—¡No, no me conoces! Hace veinticinco años que no nos vemos —le espetó enfadada y dolida.

Silvia miró aquellos ojos severos y el rostro embrutecido de Asun buscando algún rastro de la que fue aquella buena amiga de la infancia pero ya no quedaba nada de la niña tímida y confiada en aquella mujer amargada.

En ese momento la rabia le pudo y Silvia no pude evitar sus siguientes palabras.

—¡Oh, Asun por favor! ¿Por qué estás tan resentida conmigo?

—¡Ya sabes por qué! —masculló con ira.

Sus ojos la miraron con un rencor intenso. No hizo falta que se lo confirmara. Era por él. Y Silvia supo que daba igual lo que le dijese, no iba a perdonar, no lo iba a hacer nunca.

Pero era ella la que no se permitía ser feliz, era ella la que se empeñaba en desear a alguien que no la quería ni la querría nunca, era Asun la que prefería recordar sin descanso el pasado, no Silvia.

En ese momento entró Benja con las pequeñas.

—Les he comprado el helado más pequeño —dijo muy sonriente a su hermana—. Anda iros a jugar, chicas.

—¿Y las chuches? —preguntó la más pequeña.

—Luego os doy alguna pero si no armáis ruido y os portáis bien con mamá y la ayudáis a recoger la mesa —le sonrió Benja, agachándose y haciéndola una carantoña cariñosa.

—Gracias tío Benja —sonrió la niña, mostrando la falta de las dos paletas.

Silvia y Benja estuvieron diez minutos más intentando charlar distendidamente sin conseguirlo. En realidad fue Benja quien lo intentó con toda su buena voluntad. Asun callaba, respondía con monosílabos y Silvia solo deseaba salir de allí cuanto antes.

—¿Te importa que demos un paseo? —dijo Silvia nada más salir.

—No, vamos —dijo Benja mirándola extrañado.

Silvia tenía ganas de respirar aire fresco, lo necesitaba. El ambiente opresivo de aquella casa le había agobiado tanto que de pronto se sentía agotada y hasta le dolía la cabeza.

—Asun nunca dejará de odiarme —dijo caminando al lado de Benja—. Pensé que después de tantos años…

—Ella no era así antes pero no la culpes, la vida le ha dado muchos palos.

Silvia resopló enojada por la terquedad de Asun y su manera de presentarse ante su hermano cómo una mártir.

—¡Es todo tan… infantil! ¡Además han pasado casi veinticinco años!

Silvia dejó de hablar por respeto a Benja.

—¿Qué pasó? —preguntó él.

—En realidad creí que la hacía un favor pero… No, no puedo contártelo.

—Está bien —suspiró Benja—. Creí que le haría bien tener una amiga que no fuese alguna de las alcahuetas del pueblo… Está siempre trabajando y encerrada en casa. Debería salir, intentarlo al menos.

—Lo siento, créeme que lo he intentado —dijo Silvia con tristeza.

—Lo sé, gracias. Sé que lo has hecho por mí —dijo abrazándola con ternura.

—En el fondo sabía que Asun no iba a perdonarme.

Silvia recordó lo que, su por entonces amiga, le dijo la última vez que hablaron, aquel verano de 1997, el odio que lanzó contra ella, el desprecio con el que habló y el dolor tan hondo que la causaron sus palabras.

—Debiste hacerle algo muy gordo para que siga… —bromeó Benja sonriendo.

—Odiándome – dijo Silvia.

—No, no seas exagerada. Asun es muy rencorosa pero no te odia. Sois unas dramáticas —dijo Benja tomándola de la mano.

15

Aquel verano, el año en que Asun y Silvia cumplieron diecisiete años, la madre de Silvia la llevó con su abuela y regresó sola a Bilbao, a sus amistades bohemias, a sus noches de salir al teatro, a frecuentar los bares de moda y a sus viajes en compañía de algún hombre, siempre uno distinto, a lo que ella denominaba "sus escapadas".

Sus padres llevaban poco tiempo separados y aquel verano de 1997 el padre de Silvia no fue al pueblo, se quedó en Bilbao porque estaba a punto de ser padre de nuevo.

Silvia se sentía sola, apartada, abandonada, casi un estorbo y necesitaba con desesperación alguien que le dijese lo bonita y maravillosa que era y que la hiciese sentirse especial.

El peregrino plan de abrirle los ojos a su amiga no pudo salir peor. Por aquel entonces Víctor Montes tenía diecinueve años y a todas las chicas de catorce años en adelante, del pueblo y los alrededores, locas por sus huesos. Eran conocidas sus correrías por las fiestas de los pueblos vecinos y su fama de liarse con toda la que se ponía a tiro. No estaba mal pero no era del tipo de Silvia, demasiado moreno, pijo y chulesco. Asun en cambio, suspiraba solo con nombrarlo.

Silvia se dio cuenta enseguida de que el tal Víctor lo que quería era enrollarse con ella y no con su amiga. Por eso les hacía bromas y las acompañaba a comprar chucherías, porque siempre andaban juntas. Tuvo que reconocer que eso la agradó. Él intentaba por todos los medios caerle en gracia y también separarla de Asun para quedarse a solas con ella. Silvia no le dijo nada a su amiga por no herirla. Víctor Incluso se había atrevido a piropear un poco a Asun para ver si la convencía y quedaban los tres con un amigo suyo.

—Yo creo que aunque parece así, muy "echao palante" en el fondo le da apuro el entrarme. ¿Te has fijado como te habla más a ti? Es porque tiene vergüenza —dijo Asun a su amiga.

—Asun… yo… Creo que solo se hace el gracioso —dijo Silvia intentando no ser cruel.

—Por eso, no para de contarnos chistes. Es tan guay… —suspiró su amiga —. Y está tan bueno… Me encanta cuando se pone esos vaqueros, los Levi´s. ¡Y el cochazo que le ha comprado su padre! ¿Lo has visto?

Víctor la invitó a dar una vuelta en aquel Golf rojo a espaldas de Asun. Y Silvia, que a sus diecisiete años se creía muy mayor y muy moderna aceptó. En algunos momentos de aquella vuelta al pueblo se sintió halagada por sus insistentes y burdos piropos. Por eso Víctor volvió a llevarla a dar un paseo por segunda vez y se pasó todo el rato mirándole las piernas. Al final, Víctor intentó darle un beso con lengua que se quedó tan solo en un pico desagradable y un breve magreo con sabor a cerveza, que dejó a Silvia un regusto amargo, a mala conciencia.

No le dijo nada a Asun. Silvia se sobreestimó, quería sacar a su amiga del error porque hacía el ridículo hablando como hablaba de Víctor, cuando él no recordaba ni su nombre. Víctor se aprovechaba de Asun y hasta le mandaba a comprar cervezas para él y sus amigotes, mientras se reían de ella a sus espaldas. Era un mal bicho y ella estaba decidida a abrirle los ojos a Asun sin que le quedase duda alguna y para siempre.

Cuando Víctor la invitó a una fiesta en el Priorato decidió ir y decirle a Asun que se pasara para que viera que era cierto, que solo era un cerdo.

Silvia lo imaginó todo en su cabeza como si se tratase de una película. Planeó dejar que Víctor la besara para que lo viese Asun. Después se haría la ofendida y se largaría con su amiga que habría visto la verdadera cara de su héroe, de su amor platónico.

«Sera fácil. Si Asun nos encuentra morreándonos y yo le doy un tortazo delante de ella abrirá los ojos por fin», pensó.

Pero cuando llegó allí no había ninguna fiesta. Víctor estaba solo. Su padre estaba en su casa de Logroño, con su madre y volverían tarde, dijo. Debió largarse en ese mismo instante pero Silvia prefirió continuar con su plan y esperar a que apareciese Asun, mientras Víctor le enseñaba la casa y tomaban una whisky con cola que él mismo preparó y que sabía fatal porque estaba muy cargado.

Silvia le siguió la corriente sonriendo y bebiendo, escuchando sus bobadas de niño rico con aparente interés. Víctor se puso cariñoso enseguida, parecía un pulpo. Asun tardaba y llegó un momento en que Silvia ya no podía quitarse sus odiosas manos de encima. Ella no hacía más que mirar el reloj ansiosa porque llegara su amiga, intentando zafarse de las manazas de Víctor.

Pronto notó los efectos de las copas. Víctor estaba algo borracho pero no tanto como Silvia, que estaba con el estómago vacío y nunca había tomado nada más que un poco cerveza con gaseosa en alguna cervecera, comiendo pollo asado con su padre.

Víctor la aprisionó contra la mesa del despacho de su padre y para cuando se quiso dar cuenta, Silvia ya lo tenía encima, manoseándola e intentando besuquearla.

—Víctor… para —dijo ella intentando sonreír y no sonar demasiado angustiada.

—¿Qué, ya no te apetece, Silvia? El otro día estabas muy cariñosa.

—Déjame Víctor, me estás haciendo daño —pidió Silvia.

Víctor la apretaba con su cuerpo contra la mesa y el borde se le clavaba en los muslos.

—Qué, ¿ere solo una calienta pollas? —susurró metiéndole la lengua en la oreja.

—¡Déjame! —gritó Silvia intentando apartarlo de encima pero Víctor pesaba demasiado.

—Con lo rica que estás… —jadeó él.

Silvia miró a un lado y a otro buscando escapatoria pero solo se encontró con el rostro moreno de Víctor. Él sonrió de un modo repugnante y comenzó a soltarse los pantalones. Entonces Silvia se dio cuenta, con horror, de que no iba a dejarla marchar.

Todo ocurrió muy deprisa. Víctor le levantó el vestido mientras la inmovilizaba sobre la mesa, con sus brazos bajo el cuerpo y la cara pegada a la mesa que olía al cuero del tapete del escritorio.

Silvia empezó a revolverse aterrorizada e intentó gritar pero en cuanto quiso empezar a hacerlo Víctor le tapó la boca con una mano mientras le sujetaba la cabeza con la otra.

Víctor tenía muchísima fuerza y por más que Silvia forcejeaba no lograba liberarse de él. Su cuerpo era inmenso al lado del suyo y muy musculoso para su edad. Ella era pequeña y delgada, no tuvo ninguna opción.

—¡Quieta… quieta o te haré daño, zorra! —jadeó Víctor mientras Silvia se revolvía desesperada.

Recordaba el peso de Víctor sobre su cuerpo, sus zarpas apretando su cabeza contra la mesa, sus costillas y sus caderas inmovilizadas y doloridas. El cuerpo de Víctor presionó el suyo hasta que entró entre sus piernas con fuerza. Silvia apretó los muslos con muchísima fuerza pero fue inútil.

Silvia podía oler su repugnante aliento a alcohol y a tabaco. Al principio quiso gritar para pedir ayuda pero nada más intentarlo, Víctor le golpeó la cara contra el cuero del escritorio tirándola del pelo. Berreó pero pronto se dio cuenta de que nadie iba a escucharla así que se rindió para que Víctor terminase cuanto antes y no doliese más. Cerró los ojos con fuerza y esperó. Los jadeos de Víctor se convirtieron en gruñidos y finalmente en resoplidos.

Fue entonces cuando Silvia escuchó un ruido. Le pareció que alguien acababa de entrar en la casa.

Ella tenía la cabeza girada hacia un lado, con el pómulo apretado contra la

mesa. Entonces Silvia, que había mantenido los ojos cerrados, los abrió y vio a su amiga Asun estaba en la puerta, petrificada, toda maquillada, con los labios pintados de un rojo muy fuerte, llevando el pelo suelto y su mejor vestido.

Ella miró a ambos con los ojos como platos y se tapó la boca ahogando un lamento. Silvia no pudo decirle nada porque inmediatamente Asun echó a correr, justo después de emitir un débil sollozo.

Víctor no se había dado cuenta de nada y continúo. Poco después salió de Silvia haciéndole dar un respingo de dolor y a la vez de alivio. Ella se incorporó lentamente para no caerse. Le temblaban las piernas y enseguida notó como un hilo de algo caliente le corría por los muslos. Inspiró aire con fuerza y se volvió hacia Víctor. Le dolía pero intentó no demostrarlo, no quiso darle el gusto.

Él se estaba atando los pantalones con el rostro enrojecido y sudoroso. Lágrimas incontenibles empezaron a caer por su rostro abochornándola. Se sentía humillada, débil, sucia, idiota.

—¡Hijo de puta! —sollozó hipando con rabia, sin voz.

Víctor la miró a la cara un instante y retiró la vista rápidamente.

—¡Yo qué sabía que eras virgen, joder! ¡No lo parecías! —gritó enfadado.

A Silvia le acababan de venir a la cabeza sus palabras exactas, las de Asun al volver a verla al día siguiente. «Eres una zorra como tu madre», dijo.

Su mejor amiga dejó de hablarla. Intentó explicarse, decirle que Víctor la había violado pero, en un principio, Asun no quiso escuchar a Silvia y después no quiso creerla. Y así fue como desapareció de su vida.

No pensó más en ello. El dolor pasó. La herida cicatrizó. Ya había ocurrido, no había remedio.

Ella era una estúpida que no parecía virgen a la que nadie creería. Que

había ido sola a una casa con un chico, y no un chico cualquiera, que había coqueteado con él en público, a sabiendas de quien era su familia y que estaba bebida. Y supo que se moriría de vergüenza si tenía que contárselo a su padre.

Silvia no fue capaz de denunciar a Víctor Montes. Todos los que la conocían iban a tratarla de zorra o mema. Y así se vio a si misma durante años, hasta que comenzó a ser astuta de verdad y hacer lo mismo que hacían los hombres y ocuparse primero de su trabajo.

16

Era de noche y la casa crujía más que nunca, rechinaba, olía a humedad, una humedad metálica como de roña vieja que era como el olor de la sangre. Se quejaba como si tuviese vida propia.

De día todo era más llevadero, aquella presencia que solo ella sentía se difuminaba entre los sonidos cotidianos y los grifos que continuaban goteando a pesar de los esfuerzos del extrañado fontanero. Pero de noche, Elvirita se adueñaba de cada murmullo, de cada rumor, del aire que entraba por rendijas invisibles y sobre todo de cada silencio. Por eso prefería estar con Benja en el hotel. No era miedo lo que sentía exactamente, era soledad. En la casa de su abuela Silvia estaba sola, como cuando era niña, en aquella cama en la que el colchón se hundía bajo su cuerpo y sus pensamientos se volvían oscuros.

—Elvirita, si estás ahí hazme una señal y dime qué debo hacer, dónde buscar.

Silvia suspiró. «Me estoy volviendo loca del todo. Estoy hablándole a un fantasma», pensó desesperada.

De pronto escuchó un ruido extraño y en medio de la oscuridad le pareció ver una sombra que se movía rápidamente. Encendió la luz con el corazón latiéndole con fuerza y en ese mismo instante, la fotografía de sus abuelos, que descansaba sobre la vetusta cómoda del dormitorio, cayó al suelo estrellándose contra las losas de piedra.

Se levantó para recoger el marco de plata. El cristal estaba roto, un trozo se había desprendido y al cogerlo del suelo se cortó un dedo. La sangre empezó a manar de la herida cayendo sobre la vieja fotografía, se chupó el dedo y paladeó, notando muy débilmente el regusto metálico de la sangre.

Lo había decidido. Tenía que encontrar a los Amaya. Gregoria le había dicho a Silvia que la mujer y los hijos de Paco se habían marchado del pueblo

y que sus descendientes aún vivían en Haro.

En el pueblo averiguó que la viuda se había ido con sus hijos a vivir con unos parientes. El hijo mayor encontró trabajo en la plaza de toros de Logroño, atendiendo al ganado. Otro hijo, el más pequeño, se había hecho banderillero. Las hermanas terminaron bordando trajes para la cuadrilla de un afamado torero riojano. Todos tenían que ver con el mundo taurino. En Haro supo que los nietos de Paco Amaya vivían en Logroño, en el casco antiguo de la ciudad.

Silvia decidió continuar indagando por Haro y se acercó hasta el registro del ayuntamiento para tratar de averiguar algo pero nadie le supo dar razón así que se desplazó hasta Logroño en taxi. Según lo que había logrado recopilar, leyendo los archivos periodísticos de la época en Internet, existió un periodista que había defendido la inocencia de Paco Amaya. Pero estaba claro que si el juicio se había celebrado en 1936 ese periodista, probablemente, llevaba bastantes años muerto.

Aun así, Silvia se acercó hasta el periódico donde aquel hombre había trabajado. El diario aún continuaba en pie, publicando las noticias regionales de un grupo editorial estatal.

Entró en la anticuada y desangelada redacción esperanzada pero nadie pudo ayudarla, ningún trabajador del periódico recordaba ya aquel caso ni al periodista que lo investigó. Silvia iba a darse por vencida cuando un hombre que rondaría ya la jubilación salió a buscarla a la escalera.

—Perdone, ¿pregunta por Eugenio Sanz? —dijo él cuando Silvia ya estaba a punto de coger el ascensor.

—Sí, supongo que sí. Era un periodista de esta redacción, tengo entendido.

—Sí, lo fue —respondió el hombre.

—Y creo que se ocupó de un caso de asesinato justo antes de la guerra —dijo Silvia.

—Sí, lo sé—asintió aquel hombre—. Eugenio Sanz era mi padre.

Carmelo Sanz invitó a Silvia a un café en una cafetería cercana al periódico y le puso al corriente de lo que su padre había investigado acerca de Paco Amaya y el asesinato de Elvira Navarro. Al parecer, se había obsesionado con el tema y se había pasado años recopilando información. Silvia lo escuchó atenta, pasando de la incredulidad inicial a la emoción posterior.

—Y eso no es todo —dijo Carmelo Sanz.

—¿Hay más? —preguntó Silvia.

—Sí pero… dígame, ¿por qué le interesa tanto aquel crimen? Ha pasado mucho tiempo —preguntó él.

—La niña era de mi familia. ¿Puede ayudarme? —dijo Silvia intentando no contar demasiado de sus verdaderas razones.

—Sí pero tenga en cuenta que el caso ha prescrito ya.

—No me importa.

Carmelo Sanz le facilitó a Silvia toda la documentación que su padre había recopilado más de ochenta años atrás y que él guardaba en su casa, incluida una entrevista a la mujer de Paco que nunca fue publicada.

—Mi padre parece ser que se tomó muy a pecho aquella historia. Por eso guardó todo esto, supongo. Después de la guerra continuó investigando acerca de ese crimen aunque nunca con el beneplácito de su redactor jefe y eso que tuvo varios. Pero eran otros tiempos y mi padre, aunque no era un hombre de política no caía bien a todo el mundo. A la gente sin principios no les suele gustar que los demás los tengan —dijo el periodista.

Silvia se puso a revisar aquella documentación mientras hablaban. Estaba todo allí: el asesinato, la detención y la premura con la que se buscó un culpable.

—Señor Sanz, creo que no se hicieron bien las cosas y que pagó por ello un inocente.

—Está claro que no se hicieron bien, no. Que nada se hizo bien y que mi padre lo sabía —asintió Carmelo Sanz releyendo alguno de aquellos viejos papeles.

Silvia le puso al corriente de todas sus averiguaciones, que en realidad aún eran pocas y de todas las habladurías de Gregoria.

—Al parecer a nadie le interesó comprobar la veracidad de lo que decía Amaya. Más bien todo lo contrario —dijo el periodista.

—Entonces… ¿me ayudará?

Carmelo Sanz miró a Silvia tras sus gafas de vista cansada y suspiró lamentando no ser más joven.

—Está bien, deme unos días para poder hacer algunas averiguaciones y husmear un poco en los archivos del periódico.

—Gracias —dijo Silvia levantándose y tendiéndole la mano—. ¿Puedo preguntarle algo?

—Claro —asintió Carmelo Sanz.

—¿Por qué está interesado en ayudarme?

—Voy a tener mucho tiempo libre dentro de poco. Me jubilo este año, o más bien me jubilan y no quiero aburrirme —sonrió—. No sé hacer otra cosa que ser periodista. Y supongo que… también lo hago por mi padre, porque esta historia fue algo que dejó pendiente. Él era un hombre justo y de palabra y quiero pensar que yo también lo soy. El ego, supongo.

A Silvia le parecieron unas buenas razones las de Carmelo Sanz y ambos intercambiaron sus números de móvil, sus correos electrónico y prometieron estar en contacto.

Por la tarde, esperando a Benja en el hotel, Silvia pudo leer la entrevista que Sanz padre le hizo a la mujer del difunto Paco Amaya. Ella perjuraba que el día que Elvira fue asesinada, su marido estuvo ayudando a los Montes a llevar unos caballos de la finca hasta Haro para prepararlos para una corrida de toros, que ella le llevó la comida hasta el Priorato y que su marido regresó a sus casa cuando terminó en Haro, que ni siquiera estuvo en las inmediaciones del pueblo a la hora que se suponía que había desaparecido Elvirita y que había testigos que lo vieron de vuelta a su casa, al otro lado del pueblo, justo a la hora de su asesinato. Después, el periodista dejaba claro que en el juicio, Aurelio Montes había negado todo aquello que contó la mujer de Amaya, así como los de todos los mozos que trabajaron junto a su marido en la finca ese día. Todos los testigos habían perdido la memoria o enmudecido de la noche a la mañana, todos menos Carmen Jiménez, la mujer de Amaya.

Entre los papeles recopilados por Eugenio Sanz había uno que llamó la atención de Silvia. El abogado de los Montes había llevado el caso de la familia Navarro-Gabarri, la de sus tíos abuelos en la acusación de asesinato contra Francisco Amaya.

Silvia se quedó sorprendida ante aquel dato y enseguida pensó en ese apoyo acérrimo que su abuela siempre había dado a los Montes y en que quizás no era tan casual.

Benja dormía a su lado y Silvia no dejaba de pensar en Elvirita. Tampoco podía olvidar a Asun. Se había dado cuenta de cómo la violación y el juicio de su amiga habían condicionado su vida. Que esa frase de Víctor Montes; «no parecías virgen»; coincidía con la imagen que los hombres habían tenido de ella y que la había acompañado siempre. Y por fin entendió que no fue culpa suya que la violara Víctor Montes, que no fue su culpa que a partir de los trece años pareciese ya una mujer y que los hombres la mirasen con deseo. Luego Silvia pulió su imagen en París, fue consciente de ella y se convirtió en una mujer elegante y culta pero siempre continuó sintiéndose aquella chica que no parecía virgen.

Silvia se acurrucó junto a Benja, en la oscuridad, al abrigo de su cuerpo cálido y apoyó la cabeza en su pecho. Él la abrazó medio dormido, resguardándola y consolándola de todo el dolor del pasado. Suspiró sobre su pelo, besándola en la cabeza, acariciando su espalda y murmuró algo que Silvia no entendió.

—Duerme… —susurró ella acariciando su pecho.

—Silvia… cariño.

—¿Qué?

—Te quiero —susurró Benja besándola con ternura.

—Y yo a ti —reconoció ella por fin.

Era cierto, Silvia lo amaba. Sentía algo muy dulce y cálido por él, un sentimiento mucho más sincero y sencillo de lo que nunca había experimentado. Esta vez no estaba engañando a nadie. Amar a Benja era algo que la hacía feliz y que le salía de forma espontánea, sin querer, como las sonrisas sinceras. Benja le transmitía una delicada pasión que era nueva para Silvia y sobre todo, por primera vez se sentía tratada como una igual, no como una niña a la que había que alagar, proteger o deslumbrar.

Silvia recordó a su padre, su trato con ella, el de todos los hombres de su vida y lo comprendió. Benja no trataba de ser un héroe o un profesor para ella. Al contrario, él admiraba sus conocimientos y lo más importante de todo, no quería cambiar su forma de ser.

Pegó su vientre contra el de Benja y correspondió a su dulce beso con pasión, haciendo que creciese rápidamente entre sus muslos. Silvia se enredó a sus caderas y Benja respondió rodeándola con sus brazos para colocarla sobre su cuerpo y penetrarla suavemente.

Esa noche se quedaron dormidos los dos y Silvia no regresó a casa de su abuela. Benja la dejó en la puerta a primera hora de la mañana. Su abuela le

aguardaba muy seria, ya vestida y peinada, en la cocina. Gregoria aún no había llegado. Silvia supuso que la esperaba un buen rapapolvo.

—Vienes de estar con Benjamín Olea —le espetó su abuela.

No lo preguntó, así que a Silvia le pareció inútil negarlo.

—Sí.

—Te estás poniendo en evidencia Silvia. Si vas a comportarte así no te quiero en esta casa —dijo sin perder su gesto imperturbable.

—¿Me está echando, abuela? —preguntó Silvia sorprendida.

—Solo dejaré que te quedes si dejas de verlo.

—¿Por qué tengo que dejarlo?

—Porque eres una mujer aún casada que tiene trece años más que él. Y porque eres mi nieta y en mi casa no quiero escándalos. Yo a tu edad ya estaba viuda, criando a un hijo sola, llevando esta casa y gestionando las propiedades de mi padre y de mi difunto marido. No andaba persiguiendo hombres.

—Lo amo.

—Lo amas… El amor parece siempre lo más importante, ¿verdad? —dijo con sarcasmo—. Pues no es así. Deberías haberte dado cuenta a estas alturas de la vida.

Se había dado cuenta, sí. A sus cuarenta y dos años, Silvia había descubierto por fin lo que realmente importaba y que aún estaba a tiempo de ser feliz, de tener una vida plena. De que esa vida la había estado posponiendo por mil razones que en realidad se resumían en una sola: miedo. Miedo en todas sus manifestaciones; miedo a comprometerse, a la verdad, al dolor, al abandono, al paso del tiempo, a la decepción.

Benja era bueno para ella. Silvia se daba cuenta de que la hacía ser diferente, una nueva persona, que a su lado era feliz y no deseaba nada más.

Ya no sentía que le faltaba nada. Ya no necesitaba huir. No había dejado de hacerlo desde aquel horrible verano pero no iba a hacerlo más.

—El abuelo la llevaba a usted casi quince años —le dijo a su abuela con la esperanza de hacerla razonar.

«Al fin y al cabo ambas somos mujeres. Deberíamos entendernos», pensó. Pero al ver la mirada de su abuela supo que no, que no iba a entenderla, que en vez de eso iba a culparla con mayor crudeza que cualquier hombre.

—Él era un hombre. Y es mentira que hombres y mujeres somos iguales. A las mujeres de ahora os engañan. Nunca lo fuimos ni lo seremos.

—Los tiempos cambian aunque no lo crea.

—Nada cambia. Para nosotras no, aquí en este pueblo no.

—No lo entiende, abuela —dijo Silvia contrariada.

Sabina Gabarri la miró fijamente.

—Tu sí que no lo entiendes, Silvia. Había que respetar las reglas. Mi madre y la madre de mi madre lo hicieron. Mi padre quería que me casase con tu abuelo y me casé, sin cuestionar nada. Yo tenía que casarme, era lo que se esperaba de mí y cumplí. No defraudé a nadie. Era mi deber.

Por lo que Silvia había oído a su padre, su abuela había sido una estudiante brillante en el colegio de monjas al que había ido de niña pero a los doce años su bisabuelo dio por terminada su instrucción intelectual para que pasase a dedicarse a las labores domésticas, encaminadas a ser una buena esposa y madre. Silvia sabía que a todo lo que había podido aspirar su abuela era al matrimonio y a mandar en su casa.

—¿Su deber? —preguntó exasperada—. Usted no era libre pero yo sí. Soy libre para elegir.

—Libre… —asintió Sabina Gabarri con una sonrisa irónica—. ¿A qué precio? ¿Para estar en boca de todos como una cualquiera? ¿Para no tener una familia? ¿Para pecar?

«El pecado, siempre con el maldito pecado a vueltas», pensó Silvia cansada de aquel pensamiento tan primitivo.

Recordó cómo de niña, cuando se hacía daño y volvía magullada y quejosa a casa, su abuela, en vez de calmarla y consolarla la regañaba. «Eso es que algo malo has hecho y dios te ha castigado», decía.

Como si leyese la mente a su nieta, Sabina continuó.

—El amor de hombre y mujer pasa, termina pronto. Lo único que perdura en esta vida es la familia y la tierra. Mi hijo no vive ya pero aún conservo mis tierras, las de mi padre y mi abuelo y mi buen nombre en este pueblo y quiero que siga siendo así. Quiero que se respete el apellido de mi familia, el de tu padre, el tuyo. Y si tú te comportas como una fulana…

La rabia le pudo. Silvia notó como el calor de la ira se asomaba a su cara y finalmente explotó.

—¡Yo no le debo nada a mi padre! Su hijo me dejó y formó otra familia. ¡Me dejó sola y luego tuvo otra hija a la que sí cuidó, en vez de a mí!

—¡Cómo puedes decir eso de tu padre!

Su abuela por fin alzó la voz perdiendo su temple habitual.

—¡Él tenía que haber cuidado de mí, abuela!

—¡Y lo hizo!

Fue entonces cuando todo el rencor que Silvia había guardado durante años hacia su padre salió, de pronto, en tromba, como si fuese agua encerrada tras unas compuertas que acababan de abrirse para liberarla y dejarla correr sin freno.

—No, no lo hizo, me pagó los estudios, me regaló muchas muñecas porque se sentía culpable pero luego se iba con mi hermana y su otra mujer y yo me quedaba cuidando de mi madre enferma. Aprendí a cuidarme sola y siempre lo eché de menos. Me sentí sola durante mucho tiempo. Hasta que ya

no me hizo falta ningún padre.

La abuela de Silvia enmudeció de pronto. Bajó la cabeza, su rostro se contrajo en una máscara de desagrado y su nieta pensó que tal vez iba a mostrar algo de comprensión o ternura pero Sabina respiró hondo y levantando de nuevo los ojos hacia su nieta se repuso.

—Solo tuve un hijo y ya no está. Ya no me queda nada. Hice mi labor en la vida y ahora solo me toca esperar a la muerte y venerar su nombre, el de tu padre, el de mi hijo muerto. Déjame al menos su memoria.

—Se la regalo. Quédese guardando la memoria de sus muertos. Yo estoy viva y me voy con Benja —dijo Silvia alejándose de su abuela para salir de la cocina.

—Debí obligarlo a llevarte con él —reconoció con voz cansada—. Pero ya no puedo hacer nada para remediarlo, Silvia. Espero que eso te consuele.

—No me consuela. Se equivoca.

Silvia subió al dormitorio a recoger sus cosas. Después llamó a un taxi para que viniese a recogerla.

Al bajar la escalera con sus maletas. su abuela continuaba sentada en el mismo lugar, impasible.

—Lo más horrible que le puede pasar a una mujer, a una madre, es perder a su hijo. Tú no puedes entender esa clase de amor, ese amor es el de verdad, no el que te da un hombre. El de un hombre es mentiroso, interesado, vicioso. El de una madre y un hijo nunca. Es puro y verdadero y no acaba ni con la muerte. Y me alegro de que no puedas entender eso —dijo Sabina Gabarri antes de que su nieta comenzase a bajar las escaleras hasta el portal.

—Adiós abuela. Me quedaré en Haro, en el hotel Los Agustinos. Si necesita algo tiene mi número. La llamaré o si prefiere llamaré a Gregoria para ver cómo está —dijo Silvia.

—No, a esa chismosa de Gregoria no —exigió su abuela con voz firme.

17

Silvia se quedó en el hotel pero se aseguró de que Gregoria tuviese su número por si su abuela necesitaba algo.

Le daba igual lo que ella opinase, sus normas y sus reglas anticuadas y machistas. Ella era aún una mujer que deseaba y a la que deseaban. A su edad su abuela ya era vieja, ella no. A su abuela solo le quedaban los recuerdos, a ella aún le daba tiempo de construir los que mereciesen la pena ser recordados.

—Bueno…, ya lo sabe todo el pueblo —dijo Benja.

—Sí, eso parece —suspiró Silvia.

A esas alturas Gregoria ya habría puesto al corriente de lo que había ocurrido a todo el mundo y con todo lujo de detalles, algunos de su propia cosecha.

—¿A ti te importa? —dijo Benja tomando a Silvia por la cintura, atrayéndola hacia su cuerpo—. Porque a mí no.

—A mí tampoco —respondió ella besándolo en medio de la plaza del pueblo, cuando los feligreses salían de la misa del domingo, al mediodía.

Toda la gente los miraba y las matronas del pueblo, entre ellas Asun, murmuraban.

—Está tu hermana —dijo Silvia concluyendo el beso.

—Anda vámonos —susurró Benja besando su frente.

Esa misma tarde, Benja decidió dejar la casa de su hermana y trasladarse al hotel con Silvia, hasta que las obras de su casa concluyesen.

—Me da pena por mis sobrinas —dijo él.

—Las quieres mucho —Benja asintió—. ¿Cómo se lo ha tomado Asun?

—Mal, me ha dicho cosas…

—¿A ti o de mí?

—De ti. Ha sido tan ofensiva… —suspiró Benja—. Nunca creí que mi hermana pudiera ser tan rancia. No está dando buen ejemplo a las niñas.

—No quiero ponerte en contra de tu hermana y de tus sobrinas —dijo Silvia abatida.

Ella no pudo evitar sentirse culpable de aquellas miradas de reproche contra Benja, del silencio al entrar al bar juntos, de que algunas mujeres se cruzasen de acera al verla.

En realidad, a Silvia le importaban bien poco las habladurías en su contra pero le daba mucha rabia que pudiesen ser crueles con él o con las niñas. Aunque tenía la intuición de que el peso de la falta, su desacato a las reglas y a la moral, la culpa de todo aquel escándalo rural ya estaba adjudicado. Ella era la que había incitado al hombre, la pecadora, como Eva, como su madre.

Fue la madre de Silvia quien harta de la doble vida de su marido y padre de su hija, se dejó ver a plena luz del día con un amigo de la cuadrilla de este, con toda la intención de fastidiar a Joaquín Navarro y sobre todo a su suegra, Sabina Gabarri, que sabía perfectamente que su hijo tenía una amante. Aquel amigo estaba casado con una mujer del pueblo, una buena cristiana, como dijo su suegra y la venganza de las matronas no se hizo esperar. Con él tuvieron compasión, regresó al redil. El hombre es débil, está en su naturaleza. Pero con ella no hubo piedad. Las mujeres decentes no van solas a los bares, no beben en compañía de hombres, no fuman, no conducen, no bailan sin su marido, no se exhiben ni visten ropa indecorosa, no ríen, no seducen, no desean, no brillan, no eligen.

—Le he preguntado a mi hermana qué diablos tiene en tu contra pero se empecina en no decirlo. No la entiendo, te lo juro —dijo Benja.

«Debería decírselo yo. Contarle todo de una vez y acabar con esto», pensó

Silvia.

—Lo siento. Tenías tu vida tranquila y por mi culpa…

—No, tú no tienes que sentirlo, cariño —dijo Benja muy serio, parándose a mirar a Silvia—. Son todas esas mujeres que tanto nos condenan las que deberían sentirlo, no nosotros. Todas tan íntegras y decentes… Ni viven ni dejan vivir.

—Quizás tiene razón mi abuela y nada cambia —dijo ella con tristeza.

—No pienso esconderme, no estamos haciendo nada malo. ¡Estamos en pleno siglo XXI, por dios! —exclamó con rabia.

—Y yo no pienso pedir perdón por existir.

Benja abrazó a Silvia con fuerza y tomó su rostro entre sus manos para acariciarlo y besarlo con ternura. Su furia había desaparecido e inmediatamente toda la angustia desapareció también.

Pero no las pesadillas. Estas continuaron, cada noche a la misma hora, aunque al no estar ya en la casa de su abuela eran menos intensas. Parecían más vagas y se diluían en su mente rápidamente, con solo sentir los brazos de Benja rodeándola.

Silvia esperó a Benja en el bar del hotel antes de la cena. Él le había dicho que tenía una sorpresa. Pero mientras aguardaba tomándose un buen vino apareció Víctor Montes.

—Vaya Silvia, dichosos los ojos —dijo con aquella mirada turbia.

—Víctor…—dijo ella sin mirarlo, levantando la copa.

Todavía, después de veinticinco años, a Silvia le seguía produciendo una profunda repugnancia mirar a la cara a aquel indeseable.

—¿Estás sola? —preguntó Víctor sentándose en el taburete de al lado,

frente a ella.

—No. Estoy esperando a alguien. Pero si lo estuviese no es asunto tuyo.

—¿A Benja Olea? Ahora te gustan jovencitos ¿eh? —rio.

Silvia no respondió. El pidió un *gin tonic*, el más caro de la carta de cócteles.

—No se habla de otra cosa en el pueblo —dijo Víctor.

—Qué bien, así no se aburre nadie. Deberían de pagarme un sueldo por divertir al pueblo – ironizó Silvia.

—Pero no deberías darle esos disgustos a tu abuela, Silvia o… —dijo él dándole un trago al *gin tonic*.

—¿O qué?

—O te desheredará —sonrió cruel.

—¿Y eso a ti qué te importa?

—Mucho. Resulta que intento comprar desde hace años las tierras de tu abuela y siempre se ha resistido.

—¿Por qué?

—Dice que son para sus nietas.

Su sonrisa necia la exasperó.

—Olvídame Víctor —murmuró Silvia.

Él se fue a reunirse con sus amigotes, que lo esperaban en la terraza, sin perder esa sonrisa chulesca, justo antes de que llegase Benja. Pero a pesar de que Víctor era un bocazas al que le gustaba hablar de más, su bravuconada dejó inquieta a Silvia. No le interesaban las tierras de su abuela pero tampoco quería que se las quedaran los Montes.

—¿Cuál era la sorpresa? —sonrió nada más ver a Benja.

Él era capaz de cambiar su humor para mejor con solo mirarla. Benja estaba guapísimo, con una polo azul marino y unos vaqueros que le quedaban de muerte, recién duchado y oliendo a gloria. Silvia pudo darse cuenta a pesar de su mermado olfato y eso la sorprendió.

—Nos vamos al "Laurel"—dijo él con una preciosa y amplia sonrisa, sentándose donde acababa de estar Víctor.

—Perdona pero ¿qué es el "Laurel"? —preguntó Silvia.

—La calle con más bares y restaurantes de La Rioja y puede que del mundo entero. Nos vamos a ir de pinchos y de vinos a Logroño.

Aquella noche Silvia descubrió que la calle Laurel discurre paralela a la de Bretón de los Herreros, lugar en el que se levantaban las antiguas murallas de Logroño hasta que fueron demolidas en 1862. Fue entonces cuando se decidió reconstruir las casas colindantes, dando origen a la calle Laurel.

La calle, de poco más de 200 metros, a escasos 50 del centro histórico de la ciudad de Logroño, poseía cerca de 65 bares y restaurantes en la que cualquier vino estaba bueno.

—Aquí hacen las patatas bravas más bravas que hayas probado en tu vida —le susurró a Silvia entrando a un bar, tomándola de la mano.

Silvia miró a Benja sorprendida por ese gesto, que para ella representaba la necesidad de él de considerarla públicamente, sin dudas o prejuicios.

Una vez en la barra, ella se dispuso a comprobar la existencia de las patatas más picantes de la tierra.

—Si no te lo crees prueba —dijo Benja señalando el plato de humeantes dados de patatas fritas bañadas en salsa que les acababan de servir—. Pero que no se te olvide tener un buen vaso de tinto a mano.

Le puso la copa enfrente, sobre la barra. Silvia miró a Benja desafiante, cogió un palillo, pinchó un dado de patata untado en la salsa roja y se lo metió en la boca.

—¡Joder! —gritó nada más masticar.

Picaba tanto que Silvia comenzó a moquear. Benja soltó una fuerte carcajada pero ella se tragó la patata brava sin pestañear, con ojos llorosos. Él la abrazó riendo y le dio un beso suave y lento.

—Es el beso más picante que te han dado en la vida, ¿a que sí? —rio Silvia.

—Te quiero —susurró Benja—. Y quiero que te rías así siempre. No quiero verte triste o preocupada y estos días han sido duros, ¿verdad?

Silvia lo miró con ternura y le acarició la mejilla y la barba.

—Eres un ángel, ¿lo sabías?

Benja la apretó con fuerza contra su cuerpo y la besó con ganas, intensamente, en la barra repleta de gente.

Después se fueron a probar otras exquisiteces en miniatura.

—¿Aquí todo pica? —preguntó Silvia mientras sentía como le ardía la boca de nuevo.

—¡Casi todo! —rio Benja.

Silvia no podía parar de reír. Se lo estaba pasando como nunca. Era increíble todo lo que se podía comer y beber en una noche. Había tantos bares y tanta variedad de pinchos apetecibles que daba pena quedarse sin probar alguno de aquellos deliciosos y perfectos platos en miniatura.

—La costumbre en la calle Laurel es que cada bar ofrezca una o dos especialidades. Desde las más típicas como las setas, el pincho moruno o la

tortilla de patatas hasta otras con nombre propio como el "Matrimonio"; un pequeño bocadillo de anchoa con pimiento verde pasado por la plancha; el "Cojonudo", el "Tío Agus", los "Morritos", o unos "Tigres", y siempre acompañados por vinos excelentes. Aquí no te van a dar nunca un vino malo —dijo Benja.

Croquetas con espinacas, la guindilla riojana sólo para valientes, las orejas de cordero, las alcachofas frescas rebozadas, los montaditos de morcilla con huevo de codorniz, las brochetas de chipirón… Pero Silvia comprobó que el rey de todos los bocados en esa peligrosa calle era el champiñón. Corpulentos y carnosos champiñones riojanos elaborados a la plancha y aromatizados con una contundente salsa de ajo y vinagre de vino.

—Y hoy vamos a trasnochar —le aseguró Benja.

—¿Cuánto? —dijo ella con la boca llena de champiñón.

—Hasta las dos de la madrugada, que es cuando cierran por aquí —dijo con cara de pícaro.

A Silvia le encantaba esa cara de niño travieso que ponía Benja a veces y que solo le había visto cuando estaba solo con ella así que no pude evitarlo y lo besó una vez más. Benja le devolvió el beso. Ambos estaban excitados ya y Silvia pensó que esa noche no iban a dormir mucho.

—Te voy a invitar a un "Roto". Vamos —dijo Benja.

—¿Qué es eso? —rio ella casi sobre sus labios.

—Un bocadillo de huevos revueltos con setas y chistorra o bacalao y gulas. Es increíblemente sabroso.

—¡Pero si no puedo comer más!

—Uno a medias. ¡Por favor! —imploró él como un niño.

Ella puso los ojos en blanco y Benja la besó. Sus labios sabían a vino.

—¿Cómo puedes comer tanto y estar así? —rio Silvia.

—¿Así cómo? —susurró con una sonrisa suave y a ella le pareció el hombre más sexy de la tierra—. Y no hemos probado las "Zapatillas".

—¿Las qué?

—Son rebanadas de pan de hogaza untadas con tomate y aceite y acompañadas con una fina loncha de jamón, todo ello pasado por la plancha.

—En serio, volveremos otro día y las comeremos pero hoy no. ¡No puedo comer más! Y creo que he bebido demasiado —se quejó Silvia.

—Bueno, ya falta poco para terminar "La Senda de los Elefantes".

—¿La qué? —río ella.

—A la zona de pinchos compuesta por esta calle, sus aledañas: Albornoz, San Agustín y Travesía del Laurel, y la Calle San Juan, se las conoce como "La Senda de los Elefantes", ya que se dice que todo el que entra sale con trompa y a cuatro patas.

Silvia se echó a reír de nuevo, Benja la abrazó en medio de la calle. Se sentía plenamente feliz. Él la besó entre la gente que pasaba y ella no pudo evitar una punzada de vanidad de pensar que un hombre joven, al que las demás mujeres miraban al pasar, la mirara y la besara así, sin importarle nada ni nadie.

18

Silvia se sentía relajada y algo somnolienta. Benja era divertido, no como otros hombres de su vida, que se tomaban todo tan en serio, hasta a ellos mismos. Él no la infravaloraba, todo lo contrario, la encontraba especial, diferente, atrayente, culta, elegante y un millón de cosas más. O era que por primera vez en su vida no necesitaba más aceptación que la suya propia.

—Me lo estoy pasando tan bien… Creo que nunca me lo he pasado tan bien, en toda mi vida —suspiró.

Benja la miró con una inmensa ternura en los ojos y la tomó por la cintura. En ese momento Silvia sintió que lo amaba, que quería muchísimo a aquel hombre y que le daba igual que tuviese trece años menos que ella.

—Venga, vamos a tomar "la espuela", cariño —dijo Benja sin soltarla.

—Otro nombre raro —rio ella.

—¿En Francia no se le pone nombre raro a nada?

—Sí, pero solo a cosas sexuales.

—¿Ah, sí? Ponme un ejemplo —pidió Benja con cara de pillo.

Se notaba que él también se estaba divirtiendo mucho.

—En Francia una felación se dice "*une pipe*" o "*un pompier*", que significa "una pipa" o "un bombero" —dijo Silvia.

—¿Pero no era "un francés"?

—En español, en francés no. Los franceses llaman "beso a la francesa" a besar con lengua, no a "lo otro".

—La "espuela" es la última copa de la noche —sonrió él acariciando los labios de Silvia con su dedo pulgar—. Pero por el brillo de tus ojos creo que la tuya va a consistir en agua.

Iban a entrar a un bar cuando Silvia miró dentro y vio desde la puerta a Víctor y a su cuadrilla.

—Vamos a otro, Benja —le pidió.

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—Está Víctor Montes y no lo soporto.

Benja la miró sorprendido y sonrió.

—Yo tampoco aguanto a ese idiota pero da igual, vamos. Me gusta este bar. Ponen buena música.

Pidieron un par de Coca colas para despejarse y Benja se fue al baño. El bar, un pub con poca luz y música para bailar, estaba repleto así que era normal que al pasar todo el mundo se rozase. Silvia se movía aletargada por le vino, distraída y sin mucho entusiasmo entré la gente cuando notó una mano que se posaba en su cintura. Se retiró pensando que tal vez alguien quería pedirle paso. La mano volvió a posarse en el mismo lugar y ella sonrió contoneándose de espaldas.

«Benja se está poniendo juguetón», pensó. Ya iba siendo hora de marchar al hotel que habían reservado en el mismo Logroño, a sabiendas de que ambos iban a beber de más aquella noche.

—Benja… —sonrió Silvia susurrando su nombre con picardía.

La mano fue surcando su cintura y se posó junto con la otra en sus caderas, con fuerza y en ese momento, no supo por qué, notó que aquel tacto no era el suave y dulce habitual de Benja, que aquella mano era tosca y una antigua sensación que se convirtió en verdadera repulsión la hizo girarse de inmediato.

—Hola otra vez, Silvia —sonrió Víctor Montes con una mueca burlona—. La verdad es que sigues teniendo un culo estupendo.

El asco le hizo retirarse de golpe.

—¡No me toques, joder! —rugió Silvia.

—¡Vamos, Silvia! No seas tan arisca con un viejo amigo, mujer —dijo alejándose un poco de ella, tambaleándose.

Silvia se dio cuenta de que Víctor estaba borracho.

—Si vuelves a tocarme… —susurró Silvia entre dientes, totalmente ofuscada.

—Reconócelo ¿no estuvo tan mal a que no? —sonrió Víctor. Tenía la cara sudada y enrojecida.

—Eres un cerdo y debí denunciarte.

—Venga, no seas rencorosa. ¡Tampoco fue para tanto!

—De eso puedes estar seguro —dijo Silvia con un sarcasmo rabioso.

La sonrisa de Víctor cambio de burlona a una mueca rabiosa. En ese momento llegó Benja, que al verla junto a Víctor Montes se quedó mirándolos extrañado. Enseguida se dio cuenta de que algo pasaba al apreciar el rostro alterado de Silvia.

—¿Ocurre algo? —dijo suavemente, tocando su hombro.

—Hola, Benja. ¿Qué tal? —dijo Víctor, dándole una palmada en el hombro—. ¿Qué tomas?, invito yo.

Silvia seguía sin responder. Benja la miró, miró a Víctor y se puso serio.

—Nada, ya nos íbamos —dijo.

—Pues nada entonces. Nos vemos Silvia —respondió Víctor.

—Ni muerta —rabió ella dándose la vuelta.

Víctor soltó una carcajada. Estaba claro que estaba muy borracho. Benja frunció el ceño y siguió a Silvia que ya caminaba hacia la puerta.

—¡Átala en corto Olea, que tiene un carácter del carajo! —gritó Víctor.

—¿Qué has dicho? —exclamó Benja, girándose de nuevo.

Silvia se giró también y se quedó atónita, parada frente a los dos. Nunca hasta entonces había visto enfadado a Benja. Apretaba los dientes marcando más su mentón y tenía el ceño fruncido y las aletas de la nariz más dilatadas, aunque nada más en su cuerpo manifestaba su enojo.

—Benja, vámonos —le pidió ella tocándole el brazo con suavidad.

Benja miró a Silvia y sus ojos volvieron a ser suaves y dulces. Parecía que iba a dejarlo estar pero Víctor continuó.

—No te culpo, Benja, de verdad. Silvia siempre fue una monada y aún lo es, a pesar de los años —sonrió cruel—. ¿No te lo ha contado? Se hace la dura al principio pero luego es tan dócil… ¿verdad, Silvia?

—Hijo de la gran puta… —siseó ella, roja de pura cólera.

Benja miró a Víctor y se encaró con él.

—Te lo advierto, Montes, si vuelves a dirigirte a ella así te parto la cara, ¿me has entendido? —dijo a escasos centímetros de su cara colorada, señalándolo con el dedo.

Frente a frente Benja era más alto que Víctor. Este último retrocedió un poco y miró a Benja con desprecio. Parecía que iba a marcharse sin más pero de pronto se dio la vuelta.

—Toda para ti, Olea. Solo es una fulana, muy francesa pero zorra al fin y al cabo y yo las prefiero menos…

No pudo acabar la frase porque Benja le arreó a Víctor un puñetazo en plena cara que lo tumbó.

Pronto se formó un corrillo de curiosos. Un camarero llegó rápidamente hasta el lugar y después un tipo muy corpulento. Benja continuaba de pie, frente a Víctor, que yacía en el suelo aturdido, sangrando por la nariz.

—¡Venga, vámonos! —gritó Silvia asustada, tirando del brazo de Benja con fuerza.

Ya en el hotel Silvia se lo contó por fin, le contó todo a Benja mientras él la escuchaba atónito y en un intenso silencio, con una bolsa de hielos en los nudillos magullados.

—A medida que me acercaba al pueblo el asco que sentía fue intensificándose. A medio camino vomité en la cuneta. Recuerdo que me duche nada más llegar, que me dolía. Después, a la primera que busqué fue a Asun, para contarle todo.

En ese instante Silvia recordó a su amiga de diecisiete años delante de ella, insultándola, llorando de rabia y de resentimiento.

—Tu hermana nunca me defendió. Supongo que a pesar de su decepción pudo más el despecho —susurró Silvia.

Benja hizo una mueca de dolor pero no la tocó. Ella ya había comenzado a soltarlo todo y no podía parar a pesar de ver el sufrimiento de él en su rostro.

—Cuando llegué a París, ese mismo verano, aún no sabía que estaba embarazada. Aborté sin decírselo a nadie, en un hospital público, yo sola —Silvia hizo una pausa para poder continuar mientras veía como Benja cerraba los ojos un momento—. Años después Bernard, mi segundo marido, quería tener hijos pero yo no estaba muy convencida. No se lo conté. Debí hacerlo. Aun así lo intentamos durante dos años y no pasó nada. Cuando fuimos a consultarlo nos dijeron que yo tenía una trompa de Falopio obstruida pero la otra normal. Me la acabaron quitando junto con un ovario. No hallaron ninguna causa física para no poder quedarme embarazada, pero me dijeron que hay casos en los que la pareja es incompatible por causas desconocidas y no se produce la fecundación. Y así fue. Nunca pasó. Ningún ginecólogo fue capaz de decirme por qué. Estoy sana. Simplemente no puedo quedarme embarazada. Para mí fue un alivio saberlo pero para Bernard no. Me negué a someterme a un tratamiento de fecundidad, a un calvario de hormonas y culpa y él me dejó. Ahora está casado y tiene dos hijos.

—Silvia… —susurró Benja.

—Con mis siguientes parejas tampoco pasó. Todas fueron incompatibles conmigo así que dejé de pensar en ello. Solo me preocupé de no contagiarme de nada cuando eran relaciones esporádicas. Supongo que no todo el mundo puede procrear —suspiró Silvia—. Me dediqué a mi trabajo y lo hice al cien por cien precisamente porque no tenía hijos por los que detener mi profesión. Y logré llegar y subir, escalando puestos hasta casi cobrar lo mismo que mis colegas masculinos. Sin responsabilidades ni ataduras, como ellos.

Silvia lo dijo con rabia. Cuando terminó de hablar el rostro de Benja reflejaba una tremenda tristeza. Entonces se dio cuenta de que él era la única persona en el mundo, aparte de ella misma, que sabía la verdad, que la conocía de verdad.

Benja le acarició la mejilla muy suavemente, con los nudillos de la mano que no tenía magullada.

—No quiero que sientas pena por mí. No soy ninguna víctima de ese mal nacido. Elegí no ser una víctima e intenté por todos los medios que aquello no marcase mi vida —le susurró Silvia acariciando su pecho.

Benja la miró con una ternura infinita y ella lo abrazó.

—¿No debería ser yo quién te consuele a ti? —dijo él apunto de llorar.

—No —sonrió Silvia—. Estoy harta de caballeros que intentan salvarme. No necesito ser salvada.

—Está claro que no, cariño pero… ¿por qué no le denunciaste? —preguntó Benja.

—Porque tenía diecisiete años, él era el hijo del dueño de media La Rioja y porque yo había ido a El Priorato por propia voluntad y estuve coqueteando con él delante de medio pueblo. Nadie iba a creerme cuando todos pensaban que yo era como mi madre. Ella tenía mala fama porque engañó a mi padre públicamente. Aunque nadie consideró que mi padre le había engañado a ella primero. Yo heredé su mala fama simplemente porque me parecía a ella —

dijo con ironía—. Además siento decirlo pero el único testigo fue tu hermana y creo que hubiese declarado en mi contra.

—Mi hermana… ¡Joder! —resopló Benja negando con la cabeza—. Pero ¿por qué idolatra aún a ese pedazo de cabrón?

—Lo ama. Desde niña. No hay razones para el amor platónico, supongo —dijo Silvia encogiéndose de hombros.

Y pensó que ella nunca había amado así a nadie, sin entendimiento, sin ver defecto alguno ni juzgar al otro, justificando todo de la otra persona, con fe ciega y enfermiza, como Asun. Y le pareció que había tenido suerte porque de haber sido así se hubiese dejado arrastrar hasta perderme a sí misma.

—Ahora entiendo muchas cosas —dijo Benja—. Y él se sigue aprovechando de ella.

—¿Por qué? —preguntó Silvia.

—Porque mete cizaña para que mi hermana venda las tierras. Y hace todo lo posible para que yo no pueda terminar las obras de mi casa. Sus amiguitos del ayuntamiento me han puesto un montón de pegas con los permisos y mil cosas más —resopló Benja con rabia.

—Y ahora también quiere las de mi abuela. Quiere hacerse con todo el pueblo.

—Se cree que es suyo, como lo creían su padre, su abuelo y sus antepasados —resopló—. Hay que pararle los pies.

—¿Pero cómo, Benja? Saldrá elegido alcalde si se presenta. Y no te lo pondrá fácil.

—No, no puede ser. ¿Tú crees?

—Sí, la gente no ve más allá de sus narices. La primera que le votará será tu hermana. Y mi abuela. Todos creen que dará trabajo al pueblo y que traerá riqueza.

—No, no es cierto. Sus urbanizaciones de las afueras las ha construido con mano de obra portuguesa y polaca. Y ni siquiera pernoctan en el pueblo, vienen desde Logroño y Vitoria. Su hermano menor es quien lleva la promotora y su primo, otro Montes, las subcontratas, todo desde Madrid y Bilbao. No dará ni un euro al pueblo.

—Cuando llegué de París me pareció tan raro ver tanto adosado y tanta obra… —dijo Silvia con tristeza—. Todo convertido en cemento.

—Por desgracia es así en todo el país desde hace mucho tiempo. Las licencias se reparten entre cuatro mediante chantajes y sobornos. Ocurre en todos lados. Todo está podrido —susurró Benja con asco—. Pero hay algo que me extraña más.

—¿El qué?

—Tu bisabuelo tenía fama de hombre recto y tu abuela no se casa con nadie tampoco. Dice las cosas sin tapujos y le duela a quien le duela. Y parece… una persona justa.

—Bueno, en su particular código moral, sigue los diez mandamientos a rajatabla —puntualizó Silvia.

—Pero con los Montes…

—Sí, siempre les ha dado la razón. Yo tampoco entiendo por qué.

Entonces Silvia recordó las palabras de Víctor Montes acerca de la herencia de su abuela.

«Tengo que convencerla para que no venda sus tierras a ese desgraciado. ¿Pero cómo?», pensó Silvia.

Silvia y Benja pasaron el resto de la noche amándose. Benja fue más tierno que nunca. Fue muy delicado y se lo hizo muy lento, con sumo cuidado, como si temiese lastimarla.

—Le has dado un buen puñetazo a ese cerdo —sonrió Silvia, ya cansada y satisfecha entre sus brazos.

—Antes se lo tenía que haber dado —dijo Benja muy serio—. Aunque no quiero que pienses que me paso las noches de los sábados pegando puñetazos por ahí.

—No, no lo creo —rio ella.

—Soy más bien pacífico pero ese cabrón… me sacó de quicio, en serio. Es solo un maldito borracho y un maltratador. Putero… y encima violador —rabió Benja.

—¿Por qué algunos hombres son así? —suspiró Silvia acomodándose entre sus brazos—. Me gustaría entender porque maltratan, humillan y matan.

Benja suspiró con fuerza.

—Soy hombre pero yo tampoco lo entiendo, cariño. Me resulta incomprensible esa violencia tan injusta y desigual. En realidad, es cómo una forma de…

—Miedo. Todo se reduce al miedo, siempre. A que los demás descubran quienes son en realidad —dijo ella.

Benja asintió y la abrazó más fuerte. Silvia se puso a pensar en esa clase de miedo, el masculino: el miedo a la debilidad, a perder el control, a no poder dominarlo todo alrededor, un derredor entendido como poder y pertenencia, como el reflejo de uno mismo. Y tras la comprobación de que ese control se escapa, la impotencia y por último la ira, que solo puede ser expresada en forma de un odio brutal y exorcizada mediante golpes e insultos.

Ella había tenido ese sentimiento de angustia ante lo que se escapa, la pérdida del control de su vida pero nunca iba a lograr comprender ese tipo de reacción; la crueldad como defensa, como medio de recuperar ese poder imaginario. Le parecía la más feroz y aberrante forma de consuelo. Fue entonces, llegando a esa conclusión, casi adormilada, cuando volvió a pensar

en Elvirita y en su asesino.

Benja la sacó de sus cavilaciones besando su pelo.

—Lo que sé es que no voy a permitir que ese cobarde te vuelva a insultar. Ni él, ni mi hermana ni nadie del pueblo —dijo Benja mirando a Silvia a los ojos.

—Déjales que hablen lo que quieran. Realmente no me importa lo que digan de mí —dijo Silvia.

Era cierto, a ella solo le dolía lo que pudiesen decir de Benja. Él sonrió y la besó con ternura.

—Lo sé, eres dura de pelar pero no puedo permitirlo. Y no pienso dejar que ese hijo de puta se vuelva a acercar a ti. No sería verdad que te quiero si no te defiendo, si me cruzo de brazos, lo ignoro o me callo. Yo no soy así.

Silvia suspiró sintiendo por primera vez en su vida que era libre de verdad.

—Benja…

—Dime —murmuró él, comiéndose una tostada con aceite y jamón serrano a dos carrillos a la mañana siguiente.

—¿Tú sabías que hace muchos años, como ochenta, asesinaron a una niña en el pueblo?

—Sí, pero… —dijo mirando a Silvia extrañado—. ¿Y eso?

—No sé —dijo ella encogiéndose de hombros—. De repente me he acordado.

Silvia acababa de ver a la familia que desayunaba junto a ellos en el hotel y su hija le recordó mucho a Elvirita, una niña de unos doce años, de largo pelo rubio y piel pálida.

—Lo que sé es que alguien estranguló a una niña que era pariente de tu abuela —dijo Benja dando un sorbo al café.

—Sí, al parecer era prima carnal de mi abuela. Siempre estaba con ella y con su hermano, mi tío abuelo, un poco mayor que ellas. Nunca me han hablado de él —pensó Silvia en voz alta.

—¿No comes? Está todo buenísimo —dijo Benja.

Silvia hizo una mueca de asco. Le empalagaba ver comida pero no era solo por la débil resaca con la que se había despertado. Los nervios siempre se le habían alojado en el estómago y acababan por manifestarse en forma de gastritis. Concluyó que la tensión acumulada de los últimos días la había alterado más de la cuenta. Le había ocurrido lo mismo desde niña.

—Estoy un poco desganada. Bebí demasiado anoche —dijo.

Benja la miró con ternura, se levantó para servirse una segunda taza de café y al regresar a la mesa continuó hablando.

—Por lo que yo sé, tú tío abuelo fue un héroe de guerra o algo así. Sé que murió en Rusia, durante la Segunda Guerra Mundial, en un batallón español de voluntarios. Hay familias que aún ocultan esa parte de nuestro pasado, de los dos bandos —dijo Benja.

—Sí, sé esa historia de la División Azul —asintió Silvia.

—Y también sé que el de la prima de tu abuela no fue el único asesinato en la zona —dijo Benja.

—¿Ah, no? —preguntó Silvia.

—Hubo otro, en Haro, de otra chica, también estrangulada.

—¿Cuándo? —exclamó sorprendida.

—Creo que… en 1940, el caso fue muy conocido porque era la hija del médico.

—El de la prima de mi abuela fue en…

—1936 —asintió Benja.

—Justo antes de la guerra y otro después —pensó Silvia en voz alta—. ¿Encontraron al culpable?

—No, creo que no lo encontraron ¿Estás investigando?

—Gregoria me habló del tema y… no sé, ya sabes cómo habla esa mujer, se me quedó grabado todo, nada más —dijo Silvia quitándole importancia a toda aquella conversación.

—Pareces un detective.

Benja sonrió y volvió a dar un sorbo a su café.

19

Cuando Benja fue a ocuparse de cómo iba el azufrado de la viña, que como él decía no distinguía el fin de semana del día de labor, a Silvia le faltó tiempo para investigar acerca de aquel otro asesinato y de revisar una vez más la documentación que gracias a Carmelo Sanz, había recopilado acerca de Elvirita y todo lo relacionado con su muerte.

El periodista le había enviado ya varios artículos y datos de la época y tras hablar con él de nuevo por teléfono y comentarle lo del segundo asesinato, este le remitió por correo electrónico todo lo que pudo recopilar acerca del suceso.

«Me estoy obsesionando con todo esto», reconoció Silvia con temor. Pero no podía evitarlo, era más fuerte que ella, Elvirita venía a sus pensamientos en todo momento, sin querer.

Al parecer, a la chica de diecisiete años de Haro también la encontraron asesinada cerca de un meandro del río. Estaba mojada pero, como en el caso de Elvirita, tampoco la habían ahogado en el agua, la habían estrangulado primero y habían borrado las huellas lavándola en el río. En aquel caso tampoco tenía agua en los pulmones. La novedad de ese caso, comparado con el de Elvirita, era la violación. El asesino se había atrevido a agredirla sexualmente, había ido un poco más allá.

Silvia dedicó el resto de la mañana a rebuscar casos similares en Internet, en las hemerotecas de los periódicos de la región, durante esos años de guerra civil y posguerra pero a parte de algunos sucesos, que al final no tenían que ver con el modus operandi del asesino de Elvirita, no encontró nada más.

Durante el tiempo que estuvo repasando aquellos archivos, se dio cuenta de que los asesinatos de mujeres habían sido muy comunes durante aquella época, sobre todo en la posguerra. Niñas y mujeres adultas eran asesinadas impunemente, vejadas y maltratadas por desconocidos, maridos, novios, padres o familiares cercanos. Y casi en la totalidad de los casos que habían logrado sacarse a la luz, los presuntos culpables terminaron absueltos.

Silvia concluyó que durante la Guerra Civil, durante todas las guerras desde que el mundo era mundo, las violaciones sistemáticas de mujeres de todas las edades y posición habían formado parte del intento de venganza contra el enemigo. El violar era un arma de guerra. Ambos ejércitos las habían practicado como método de castigo para someter a las poblaciones usurpadas al bando contrario. En los años posteriores a la guerra parecía que la violencia engendrada y normalizada se había cebado también con ellas, las más desprotegidas. El maltrato contra el género femenino era continuo, brutal e invisible. Día tras día había hombres de toda condición que violaban, golpeaban y asesinaban a mujeres desconocidas o a sus propias esposas, hijas, hermanas o novias.

Silvia releyó la descripción del cadáver de la chica estrangulada en Haro: «La muchacha fue encontrada semidesnuda, forzada pero no golpeada». La habían violado mientras la mataban, manteniéndola semiinconsciente. La muerte fue por asfixia. No había heridas, tan solo las petequias características del trauma sufrido y una pequeña marca o escarificación en el cuello, como si le hubiesen dado un tirón a algo que llevaba, tal vez una cadena, como si se la hubiesen arrancado por la fuerza.

Y en ese momento tuvo una especie de corazonada.

Corrió a comprobar la descripción forense que le había facilitado Carmelo Sanz acerca de la muerte de Elvirita. Aquel dato figuraba también: la misma marca en el cuello. Pero parecía que en su momento nadie se dio cuenta de ese detalle. Para Silvia estaba claro que el asesino de Elvira Navarro y aquella chica de Haro fueron la misma persona.

Silvia leyó la estremecedora descripción de los resultados forenses de una estrangulación. El primer efecto que se produce en el cuerpo es la compresión de las arterias carótidas; como la función de estas arterias es abastecer al cerebro de sangre, éste se encuentra privado de oxígeno, lo que a corto plazo causa trastornos de la conciencia, después sobreviene el desmayo y finalmente la muerte.

La primera fase, la hipoxia provoca una sensación parecida al orgasmo.

Por ello ciertas personas utilizan la estrangulación como técnica erótica, lo que puede causar accidentes mortales.

Si la estrangulación es más fuerte, o se concentra en la parte delantera del cuello, tiende a aplastar la tráquea, lo que impide que el aire llegue a los pulmones y causa la asfixia. También puede producir un desgarro de los cartílagos de la laringe, lo que podría provocar una hemorragia interna, de ahí las señales amoratadas post morten en el cuello.

Los síntomas de la hipoxia son: dolor de cabeza, mareo, fatiga, sensación de frío y calor, visión borrosa y pérdida de sensibilidad. Después llega la confusión mental, la pobreza de juicio, perdida de la coordinación muscular y finalmente la inconsciencia.

Silvia se imaginó las manos de un hombre adulto apretando el cuellecito níveo y frágil de una niña de doce años. Recordó aquella pesadilla suya, la sensación de falta de aire, el intenso dolor, la angustia de saber que la muerte estaba muy cerca y un escalofrío recorrió su espalda.

Y entonces algo en su cabeza se encendió y lo vislumbró por fin. ¡El asesino se había ido a la guerra!

«¡Eso es! Por eso no constan más agresiones pero seguro que no paró ahí», pensó al constatar que el caso de la chica de Haro había sido mucho más brutal que el de Elvirita.

«La guerra lo frenó o más bien dio alas a sus instintos. Era alguien que fue a la guerra y que al regresar repitió el mismo esquema en otro asesinato. Era… un asesino en serie», pensó Silvia, viéndolo todo muy claro.

¿Pero por qué no había nada más después del año 40? Solo cabía pensar que el asesino hubiese desaparecido por alguna razón.

«¿Murió, tal vez?», elucubró Silvia alterada.

Pero no, imaginó que lo más probable hubiese sido que el asesino se

marchase a alguna ciudad donde fuese más fácil pasar desapercibido que en el mundo rural y así dar rienda suelta a sus impulsos.

Silvia pensó que debía compartir con Carmelo Sanz su teoría porque él parecía una persona cabal y tal vez, como le decía su madre de pequeña, ella tenía una mente demasiado fantasiosa.

Todo daba vueltas en su cabeza, Elvirita, el asesino sin rostro y por último Víctor Montes, representando a todos aquellos hombres que maltratan, violan y humillan a las mujeres, a ese depredador sexual que duerme en un rincón del ADN.

Silvia soñó con ella, con Elvirita y con su cazador. Ese cazador escondido, vigilante, aguardando el momento propicio para volver a actuar. El mismo que un día despierta de su letargo. Sabe que ha terminado su hibernación y se entrega famélico e insaciable, como un animal, a sus instintos y apetitos milenarios, los de sus ancestros torturadores, asesinos y violadores de las guerras de todas las épocas del mundo. Esos instintos, los mismos que ha heredado y que no puede ni quiere reprimir.

Benja despertó a Silvia con cuidado pero ella saltó al sentir su tacto. Se había quedado dormida sobre la cama.

—Te has quedado dormida —susurró Benja.

—Sí, creo que… sí. Me has asustado —le sonrió.

—Tranquila —dijo besando su frente.

—Tenía mucho sueño. ¿Qué tal en la viña?

Benja la incorporó con suavidad, la tomó entre sus brazos y así, acurrucada en su pecho, la acunó con ternura.

—Bien. Pero…creo que hay algo que no me estás contando, Silvia.

Ella lo miró sorprendida. Entonces se dio cuenta. Los documentos de

Carmelo Sanz estaban desparramados sobre la cama junto con su móvil, incluida la fotocopia de la desagradable fotografía del cadáver de la hija del médico.

—No lo entenderías —dijo Silvia.

—Prueba —le retó Benja hablando con suavidad.

—Está bien —suspiró hondo—. Estoy investigando el asesinato de Elvira Navarro.

—¿Por qué? —preguntó él extrañado.

—Es una larga historia.

—No importa, tú siempre tienes largas historias que contar y yo dispongo de tiempo —sonrió acariciándola con los nudillos.

Silvia lo miró invadida por una intensa ternura.

«Es fácil olvidarse de todo con un hombre así», pensó acariciando el pecho de Benja.

—Eres… tan dulce.

—No cambies de tema —susurró besándola suavemente.

Benja tomó a Silvia por la barbilla y no la dejó terminar. Volvieron a besarse con más fuerza. Las manos de él la desnudaron rápidamente, sin titubeos y ella hizo lo mismo, quitándole la ropa a tirones, con urgencia.

—Despacio… —rio Benja.

—¡No, quiero hacerlo ahora, házmelo! —susurró Silvia mordiéndose la boca de pura ansiedad.

—Uhm, me encanta. Te excitas tan deprisa… —dijo acariciando sus piernas, surcándolas con sus manos hasta alcanzar su sexo.

—Es por ti —respondió ella.

Benja jadeó con fuerza, agarró a Silvia por las nalgas y la tomó sobre sus muslos, haciéndola gemir y cerrar los ojos de la impresión.

Su barba le rozaba los pechos y su lengua trazaba círculos sobre sus pezones mientras ella se impulsaba con una cadencia decidida y urgente.

—Si lo haces así me voy a correr muy rápido, cariño —gruñó Benja sin abandonar sus pezones.

—¡Te necesito ya! —clamó Silvia.

El gimió ansioso y la agarró por la cintura con fuerza, ayudándola a impulsarse, elevándola con cada embestida y dejándola caer para penetrarla profundamente.

Silvia lo sentía hasta lo más hondo de su ser, como nunca. El placer era tan potente que la hacía gimotear sin querer. Contemplar el ágil y joven cuerpo de Benja disfrutando del suyo era la visión más hermosa de la tierra. Lo necesitaba con urgencia, necesitaba aquel orgasmo que ya llegaba.

«*Magnifique*», pensó Silvia en francés.

Sus frentes, una contra la otra y las manos de él en su espalda, sosteniendo su cuerpo, para que ella pudiese arquearse y recibirle más y más profundo. Sus ojos, fijos en los de ella, su cálida respiración sobre su rostro.

Cerró los ojos con fuerza, inspiró para soltar el aire en un agudo gemido y sintió los primeros espasmos incontrolados muy dentro, consiguiendo liberarse con facilidad, entre jadeos quedos que se le escapaban sin querer.

El cuerpo de Silvia descansaba sobre el de Benja, su vientre contra el

suyo, su barbilla apoyada en su pecho, con los brazos de él rodeando su cintura y ella solo podía pensar en que era una verdadera maravilla haberlo encontrado, en que él era para ella y ella para él, hechos a la medida y en que la hacía feliz, muy feliz.

—¿Sabes lo que me encanta? —preguntó Silvia.

—A ver… dime —susurró Benja colocándole tras la oreja un mechón pelirrojo que le caía sobre la frente.

—Que follamos cuando quiero.

—¿Qué? —rio él.

—Pues eso, que no solo lo hacemos cuando tú quieres, que yo también decido cuándo.

—Como debe ser —sonrió acariciando su rostro aún ruborizado—. Me encanta que tomes la iniciativa, me excita.

—Es la primera vez que tomo la iniciativa de verdad —dijo avergonzada de su confesión.

Benja la miró como siempre lo hacía, admirado y divertido por su sinceridad.

—Pide todo lo que quieras siempre que quieras, que yo estaré encantado de dártelo —susurró Benja tomándola por la nuca para acercarse a su boca y besarla con fuerza.

Y lo hizo. Silvia no espero a que él la reclamase nada. Pidió.

20

Benja no se olvidó de lo que habían hablado. Insistió y Silvia terminó por contárselo. Le dio toda clase de datos, le detalló sus pesquisas, le habló de Carmelo Sanz, de su padre, de Paco Amaya y de sus sospechas acerca de un asesino en serie pero obviando todo lo referente a sus visiones y sueños.

—Es lógico y muy probable que fuese así. Pudo tratarse de alguien que fue a la guerra, no me parece algo descabellado —opinó Benja—. Por desgracia no creo que haya archivos de los desmanes que cometieron las tropas de ambos ejércitos. Un asesino muy bien podría esconderse y dedicarse a sus apetitos sin despertar sospechas durante una guerra.

—Exacto. Pero… —objetó Silvia.

—¿Pero qué?

—¿Por qué después del año 40 nada de nada? ¿Por qué paró?

—Tal vez… no lo hizo, tal vez murió.

—Tal vez —asintió Silvia sopesando esa hipótesis.

Elvirita volvió a parecer en sus sueños. Ella vagaba entre dos mundos, perdida, sin aceptar lo que era y lo que le habían hecho, sin poder descansar en paz, sin justicia. Y llamaba a Silvia.

Pero estaba en un callejón sin salida. Silvia no sabía cómo proseguir con la investigación. A pesar de que Benja la acompañó al registro civil en Logroño para intentar encontrar algo más, no lograron nada reseñable sobre el crimen o los implicados, nada salvo un dato extraño del que se percató Silvia.

Rebuscando en los archivos del pueblo, en una lista de condecorados por participar en la División Azul estaban un Gabarri y un Montes. Lo que confirmaba el pasado de la familia paterna de Silvia. En una de las fotografías se veía a un joven con bigote a lo fascista y gafas.

Don Aurelio Montes, el abuelo de Víctor y antiguo alcalde, había condecorado al tío abuelo de Silvia por ser integrante de la División Azul y lo había homenajeado como uno de los desaparecidos durante la contienda mundial. Uno de esos supervivientes, también condecorado y que regresó del campo de batalla, fue el tío abuelo de Víctor Montes, un sargento del bando nacional: Alfonso Montes.

—Así que la amistad entre los Navarro y los Montes viene de antiguo —le dijo Benja a Silvia.

—Eso parece —asintió ella.

La figura de su tío abuelo Elías y la de su amigo Alfonso Montes eran las que ahora presentaban más incógnitas para Silvia. Por lo que, ni corta ni perezosa, llamó a Gregoria para preguntarle por su abuela y de paso saber algo más acerca de aquella amistad entre las dos familias. Después le contó a Benja todo lo que había logrado sonsacar a aquella mujer.

—O sea que, según Gregoria, el que llamaban Alfonsito, Alfonso Montes, tío abuelo de Víctor y hermano de su padre, era muy amigo de tu tío Elías —dijo Benja.

—Sí, desde niños. Estudiaron juntos en los curas de Haro —asintió Silvia.

—Y se fueron juntos a la guerra.

—Sí, estuvieron en la guerra civil y ambos volvieron con honores. Alfonso fue militar de carrera.

—Después, tu tío abuelo y él se fueron con la División Azul al frente ruso, voluntarios —añadió Benja.

—Y Elías desapareció —dijo Silvia—. Según Gregoria era muy inteligente y bien parecido. Para mi bisabuelo, su hijo era un orgullo y su muerte fue un mazazo. Ni siquiera recuperaron el cuerpo. Se cree que desapareció en las inmediaciones de Leningrado. Y mi bisabuelo se empeñó durante varios años en buscar a su hijo moviendo todos los hilos que pudo con ayuda de los Montes. Según Gregoria, la pena lo mató.

—Ahí lo tienes. Por eso los Montes y los Navarro siempre han sido aliados —dijo Benja.

—Puede ser —dijo Silvia pensativa—. Pero hay algo más.

—¿El qué?

—Elías iba a comenzar sus estudios para notario en Logroño y se decía que andaba con una chica de buena familia. Pero aquello fue raro porque nadie supo muy bien de quién se trataba. Y de pronto se alistó, sin más. Es…

—¿Qué? – preguntó Benja.

—Extraño. ¿No? —susurró Silvia. Bueno, tenía novia, planes de futuro y se alistó y se fue a Rusia voluntario. No tenía por qué.

—Tal vez era muy patriota.

—Puede —dudó Silvia.

—¿Y el Montes amigo de Elías? ¿Qué fue de él?

Benja parecía tan interesado ya en todo aquello como la propia Silvia.

—Regresó. Según Gregoria llegó a general. Y aún vive al parecer.

—¿Ah, sí?

—Tendrá casi cien años —dedujo Silvia.

—Espera… Creo que los Montes que no marcharon a Madrid viven en Vitoria —dijo Benja.

Silvia no dudó en acudir de nuevo a Gregoria y ella le dio la respuesta: Alfonso Montes estaba en una residencia de ancianos en Vitoria.

Silvia no podía dejar de pensar en el asesinato de Elvirita y tenía la

incómoda sospecha de que estaba relacionado con aquel extraño y reiterado trato entre los Montes y su familia. Había algo, algo turbio y sucio en aquella amistad entre las dos familias. Se le antojaba una especie de pacto de silencio o deuda pendiente. Tenía ese presentimiento, justo en la boca del estómago, apretándole las tripas.

Tras darle vueltas y más vueltas al asunto sin poder conciliar el sueño, se quedó dormida al amanecer, como le venía ocurriendo los últimos días. Despertó sobresaltada y buscó a Benja. Una nota de su puño y letra descansaba sobre la almohada:

Estabas como un tronco y no he querido despertarte, dormilona. Hay aviso de granizo y voy a acercarme a la viña para intentar prevenir los daños colocando una malla antigranizo. No sé cuánto tardaré. ¿Me esperas y comemos juntos?

Benja.

P. D.: Te quiero. Ya te lo había dicho pero es la primera vez que lo escribo, que te lo escribo y me gusta.

Silvia olisqueó su aroma en la almohada y sonrió porque logró hallarlo débilmente. Le mandó un cariñoso mensaje aceptando la oferta de comer juntos y se enfrascó una vez más en la tarea de revisar toda la documentación que había recopilado. De pronto recordó algo. Necesitaba volver a mirar aquella fotografía antigua que se había llevado de casa de su abuela, esa en la que estaba ella, Sabina con Elvirita, su hermano Elías y Alfonso Montes. Había algo en esa fotografía que había pasado por alto. Elvirita se la había "mostrado" por alguna razón. Estaba segura.

Se levantó a cogerla. Rápidamente, rebuscó nerviosa entre todos los papeles que había ido guardando en una carpeta. Silvia no la encontraba y comenzó a inquietarse.

«¿La habré perdido?», se preguntó angustiada. Tiró todos los papeles de la carpeta sobre la cama y por fin la vio, unida a otro papel con un clip.

Se sentó sobre la cama con la fotografía en sus manos, a observarla, intentando abstraer detalles nuevos, fijarse en algo que no le hubiese llamado la atención desde el principio.

Algo, una especie de deducción mística, como cuando trabajaba y sabía antes de juntar dos esencias que la suma de ambas daría un aroma exquisito, le dijo que tenía que estudiar aquella fotografía con detenimiento, que allí encontraría alguna nueva pista, una clave para que todo cuadrase. Así que Silvia la llevó a una copistería en Haro y pidió una copia especial, que aclarase la foto y la hiciese más nítida y de mayor tamaño.

Cuando se la entregaron y la pudo observar aumentada en DIN-A4, libre de las marcas del paso del tiempo sobre el papel, Silvia se quedó helada.

Su tío Elías, en el que no se había fijado en un primer momento, aparecía junto a Elvirita y a pesar de la degradación del viejo papel fotográfico Silvia creyó apreciar como su mirada se posaba en su prima.

Elías efectivamente la miraba, sí. En la foto no tendría más de dieciocho años, era muy guapo, más alto y ancho de espaldas que Alfonso y observaba a Elvira mientras ella sonreía, ajena a él.

Las manos de Silvia comenzaron a temblar porque comprendió que esa mirada no era una mirada de cariño. Elías observaba a Elvira atentamente, sonriente y sus ojos revelaban algo muy sutil que la dejó aterrada. Era una mirada cargada de intensidad, como llena de un deseo profundo, poderoso y ciego. La mirada de un depredador.

¿Era amor? ¿Tal vez un amor adolescente lo que expresaban esos ojos? Pero no, su mirada no demostraba ese sentimiento sino algo mucho más oscuro y primitivo: la lujuria. La reconocía en Elías, estaba ahí en aquellos

ojos.

El corazón comenzó a palpitarle con fuerza. «Tengo que hablar con Alfonso Montes», pensó. Tenía una sospecha y debía comprobarla.

Silvia no tuvo tiempo de visitar a Alfonso Montes en Vitoria. Intentó hacerlo con el pretexto de estar componiendo el árbol genealógico de los Montes, alegando que necesitaba datos e incluso nombró a su abuela.

No habló con el anciano sino con los responsables de la residencia y supo por ellos que tan solo con escuchar el apellido Navarro, Alfonso Montes había aceptado la entrevista.

Pero dos días antes de la cita de Silvia en Vitoria, el centenario general falleció de muerte natural, llevándose todas sus respuestas a la tumba.

21

Alfonso Montes iba a ser enterrado en el antiguo panteón de la familia Montes, en el cementerio del pueblo. La misa funeral se celebró en la iglesia del pueblo, su pueblo, con Sabina Gabarri en primerísima fila y de luto riguroso.

Silvia no acudió. Pensó hacerlo en un principio. Había decidido ir sola para no enredar más las cosas con su abuela y Asun. Las habladurías de los demás vecinos del pueblo le daban igual pero no quería complicarle la existencia a Benja.

Pero la mañana del funeral, los nervios le jugaron una mala pasada y se levantó indispuesta. Tenía el estómago revuelto otra vez. Se dio una ducha que la relajó un poco y pidió que le subiesen un té con limón a la habitación del hotel, no tenía hambre. Después, más entonada y tras vestirse, echó de menos su perfume. Rebuscó por la habitación, en el armario del cuarto de baño, en las maletas pero no lo encontró por ninguna parte. Tal vez, con su precipitada marcha, lo había olvidado en la casa de su abuela.

Silvia siempre había tenido la costumbre de guardar sus frascos de perfume en el cajón de la ropa interior para que esta se impregnara de la esencia, gracias a la volatilidad de sus aceites o de alguna ínfima gota que se hubiese escapado del frasco. Incluso de vez en cuando vaporizaba una mínima bruma de la fragancia para asegurarme de que fuese así.

Pensó que podía habérselo dejado en el dormitorio, en el cajón de la cómoda donde había guardado la ropa interior durante su estancia en el pueblo. Así que aprovechó la celebración de la misa funeral y el posterior entierro en el cementerio, a las afueras del pueblo, para ir hasta el pueblo, entrar en casa de su abuela sin tener que cruzarse con ella y escuchar sus reproches que, de seguro, la iban a poner de mal humor.

La casa estaba en silencio, tan solo se escuchaba el reloj del salón que marcaba los segundos con machacona insistencia. Silvia entró y aquel olor a

humedad metálica la poseyó de nuevo. Eso significaba que Elvirita aún estaba allí, aguardándola. Ahora estaba segura de que ese olor se debía a ella y a su presencia atrapada en aquella casa. La notaba a su lado pero ya no sintió miedo.

Silvia subió hasta los dormitorios y entró en el cuarto de su abuela. Nada más hacerlo sintió frío, aquel frío que la helaba hasta los huesos. La habitación estaba en penumbra, con la persiana de madera bajada, para mantener la estancia a buena temperatura. Abrió el cajón de la cómoda donde había tenido guardada su ropa interior pero allí no estaba su frasco de perfume. Tan solo halló la fotografía de la boda de sus abuelos con el cristal roto, la que ella misma había escondido para no volver a encontrársela boca abajo por tercera vez.

A esas alturas Silvia ya tenía la sospecha de que "eso" también era obra de Elvirita, una forma que había tenido de llamar su atención. Al fin y al cabo solo era el espíritu de una niña que había quedado atrapado en el tiempo, a aquel lugar. Casi a la vez que pensaba en todo aquello se dio cuenta de que sus figuraciones ya no le parecían una locura sino algo absolutamente posible y real.

Se percató de que el cajón era muy profundo. El frasco podía haber rodado hasta el fondo. Silvia tiró del tirador e intentó sacar el cajón pero estaba atascado. Metió la mano, rebuscó y tocó algo duro. Parecía algún objeto metálico y no su frasco de perfume pero para asegurarse tiró de nuevo, con más fuerza y al final sacó el cajón entero.

Definitivamente, su carísimo perfume francés no estaba allí. Silvia resopló contrariada y se detuvo un instante para mirar el objeto escondido al fondo del cajón. Era una caja metálica cuadrada, adornada con la imagen de unas majas goyescas. Parecía una antigua caja de jabones de tocador o algo parecido.

Silvia iba a dejarla donde estaba pero sintió el impulso de tocarla. Reconoció la misma sensación que la había empujado a abrir aquel baúl de "el alto" y sintió un escalofrío porque instintivamente supo que allí había algo acerca de Elvirita.

«¿Qué hay en la caja. Elvirita? ¿Quieres que la habrá?», preguntó en voz alta.

Silvia sabía que así era, que Elvirita quería que abriese aquella vieja caja de metal por alguna razón. Así que lo hizo, abrió la tapa algo roñosa debido a la humedad y el tiempo y el contenido de la caja quedó al descubierto ante sus ojos.

En un primer vistazo Silvia solo acertó a reconocer papeles antiguos. Desdobló algunos. Parecían documentos de la época franquista. Intuyó que algunos podían haber pertenecido a su abuelo. Entré ellos atisbó la estampita de una virgen con el niño.

«Son solo recuerdos y estampitas», pensó decepcionada.

Iba a dejar de husmear y volver a dejar la caja en su lugar cuando, de pronto, algo llamó su atención y decidió enredar un poco más.

Silvia creyó haber distinguido un destello, algo que brillaba entre los viejos documentos amarillentos. Retiró los ajados papeles llenos de manchas de humedad y dejó al descubierto algo que le heló la sangre.

Ante ella tenía varias cadenas de oro con cruces y otras tantas medallas. En total contó veinticuatro alhajas diferentes, muchas de ellas cruces cuadradas del cristianismo ortodoxo. Pero lo que realmente la dejó sobrecogida fue una de las cadenitas de la que prendía una crucecita de oro que enseguida reconoció.

Aquella cruz de oro era católica y tenía una particularidad: en el cruce central tenía un corazón labrado rodeado de espinas y unas llamas. Era la representación simbólica del Sagrado Corazón de Jesús, el mismo que aparecía en la imagen de aquel Cristo que colgaba de la pared del pasillo y al que su abuela se refería cuando rezaba sus rosarios monótonos y repetitivos.

Silvia levantó la cadenita en su mano y la puso frente a sus ojos horrorizada. La cruz oscilaba, brillando en la penumbra del cuarto. Era la misma cruz que colgaba del cuello de Elvirita en aquella fotografía, la del día de su comunión, en la que posaba junto a sus primos, la misma foto en la que

Elías observaba a su prima como un ave de rapiña a su presa. La cadena de oro que sirvió de excusa para establecer como un simple robo el móvil del crimen que condenó a muerte a Paco Amaya.

Y entonces comprendió. Se dio cuenta de que todas aquellas joyas de oro eran los trofeos de caza de un asesino.

—Esa fue un regalo de primera comunión. Las otras me las enviaron junto con la demás pertenencias de Elías desde Rusia, después de que mi hermano desapareciera en el campo de batalla.

Silvia se giró sobresaltada por la voz de su abuela. Allí estaba de pie en el umbral del dormitorio, con su bastón en la mano, erguida, desafiante. La anciana había conseguido subir la escalera sola, muy despacio, sin que su nieta, absorta en aquel espeluznante descubrimiento, se diese cuenta.

—Gregoria me dijo que estabas haciendo preguntas extrañas.

Sabina Gabarri inspiraba afanosa, intentando ocultar la fatiga.

—¿Tú lo sabías? —susurró Silvia espantada.

—Siempre lo supe —dijo señalando la cadenita—. No se lo conté a nadie. Esa caja llevaba ahí más de cincuenta años.

Silvia no podía articular palabra y sus manos temblaban por la impresión de aquella horrenda realidad: que el asesino de Elvirita y probablemente de muchas otras chicas más había sido su tío abuelo.

—A mi hermano Elías se le dio por desaparecido en pleno invierno ruso. Era imposible que hubiese sobrevivido, dijeron todos —susurró Sabina—. Ya no era necesaria la verdad. Quise salvar el apellido de mi familia, la honra de mi casa y el buen nombre de mi hermano.

—¿El buen nombre de…? Pero… ¡mató a tu… prima! Y por lo que parece a otras muchas más chicas después de a ella.

—Aunque no lo creas, Elías no era ningún monstruo. Siempre fue un buen hermano y un buen hijo.

—¿Cómo puedes decir eso? —murmuró Silvia escandalizada.

—Lo conocía perfectamente, estábamos muy unidos. Nos teníamos el uno al otro desde que murió nuestra madre. Le gustaba la música, la caza, era un buen estudiante, muy inteligente, buen bailarín, era tan guapo de niño… —suspiró emocionada—. Era especial. Tenía algo que hacía que la gente lo… amase, todo el mundo lo quería. No puedes entenderlo porque no lo conociste.

Silvia se tapó la cara con las manos sintiendo en su frente el frío de la crucecita de oro y negó con la cabeza.

—No, no puedo… Mataron a otro hombre por su culpa.

—Que detuvieran a Paco fue providencial. Desvió todas las sospechas.

—No puedo creerlo… —negó Silvia espantada.

—¡El no quiso matarla! —dijo su abuela alzando la voz, angustiada—. Fue un accidente. Elías quedó con Elvira junto al río, en la chopera del Priorato para hablar con ella. Iba a declararse. Él la amaba pero ella lo rechazo y eso lo volvió loco. Mi hermano me lo contó todo. La quiso besar, Elvira chilló asustada y él le tapó la boca para que callara. Mi hermano era muy grande, tenía mucha fuerza y no se dio cuenta de que… de que la estaba… Después, cuando vio que no respiraba, intentó reanimarla con agua, junto al pilón de la fuente pero no había nada que hacer, estaba muerta. Él estaba muy asustado, la dejó sobre las piedras del río y huyó.

En la cabeza de Silvia se dibujó una versión mucho menos complaciente de los hechos. Imaginó que Elías se quiso propasar con su prima y que la tiró al suelo y se puso sobre su cuerpo, a horcajadas, intentando tocarla. Como Elvira se resistía asustada y gritaba le tapó la boca con una mano mientras la sujetaba por el cuello y se apretaba contra su pequeño cuerpo. Primero con las dos manos y luego, cuando ya no podía gritar porque tenía la laringe aplastada, con una sola.

En ese momento Elías odió a su prima por rechazarlo, se sintió insultado, despreciado, humillado y perdió el control. Así que apretó y apretó ciego de despecho, hasta que ella dejó de respirar y después, al ser consciente de que la había matado, lavó el cuerpo para limpiar sus huellas.

Estaba jadeante y sintió un intenso deseo sexual al acariciar todo su cuerpo inerte y suave. Se dio cuenta de que estaba excitado, de que el robarle la vida a Elvirita le había hecho sentir mucho placer y supo que le gustaba ese poder y esa sensación de posesión y control absoluto.

Silvia lo vio todo en su mente, claro y meridiano como si fuese Elvirita.

—La encontraron un 23 de abril de 1936 por la mañana. Faltaba de casa de mi tío desde la tarde anterior. Nadie la había visto. Esa mañana siguiente amaneció lloviznando. Elvira estaba tendida sobre las piedras del río, muerta. Había llovido mucho toda la noche y su cuerpo estaba… frío, rígido y empapado —Sabina Gabarri se quedó mirando al vacío unos instantes como si rezara. Después se santiguó rápidamente—. Fueron los meses anteriores a la guerra. Había algo en el ambiente… algo insano, ponzoñoso. Era como si el aire estuviese cargado, como justo antes de una tormenta, en el momento anterior al que cae el primer rayo sobre la tierra. Algo siniestro se apoderó de mi hermano, de todos. Había ira, violencia contenida, odio por todas partes. Fue algo maligno, obra del mismo diablo.

Un escalofrío de terror recorrió el cuerpo de Silvia. No por la arrebatada obsesión de su abuela con el pecado. El miedo que sentía, un miedo profundo y paralizante, fue porque se dio cuenta de que ese, el 23 de abril, había sido el mismo día de su llegada al pueblo.

En ese instante fue cuando Silvia sintió que Elvirita estaba a su lado. Notó su presencia como en una especie de brisa húmeda y fría que la envolvió. Una rabia triste y sorda la invadió, la que Elvirita estaba sintiendo. La tenía a su lado pero solo Silvia podía percibirla.

Su abuela continuó la encendida defensa de su hermano mayor con voz enérgica e incuestionable.

—Mi hermano confió en mí y me lo contó todo nada más llegar a casa. Estaba aterrorizado y se quería matar. Él adoraba a Elvira, la amaba de verdad pero ella… ella fue cruel y se burló de él. No la conociste, ella era muy presumida y orgullosa. Nuestro tío y padre de Elvira, pariente de tu difunto abuelo, era un Navarro. Se casó con la hermana de mi padre, Concha Gabarri. Los Navarro tenían más tierras que nosotros y Elvira se creía superior a mi hermano. Pero aun así lo sedujo con sus mañas. Se hubiese convertido en una de esas mujeres que trae de cabeza a los hombres, una como…

Silvia supo lo que su abuela no llegó a decir, las palabras exactas: como tu madre.

—Yo convencí a Elías para que no se suicidase, para que no se condenara. Iba a ir al infierno si lo hacía y estaba arrepentido. ¡Tuve que hacer lo que hice! —clamó Sabina Gabarri.

—Tú… —un escalofrío recorrió la espalda de Silvia—. ¿Tú acusaste a Paco, se lo dijiste a los Montes?

—No hizo falta acusarlo. Nadie creyó en su inocencia. ¡Era mi hermano, por Dios! ¡No pude delatarlo! —exclamó su abuela para proseguir con calma de nuevo—. Pero la culpa lo hizo volverse un ser atormentado. Era alguien martirizado por los remordimientos. Él… él enfermó. Las mujeres lo tentaban. Él era muy apuesto y ellas lo perseguían, lo enloquecían. Él decía que eran las culpables de todo, que lo hacían pecar y que él no quería pecar.

Silvia no pudo evitar una mueca de asco.

—Es todo tan… repugnante… —musitó Silvia.

Seguir escuchando aquella aberración la devastaba y deseo con todas sus fuerzas que su abuela dejase de hablar pero ella continuó cruel y febril, hasta terminar su relato. Mientras Sabina Gabarri hablaba, Silvia notaba la rabia de Elvirita en ella.

—Cuando Alfonso Montes regresó de la guerra habló con mi padre. No sé lo que se dijeron pero desde aquel día mi padre nunca fue el mismo. Después

de eso siempre ayudó a los Montes y me hizo prometer que yo lo haría también, que eran buenos amigos nuestros, que teníamos una deuda con ellos y que debíamos colaborar las dos familias. Creo que mi padre lo sabía. Y Alfonso, aunque él nunca me lo confirmó.

Silvia lo vio claro. Alfonso Montes chantajeó a su bisabuelo a cambio de su silencio. Le tuvo en sus manos toda su vida, pero ¿a cambio de qué?

—Alfonso Montes lo sabía todo —dijo Silvia.

—Mi hermano intentó cambiar pero la guerra civil lo destruyó por completo. Allí vio atrocidades que no pudo contar ni apartar de su mente, que le despertaban gritando de terror por las noches —asintió su abuela.

—¿Mató también a la hija del médico de Haro? —preguntó Silvia directamente.

Su abuela la miró sorprendida. Después suspiró y asintió.

—Cuando volvió a suceder se alistó en la División Azul y en Rusia se perdió su pista.

—¿Su pista? —la cara de su abuela la hizo entender la verdad—. ¿No… murió?

—No, Alfonso fue quien lo ayudó a desaparecer.

Su abuela miró a Silvia con dureza y al mismo tiempo con una honda tristeza.

—¿Por qué? —exclamó Silvia asombrada.

—Porque Alfonso… —su abuela hizo una mueca de horror—. Él amaba a mi hermano de un modo.... aberrante.

—Así que Alfonso era… gay.

Sabina Gabarri cerró los ojos con fuerza.

—Nadie podía saber de su desviación si quería hacer carrera en el ejército. Y había rumores. Cuando lo de Elvirita, le di mi palabra a Alfonso de que no lo delataría jamás y que rezaría por la salvación de su alma, la de él y la de mi hermano. A cambio, él debía ocultar lo que sabía de Elías. Nuestros padres lo arreglaron todo. Y él siempre cumplió con lo prometido.

—Fue un pacto de silencio y así ambas familias escondisteis todas vuestras miserias —dijo Silvia con desprecio.

—Lo hice por mi hermano, por mi padre y después por mi hijo, porque los quería. Tienes que entenderlo.

—No puedo ni quiero entenderlo.

—Somos familia, Silvia —dijo su abuela con voz temblorosa.

—Elvira también era mi familia —sollozó temblando—. No quiero escuchar más.

—Elvirita murió y todo aquello ya no importa, no tiene sentido remover el pasado. Todos están muertos ya y no volverán —sentenció mi abuela con su voz de antaño, fortalecida de nuevo, sin compasión.

La tristeza honda y punzante de Elvirita la poseyó. Gruesas lágrimas rodaron por las mejillas de Silvia y cayeron al suelo provocando un fuerte aroma a humedad metálica que saturó sus sentidos.

—No murió, abuela. A Elvira la mató tu hermano Elías —sollozó Silvia.

En aquel momento, Silvia sintió la presencia de Elvirita más intensamente y la vio frente a ella de pronto.

«Fue él, ¿verdad? Fue Elías, intentó tocarte, insistió, gritaste y te estranguló», pensó.

Elvirita asintió y continuó frente a ella, mirándola con sus enormes ojos opacos muertos, sin expresión. De pronto, Silvia percibió un ruido extraño que fue creciendo en intensidad, como un gorgoteó de agua hirviendo. El olor metálico era tan intenso que le picaba en la nariz y en la garganta.

El ruido llenó toda la casa. El burbujeo era ensordecedor. Silvia salió al pasillo, dejando a su abuela atrás, bajó las escalera a toda prisa buscando aquel sonido y vio el agua deslizándose por el suelo, saliendo de la cocina. Entró, del desagüe de la fregadera salía un chorro de agua, como la lava de un volcán, que llenaba la pila y la rebasaba derramándose por la cocina entera. Lo mismo ocurría en el baño con la bañera, el lavabo y el retrete. Elvirita continuaba a su lado, podía sentirla todavía. Notaba su presencia fría y rabiosa.

De repente, el agua que ya lo inundaba todo paró de manar y el olor a humedad y a hierro desaparecieron. Silvia miró a su alrededor asustada y confusa. No podía oler absolutamente nada y supo que Elvirita ya no estaba con ella, que se había marchado.

En ese momento, Silvia escuchó como alguien subía por las escaleras desde el portal hacia el primer piso.

—¿Silvia, estás ahí?

—¡Benja! —gritó aliviada al escuchar su voz.

Silvia salió de la cocina.

—¿Qué vas a hacer Silvia? —preguntó su abuela asustada, intentando bajar las escaleras, aferrada al pasamanos. Sus ojos imploraban silencio.

—Nada. Marcharme de aquí con Benja —murmuró sincera.

Silvia no tenía ganas de seguir allí, junto a su abuela. Quería escapar de aquella casa llena de secretos y mentiras. Bajó los escalones de dos en dos y al ver a Benja al pie de las escaleras se abrazó a él llorando aliviada.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Qué te ocurre, cariño? —susurró apretándola contra su cuerpo.

—Nada —negó Silvia temblorosa—. ¿Qué haces aquí?

—Venía de casa de mi hermana, después del funeral. Gregoria me dijo que

te había visto entrar en casa de tu abuela y me extrañó y he venido a buscarte. Te pasa algo.

—¡Vámonos, por favor! Te lo contaré todo pero vámonos de aquí. No me encuentro muy bien —le pidió ella aferrándose al brazo de Benja.

La cadenita de Elvirita aún estaba dentro del puño de Silvia cuando ella y Benja pisaron la calle.

22

El perfume siempre estuvo en el hotel, oculto entre la ropa pero Silvia no lo había visto.

La planta baja de la casa de su abuela estaba inundada. El fontanero no logró entender cómo había ocurrido y Silvia no pudo explicárselo por teléfono. La casa estaba inhabitable y su abuela tuvo que ser alojada en casa de Gregoria a regañadientes.

Al día siguiente se arregló delante de Benja, en la habitación, mientras él la observaba y se dispuso a perfumarse como cada día, solo un poco, pero al primer toque de spray notó como la fragancia la abrumaba, resultándole desagradable aquel aroma tan almizclado.

«Demasiado fuerte. Sigo con el estómago revuelto», pensó Silvia extrañada y esperanzada. Tal vez estaba recuperando el olfato por fin.

Bajó temprano a desayunar con Benja, para acompañarlo a la viña. Le gustaba ver el viñedo con el frescor de primera hora de la mañana. Era un paisaje hermoso y tal vez allí, con esa serenidad que ahora le infundía el campo, lograse aclarar sus ideas.

—Qué hago, Benja. ¿La denuncio? —dijo Silvia al regresar, angustiada delante de una manzanilla, en el bar del hotel.

De nuevo las náuseas por culpa de su delicado estómago y el pánico del día anterior. Llevaba pensando en todo aquello demasiado.

—El delito ha prescrito y ella era menor de edad. Dio un falso testimonio a la guardia civil pero tal vez… pudo ser coaccionada por su hermano —suspiró Benja—. ¿Estás mejor? ¿Se te entona el estómago? Tal vez deberías comer algo.

—Sí, ya se me está pasando la mala gana, parece que ya me entra el hambre de nuevo. Estos días tenía el estómago como… cerrado. Es por los

nervios, seguro.

Benja le acarició la espalda con suavidad. Silvia lo miró agradecida.

—Pero mi abuela ocultó información, pruebas y encubrió un asesinato. Lo hizo durante años y a sabiendas de lo que hacía. Y otra persona pagó por un crimen que no cometió. Eso tiene que tener alguna… pena. No puede quedar así todo aquello. Debería pagar por lo que hizo —dijo ella.

—El asesino era su hermano y ya no está, ni tampoco Paco Amaya o Alfonso Montes. Y a la edad que tiene tu abuela ya no entraría jamás en la cárcel —dijo Benja.

Ambos se quedaron pensativos un buen rato.

—Todo por su buen nombre y las tierras… —susurró Silvia rabiosa.

—Fue educada así —dijo Benja.

—¿La defiendes? —preguntó sorprendida.

—No, no pero… puedo entenderla. Es como si así mantuviese su… honor.

—¿Honor?

—Sí, sus motivos se basan en la dignidad, en su conciencia, llámalo como quieras. Al menos tiene motivos, aunque sean equivocados. Tipejos como Víctor Montes no los tiene. No les importa ni la familia ni el país ni su pueblo, no tienen patria ni conciencia. Solo le importa el dinero.

Silvia miró a Benja a los ojos. Realmente era un soñador, alguien bueno y optimista.

«Honor, dignidad, sus motivos». Repitió las palabras de Sabina Gabarri. Uno de eso motivos había sido también el amor, un amor ciego y profundo de su abuela hacia su hermano Elías. Porque hay una clase de amor que nos convierte en monstruos, es el amor egoísta, el que quiere poseer al amado como si fuese un objeto, el que asfixia al otro, el que nos hace crueles. Su abuela amó también así a su hijo, al padre de Silvia. Tal vez Sabina Gabarri

no supo nunca amar de otro modo.

Pero ahora, Silvia sabía que a amar también se enseña y se aprende, que ella misma había cambiado su forma de amar al encontrar a Benja. Que no siempre supo hacerlo. Y al ser consciente de todo eso vislumbró lo que debía hacer.

Al ver su rostro, Benja se dio cuenta de que ella acababa de tener una idea.

—¿Qué? —preguntó ansioso.

—Estoy pensando en algo —dijo Silvia.

—Ya lo veo —sonrió Benja.

—Creo que he dado con la solución.

Silvia no denunció a su abuela. En vez de eso regresó a su casa para hablar con ella.

Allí estaba, esperando, sentada junto a la ventana, de luto, con su pelo blanco tirante recogido en aquel moño bajo, con el rostro imperturbable, como siempre. Todo en aquella casa era inmutable, inconmovible, a imagen y semejanza de Sabina. Al verla tan entera, a Silvia le pareció que su confesión no había perturbado en nada esa existencia supuestamente apacible y recta. Y sintió rabia de nuevo.

—Creí que no volvería a verte, Silvia —dijo su abuela sin rastro alguno de emoción en su voz gastada.

—Yo también lo creí pero me lo he pensado mejor —dijo ella con dureza.

Su abuela le hizo una seña para que se sentase y Silvia tomó una silla para hacerlo frente a ella.

—¿A qué has venido? —preguntó su abuela.

—A proponerte un trato y continuar con la tradición familiar.

Silvia lo dijo con sarcasmo. Ya no iba a hablarle de usted nunca más, había perdido su respeto.

—Tú dirás —asintió su abuela.

Silvia se fijó en su abuela. De pronto le pareció muy cansada y como si se le hubiesen echado encima todos los años del mundo. Hasta parecía costarle respirar.

—No contaré nada con una sola condición —dijo Silvia.

—¿Cuál? —preguntó Sabina Gabarri.

—Que no le vendas las tierras o ninguna otra propiedad familiar a ningún Montes y menos a Víctor.

—¿Y quién continuará con ellas? —preguntó su abuela—. No quiero que se agosten y que se pierda todo lo que mi familia trabajó durante generaciones.

—Arriéndalas pero no a los Montes —dijo Silvia.

Sabina Gabarri miró muy seria a su nieta.

—¿Por qué?

—¿De verdad quieres saberlo?

Su abuela asintió y Silvia quiso causarle dolor. Tal vez el hacer daño, el provocar dolor a los demás venía implícito en el apellido Gabarri.

—Víctor me violó cuando aún no había cumplido diecisiete años y me dejó embarazada. Aborté —dijo en voz alta y clara.

—¡Oh, Dios santo! —gimió la anciana tapándose la cara con las manos y santiguándose inmediatamente.

—Por eso me marché a París.

Su abuela la miró y Silvia pude contemplar la culpa dibujada en su rostro arrugado.

—Quiero que las tierras permanezcan en la familia, igual que tú y que las gestionen los Olea, como arrendatarios con parte de los beneficios —dijo Silvia—. Quiero que les ofrezcas un buen trato, justo. Y que te comprometas a ello ante notario en cuanto sea posible.

Esa iba a ser su venganza contra los Montes y su justicia al margen de la ley. Alfonso Montes ya estaba muerto y con su muerte se había desecho el trato. Sabina Gabarri no le debía ya nada a ningún Montes, tampoco ningún Navarro se lo debía. Fin de la historia.

—Por si tienes alguna duda será Benja quien se haga cargo de las tierras. Él hará un buen trabajo, sabe lo que hace.

La abuela de Silvia levantó la cabeza y la miró fijamente con sus ojos cansados y a ella le pareció vislumbrar tristeza en ellos, una amarga y profunda tristeza. Después suspiró.

—De acuerdo, será como tú decidas —susurró y su voz sonó muy débil.

—A cambió de tu promesa te doy mi palabra de que no te denunciaré. No lo haré abuela y el buen nombre de la familia quedará a salvo —dijo Silvia.

Su abuela no dijo nada más, solo asintió y el trato entre las dos quedó sellado con aquel silencio. Su nieta la había liberado de aquel siniestro pacto forjado en el pasado con uno nuevo.

—Silvia, quiero pedirte una cosa a cambio.

—¿Sí? —asintió ella,

—Que cuando me muera y solo entonces, pidas perdón en mi nombre a la familia de Paco Amaya —la voz le tembló ligeramente—. Quiero que sea una disculpa pública. No sé de qué modo puede hacerse ya pero estoy segura de que tú sabrás hallar la manera, eres una mujer muy inteligente y capaz.

Era la primera vez que recibía un piropo así de boca de su abuela y Silvia se lo agradeció sintiendo algo parecido a la piedad.

Una tos repentina atacó con fuerza a Sabina Gabarri y le hizo perder el poco aliento que le quedaba.

Silvia se levantó y acudió a la cocina para llenarle un vaso de agua que le ofreció rápidamente. Fue al abrir el grifó cuando se dio cuenta de que ya no percibía aquel olor a metal roñoso y a humedad. Entonces comprendió que Elvirita se había marchado definitivamente.

—¿Algo más, abuela? —preguntó Silvia mientras la veía beber.

—Sí. Quiero que ese mal nacido de Víctor Montes pague —dijo con rabia en la voz.

—Lo hará —prometió Silvia.

A Silvia le quedaba una última cosa por hacer.

Días después, con la cadenita de oro de Elvirita en su poder, se acercó hasta el cementerio, a visitar su tumba en compañía de Benja.

No le puso al corriente de sus intenciones. En un momento en el que Benja se acercó a depositar unas flores en la tumba de sus padres, Silvia aprovechó para poder llevar a cabo lo que realmente había ido a hacer.

No había nadie visitando el lugar y el sol calentaba los mármoles y la piedra de las lápidas. Tal vez por eso no le pareció un lugar tan lúgubre como siempre había imaginado que sería un tradicional camposanto católico en España.

El panteón de la familia Navarro-Gabarri no era el más ostentoso del pequeño cementerio pero estaba situado bajo la sombra de dos altos cipreses y gracias a la abuela de Silvia y en los últimos tiempos a Gregoria, estaba perfectamente conservado y no le faltaban flores frescas.

Silvia se acercó cautelosa y algo aprensiva. Era la primera vez en su vida que estaba en un cementerio. Ni siquiera había acudido al entierro de su padre.

—Hola Elvirita. Nunca sabré si prefieres que te llame así o solo Elvira —susurró acercándose a la tumba—. Ya está, lo logré. Descubrí a tu asesino. Es lo que querías, creo. Espero que ahora puedas descansar por fin.

Aguardó unos instantes, como esperando alguna respuesta o señal. Un rayo de sol caía sobre la lápida. No supo si fue el viento del norte, el cierzo, que comenzó a soplar en ese momento o su propio estado de ánimo el que la predispuso a creerlo pero sintió que Elvirita estaba ya en paz y agradecida.

Los cipreses se balancearon suavemente, movidos por la brisa. Silvia miró hacia lo alto, admirando la elegancia de aquellos dos guardianes, suspiró emocionada y se marchó.

Al salir del cementerio del brazo de Benja sintió que el espíritu de Elvira Navarro ya era libre del pasado. Y que por alguna extraña razón ella también.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Benja besando su pelo.

—Estaba… rezando —mintió.

—Pensé que tú no rezabas —sonrió él.

Y así, juntos de la mano, se marcharon por el camino del cementerio, de vuelta al pueblo.

La cadenita de oro con el sagrado corazón se quedó colgada de la cruz de piedra, sobre la lápida, brillando al sol.

Esa noche Silvia ya no soñó con Elvirita. Y nunca más volvió a hacerlo.

23

Llegó julio y la casa de Benja estaba prácticamente terminada. Tan solo faltaban algunos detalles decorativos en la edificación y unos cuantos enseres que colocar aquí y allá.

Silvia quería finiquitar todo lo referente a su antigua vida. Sentía que debía cerrar los últimos capítulos pendientes para poder iniciar algo nuevo. Ya había vendido la casa de París y repartido el dinero con Michel pero aún tenían que firmar su divorcio.

«Ya está bien de que vivamos en un hotel», le había dicho Benja. Y ella estaba de acuerdo. Él y Silvia no habían concretado nada aún, no se habían hecho ninguna promesa pero no tuvo que pensarlo.

Benja la citó en su casa para inaugurarla cocinando una barbacoa en el jardín y Silvia decidió ayudarlo.

Estaba ilusionada y nerviosa, así que se fue temprano a prepararlo todo en aquel hogar aún sin muebles, para cuando Benja regresase de la bodega.

Llenó el maletero de su flamante coche nuevo, un bonito Mini Coupe, con mantas, cojines, una alfombra y todo lo que creyó necesario para estar cómodos.

Una vez en la casa desembalaría el colchón que acababan de traerle a Benja, junto con algunos muebles y electrodomésticos indispensables.

Nada más traspasar la entrada del cercado de piedra y setos que recorría la propiedad de Benja, apareció Rocky saltando y meneando el rabo alegremente, demostrando lo mucho que se alegraba de ver a Silvia.

—Hola Rocky, ¿cómo estás chico? —le dijo ella.

El perro ladró a modo de respuesta y se acercó para que ella le hiciera las acostumbradas carantoñas. Antes de tenerle a su lado Silvia ya comenzó a sentir su olor. Era aquel olor rancio a perro mojado que siempre le había descompuesto el estómago, solo que Rocky no estaba mojado en absoluto. A

Silvia el olor le resultó nauseabundo y se le metió por la nariz hasta empalagarla intensamente.

Su primera intención fue agacharse a coger un palo o una piedra y lanzárselo para alejar al perro de ella y poder entrar a la casa pero no tuvo tiempo. La intensa náusea que le sobrevino la hizo doblarse allí mismo para vomitar junto a unas matas y arbustos. Rocky se puso a ladrar mientras unas fuertes arcadas obligaban a Silvia a expulsar todo el desayuno.

Se incorporó jadeando, extrañamente aliviada. Y entonces se dio cuenta. El perfume, el olor de Benja, que de pronto le parecía más intenso en la almohada, el de ciertas comidas que le olían nauseabundas de pronto. ¡Podía oler de nuevo! Sentía los aromas como antaño, igual de intensos que en el pasado.

En esos primeros instantes de confusión, Silvia todavía no alcanzó a comprender qué le estaba ocurriendo.

«Qué extraño. Es como si me hubiese vuelto de nuevo el olfato, plenamente pero… ¿qué ha hecho que regrese? ¿Será, como dijeron los médicos, que lo he recuperado por fin? Pero dijeron que sería gradual no tan… de golpe».

Y entonces lo comprendió. Se dio cuenta de que tenía un retraso, un retraso al que no había dado importancia.

Solo tenía un ovario y sus reglas nunca habían sido muy regulares, había manchado un poco el mes anterior, casi nada, así que Silvia no se percató de que llevaba más de dos meses de retraso.

El sueño, las malas ganas matutinas, los olores, aquel extraño malestar sin motivo aparente, todo cuadraba. Era como aquella primera vez que estuvo embarazada, los mismos síntomas y molestias, solo que esta vez no sentía miedo.

«Esto lo cambia todo», pensó aturdida, llevándose ambas manos al vientre.

Y de pronto, en aquel instante, delante de Rocky, todo cobró sentido, su mundo entero encajó. No le hacía falta ninguna prueba de embarazo. Su cuerpo estaba cambiando y se lo demostraba día a día. Había ocurrido.

Hizo cuentas rápidamente en su cabeza y concluyó que la fecundación había ocurrido aquella primera vez, la noche de la tormenta y pensó que era un verdadero milagro.

Silvia se puso a llorar, soltando un océano de lágrimas, sin poder ni querer evitarlo. Rocky se acercó para acariciarla con su cálida nariz húmeda y amigable.

—¡Uf, Rocky, que mal hueles chico! —rio Silvia entre sollozos.

Fueron lágrimas de alivio, de alegría, de sorpresa, de miedo y de amor. Todo ante la mirada inocente de Rocky, que hacía pucheros perrunos, preocupado.

Benja acarició su espalda suavemente, haciendo que a Silvia se le erizase la piel de todo el cuerpo.

Se estiró perezosa, tendida desnuda sobre la cama improvisada por el colchón nuevo y unas mantas y cojines, sobre el suelo del salón.

—Ya solo nos falta la cama —dijo Silvia.

—Y la elegirás tú—susurró Benja besando su cuello.

Ella se giró para mirarlo. Estaba todavía sofocado, hermoso, dulce. Ella olisqueó su pecho y lo surcó acariciándolo con su nariz, desde la axila al vientre apreciando su excitante y masculino aroma. Benja gimió de placer, tomó el rostro de Silvia entre sus manos y le dio un beso largo, lento, profundo, de esos que dejan sin respiración.

—¿Yo? —jadeó ella en su boca.

—Sí, pero con una condición.

—¿Cuál? —sonrió ella.

—Que te tienes que casar conmigo.

—¿Qué? —chilló Silvia incorporándose.

Benja la abrazó y tomándola por la nuca la besó con fuerza.

—Cásate conmigo, Silvia.

—¿Estás loco? ¡Sería mi cuarto matrimonio! —negó ella con la cabeza.

—¿Y qué?

—Pues que… juré que nunca más me casaría.

Benja se echó a reír y la besó con ternura en la cabeza.

—Dime una cosa. ¿Estás casada por la iglesia? —preguntó.

Silvia lo miró asombrada y entonces abrió mucho los ojos.

—No, solo por lo civil.

—Pue entonces te puedes casar aquí, en la iglesia del pueblo, de blanco, para que todas las alcahuetas hablen. Van a hacerlo de todas formas así que mejor que lo hagan a gusto —rio Benja.

—¿De blanco? —exclamó Silvia.

Benja asintió y Silvia supo que era un sí, sin dudarlo. Reconoció la respuesta con más seguridad que en toda su vida. Ya no era cuestión de probar, de experimentar, de dejarse llevar e ir a ciegas.

—Pero Benja, yo… soy egoísta, manipuladora… una Gabarri.

—No me importa —respondió él dándola un tierno beso.

—Tengo mal genio por las mañanas…

—Lo sé —susurró Benja acariciando su cintura.

—Y con el tiempo… Cuando tú tengas cuarenta años yo tendré cincuenta y tres y estaré menopaúsica.

Ya lo había dicho. Eso era lo que realmente le preocupaba.

—Tampoco me importa —dijo él.

Ella le acarició con cariño el flequillo ondulado que le caía sobre la frente, enredando sus dedos en él.

—No estoy bromeando, Benja.

—Yo tampoco. Si eso es lo que te preocupa, que sepas que siempre serás hermosa, tengas la edad que tengas. Y algún día yo también seré viejo —sonrió haciéndola sonreír.

—Sí, eso de ser joven se pasa con el tiempo —asintió Silvia haciéndolo reír. Pero quedaba un cabo suelto aún—. ¿Y tu hermana?

—Asun lo comprenderá. Acabará por aceptarlo. No dudes más, cariño —le rogó él.

Lo miró a los ojos y vio su franqueza, ese encanto dulce que amaba tanto en él. No, no iba a dudar de Benja.

—Está bien, soy maravillosa —rio Silvia—. Pero… no tengo trabajo, Benja y necesito trabajar o me volveré loca, te lo aseguro.

—Sabes que podrás trabajar en cualquier bodega en cuanto entregues tu curriculum. Eres química y de las mejores y con ese olfato privilegiado que tienes…

—No, no puedo.

—Puedes trabajar conmigo —sonrió ilusionado.

Esa sonrisa pícara fue para Silvia como si en un día nublado se iluminase

el cielo de repente pero intentó mantener la mente fría. Aún quedaba la prueba de fuego. Tenía que decírselo.

—He decidido estudiar enología. En Logroño. En septiembre.

—¡Perfecto! Serás mi enóloga.

—¿Tu enóloga? ¡Si aún no he empezado a estudiar! —rio.

—Llevaremos la futura bodega juntos, crearemos nuestro propio vino. ¿No te gustaría?

Benja sonrió y ella acarició su rostro con ternura. El olía a las hojas de las vides, a tierra recién regada, a campo y a sueños. Tal vez ese sueño, el que acababa de ofrecerle, ahora era también el suyo.

—No puedo aceptar ese trabajo, Benja —negó con la cabeza.

—Sí que puedes. Estás recuperando el olfato, ¿no? Has olido a Rocky. ¡Serás la número uno catando vinos!

Silvia ya le había contado esa parte del milagro y Benja se había entusiasmado con la noticia.

—Es transitorio —dijo ella sin poder disimular su emoción.

—¿Cómo que transitorio? Explícate, por favor.

—Pues que… en unos meses lo más probable es que vuelva a oler con normalidad. Sería un fraude aceptar el puesto— suspiró Silvia.

«Malditas hormonas», pensó respirando hondo. Se dio cuenta de que estaba a punto de empezar a llorar y que no podía demorarlo más. Tenía que decírselo.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Benja preocupado.

—Sí, estoy perfectamente —rio ella con los ojos llenos de lágrimas.

—Ahora te ríes. No entiendo nada —dijo él.

Silvia le acarició el rostro y la barba. Benja siguió mirándola sin comprender.

—Estoy embarazada —susurró casi sin voz.

Sus grandes ojos castaños se abrieron mucho. El corazón de Silvia latía con fuerza en su pecho. Benja suspiró, sonrió, jadeó asombrado y la besó con ansia.

Y entonces Silvia comenzó a reír abrazándose a él.

EPÍLOGO

Benja plantó rosales en el viñedo, a la manera francesa, y el mismo cortó unas cuantas de las primeras rosas que brotaron para llevárselas a Silvia.

Las rosas pronto esparcieron su reconocible y embriagadora fragancia por toda la casa. Silvia las dispuso en unos bonitos jarrones de alfarerías de Navarrete que había comprado en Haro. El aroma de las rosas le llenaba los sentidos abrumándolos como antaño.

El universo de sabores, esencias, olores, fragancias, perfumes y todas las sutiles variaciones de los aromas habían regresado en una suma de caos olfativo infinito y sensacional. Se debía al embarazo y nadie sabía que ocurriría después, si Silvia recuperaría su olfato privilegiado para siempre o todo volvería a ser tenue y sin aromas intensos de nuevo.

Silvia regresó a Bilbao, a visitar a su madre para decirle que iba a ser abuela. Maite volvía a estar en el jardín de la residencia en camisón y zapatillas y Silvia pensó que ya era hora de quejarse para que pusieran presentable a su madre, al menos cuando recibiese visitas. Siempre había lucido impecable en cualquier circunstancia y no era digno de ella estar con un viejo camisón delante de nadie.

«La próxima vez que venga será con Benja y le traeré unos pijamas bonitos y una bata nueva», pensó.

—Hola, Maite. Estoy aquí otra vez, soy Silvia —dijo tomando su mano con delicadeza, para no alterarla.

Ella la miró y esta vez, Silvia creyó ver un destello de lucidez en los antaño preciosos ojos de su madre pero aquella luz enseguida desapareció. Aun así, continuó sujetando su mano con ternura.

—Vas a ser abuela, Maite —susurró.

Su madre la miró, apretó su mano y sonrió y Silvia se emocionó al darse cuenta de que lo había entendido.

Todos sus desasosiegos parecían haberse disipado. Ya no hubo más pesadillas. Silvia se sentía como cuando era niña y sus padres todavía estaban juntos, tranquila, sin preocupaciones. Como antes, limpia de contradicciones, llena de planes, nueva.

Y sobre todo y ante todo se sentía libre para decidir estar con Benja, capacitada para tener una relación duradera con alguien. Por primera vez se daba cuenta de que él era su verdadera elección de vida y que aquel era su lugar. Que no se había enamorado del amor sino de él, de esa persona maravillosa y única.

La felicidad dependía de ella misma y si volvía a fastidiarlo todo solo ella tendría la culpa.

«Ya no tengo por qué huir. No voy a volver a huir nunca más», pensó Silvia, sonriendo como una tonta mientras acariciaba su vientre abultado y contemplaba a Benja, dormido a su lado.

Fue Gregoria quien le contó cómo había muerto su abuela. El corazón de Sabina no resistió ningún recuerdo más. Un día no pudo subir las escaleras que daban a su dormitorio y se tuvo que preparar un cuarto abajo, junto al salón.

Sucedió en octubre, recién terminada la vendimia. La encontró Gregoria, recostada en los primeros peldaños de la escalera, como si hubiese intentado subir al piso de arriba para algo que ya nunca se sabría, descansando por fin de una vida llena de renuncias, prejuicios y secretos.

En su homilía, durante el funeral, el sacerdote dijo que al faltar Sabina Gabarri se iba una parte de la memoria de aquel pequeño lugar. Le faltó decir que también se llevaba con ella los pecados más inconfesables de aquel

pueblo.

Porque desde aquella ventana, tras el balcón lleno de claveles, la abuela de Silvia vio pasar a sus vecinos un día tras otro y conoció cada uno de sus secretos y miserias, además de las suyas propias.

Su nieta la recordó asomada a esa ventana, tras los visillos, mirando desde arriba, juzgando el ir y venir de todas esas almas pecadoras, y quiso pensar que tal vez Sabina fue más misericordiosa con ellas de lo que había sido para sí misma.

Después de morir su abuela Silvia contactó con Carmelo Sanz y le proporcionó toda la información que disponía acerca de Elvira Navarro, Sabina y Elías Gabarri y Alfonso Montes.

En efecto, el asesinato de Elvira Navarro había prescrito para la justicia y nadie que hubiese podido pagarlo seguía vivo, pero aun así, el propio Carmelo se comprometió a revisar todos aquellos datos, fotografías y aquella caja con los papeles y trofeos de caza de Elías.

Finalmente, la verdadera historia salió a la luz en forma de novela, con el consentimiento de Silvia y el expreso agradecimiento escrito para ella.

En el pueblo fue todo un escándalo. Carmelo cambio nombres y lugares pero la historia trataba de los Navarro-Gabarri y de los Montes, no cabía duda.

Silvia cumplió la promesa que le hizo a su abuela. Gracias a la novela pudo contactar con los descendientes de Paco Amaya y pedirles perdón en nombre de su familia. Su hermana Nagore fue quien la acompañó hasta Logroño para visitar a una de las nietas de Amaya.

Debido al libro y al escarnio que este supuso para su familia, Víctor Montes se vio obligado a retirar su candidatura a la alcaldía y regresó a

Madrid, dejando a la venta y cerrada a cal y canto la casa del Priorato. Esa fue la venganza de Silvia.

Repudiado por su partido y por sus amistades, con su incipiente carrera política acabada, poco después se descubrió que Víctor Montes estaba relacionado con un delito de cohecho del ayuntamiento de la localidad y durante la investigación del caso se le acusó de evasión fiscal, lo que dio con sus huesos en la cárcel. Aunque fue por poco tiempo. Salió poco después en libertad condicional y sin pasaporte, tras pagar una cuantiosa fianza.

Pronto, otro candidato del mismo partido con las mismas ínfulas de cacique que Víctor tomó su lugar, ganó las elecciones por mayoría absoluta y bajo su mandato se siguieron construyendo y vendiendo adosados.

La historia de Elías era asombrosa. Con ayuda de asociaciones de excombatientes de la Segunda Guerra Mundial y tras un viaje a Leningrado, donde por azar halló una especie de diario macabro, Carmelo Sanz reconstruyó los pasos del tío abuelo de Silvia, asesino en serie en tierras rusas. Tras una breve introducción que basó en el asesinato de Elvirita y de la hija del médico de Haro, la novela se centró en aquella etapa de la vida de Elias Gabarri, tras la guerra.

Silvia sintió algo muy extraño al asomarme a la figura espeluznante de Elías. Carmelo Sanz fue un escritor objetivo y no cargó las tintas ni juzgó a su protagonista, simplemente expuso datos, fechas y circunstancias de un modo tan veraz que ella pudo ver a aquel asesino en su mente. En cierto modo lo humanizó. De esa manera Silvia llegó a comprenderlo y eso la asustó.

Todas las averiguaciones del veterano periodista confirmaron que todo fue como Sabina Gabarri le había dicho su nieta. Con la ayuda de Alfonso Montes, Elías consiguió pasar por desaparecido en el campo de batalla y huir.

El 10 de febrero de 1943, unos 5.600 hombres de la División Azul hicieron frente a 44.000 soldados rusos, casi un centenar de tanques e innumerables piezas de artillería del 55 Ejército de la Unión Soviética. Fue la

batalla de Krasny Bor, un pueblo a las afueras de Leningrado. Hubo 3.645 bajas y 300 capturados en la batalla, un millar de ellos muertos sólo el primer día.

El ejército alemán llegó a las puertas de la ciudad en septiembre de 1941 y no fue expulsado hasta 1944. Sin embargo, lo más duro llegó en enero de 1943. Leningrado fue cercada al sur por los alemanes y al norte por los finlandeses. El único corredor para hacer llegar comida y combustible a la ciudad era el congelado lago Ladoga, al que llamaban el "camino de la vida".

La *250 Einheit spanischer Freiwilliger* llegó al sector de Krasny Bor en otoño de 1942 con Elías Navarro y Alfonso Montes entre ellos. En enero del siguiente año, mientras caía el *kessel* alemán de Stalingrado, el ejército soviético logró conquistar un pequeño corredor por tierra hasta Leningrado. La operación "Estrella Polar", continuación de la "operación Chispa", debía ampliar aquel camino y romper rápidamente las líneas de la División Azul para envolver al 18 Ejército alemán. La *Blau Division*, como la llamaban los alemanes, lo evitó.

Pasadas las seis de la mañana de aquel 10 de febrero de 1943, a 3.000 kilómetros de su casa, Elías Gabarri y Alfonso Montes fueron testigos de cómo la artillería soviética comenzaba su descarga sobre las posiciones del regimiento 262 de la División Azul. No pararía hasta un par de horas después. Acto seguido, cuatro divisiones del Ejército Rojo, acompañadas por carros KV-1 y T-34, se lanzaron sobre las líneas españolas.

Entre el barrizal helado, sobre la nieve y en plena confusión de la cruenta batalla Elías desapareció. Su amigo no dio parte hasta que lo imagino lo suficientemente lejos y solo al finalizar la batalla relató cómo lo vio desaparecer bajo el hielo del Ladoga.

Alfonso mintió por su amigo, del que estaba enamorado. No se pudo demostrar nunca que hubiese sido nada más que eso, su mejor amigo de la infancia y juventud, aunque en el libro se dejaba entrever la intensa relación vivida entre ambos.

Después, tras escapar de la contienda en Rusia, Elías, o más bien el cazador que habitaba en él, volvió a aletargarse por un tiempo. Nunca

pretendió regresar a su hogar. Vivió en pueblos apartados, huyendo. No estaba mucho tiempo en ningún lado. Pero lo cierto fue que su paso por aquellas pequeñas comunidades dejó una huella en forma de desapariciones y extraños asesinatos de jovencitas. Cada asesinato estaba recogido en el libro. Todos los crímenes se habían cometido mediante estrangulamiento, con violación de las víctimas, pero ninguno se pudo probar. La antigua URSS no reconoció nunca los asesinatos de psicópatas alegando que aquellos eran sucesos del corrompido mundo capitalista que el comunismo había logrado erradicar. Nada se supo de Elías durante años pero su siniestra sombra reapareció de nuevo, lejos de Leningrado, pasada la guerra.

Elías, un hombre realmente inteligente y capaz, aprendió alemán durante la guerra y más tarde ruso y se hizo pasar por un republicano huido de la Guerra Civil española. Se cambió el nombre y para concluir con su nueva identidad se afilió al partido comunista y consiguió un buen trabajo que le hizo entrar en la KGB. Aquello le proporcionó su paso a la RDA como funcionario colaborador y enlace ruso en el Berlín oriental, donde ejerció como torturador ocasional. De ahí pasó al Ministerio para la Seguridad del Estado, más conocido como STASI, formando parte de sus servicios de inteligencia. Al final de su carrera, estuvo de instructor de agentes de la STASI unos pocos meses, en Dresde, donde en 1985 coincidió con un tal Vladimir Putin.

Elías era astuto, amoral y atractivo y fue escalando puestos convirtiéndose en verdugo de capitalistas, controlando sus pulsiones más primarias, escondiéndolas. Se presentaba como un hombre normal ante sus vecinos, incluso se casó y tuvo familia, cuatro hijos de los que aún vivían dos.

Solo de vez en cuando lo necesitaba de nuevo. Entonces, el cazador se daba el gusto con alguna presa política amparado por la Guerra Fría.

El tío abuelo de Silvia murió atrapado en aquel disfraz que se construyó para escapar de sí mismo. Falleció en 1989, en un hospital berlinés, de cáncer de pulmón, la noche del jueves 9 al viernes 10 de noviembre.

Elías agonizó escuchando al presentador de informativos, Hans Joachim Friedrichs, proclamar: «Este es un día histórico. Alemania Oriental ha anunciado que, con efecto inmediato, las fronteras han sido abiertas. La RDA está abriendo las fronteras... los puestos fronterizos de Berlín están abiertos». Y aún pudo contemplar con estupor como los ciudadanos berlineses empezaban a derribar el muro con picos, martillos y todos los medios a su alcance, veintiocho años después de su infame construcción.

Mientras se le iba la vida pudo verlo todo en directo, en la televisión de la habitación del hospital, a la que llegaba la señal del Berlín Occidental. Contempló como los *ossis*, ciudadanos de Berlín Este, comenzaban a reunirse en los seis puestos fronterizos a lo largo del Muro de Berlín, exigiendo a los guardias que abrieran inmediatamente los puestos de control, reclamando pasar al otro lado.

Ninguna autoridad del Berlín Oriental quiso ser responsable de ordenar el uso de la fuerza y provocar una matanza que ya no tenía ningún sentido, de manera que los guardias, superados claramente en número, se vieron impotentes ante las oleadas de ciudadanos que se agolpaban frente a los puestos fronterizos del Muro de Protección Antifascista que desde 1961 dividía a la ciudad de Berlín como una grotesca metáfora de la herida abierta en Europa por las dos guerras de la primera mitad del S. XX.

Finalmente, a las 22:45, los guardias cedieron y abrieron la frontera dejando pasar a la gente, sin pedir siquiera el pasaporte. Entre todas aquellas personas estaba una mujer llamada Angela Kasner, por aquel entonces miembro de las juventudes comunistas de la RDA, que años después tomó el apellido de su primer marido, Merkel y que se unió al nuevo partido demócrata cristiano para presentarse como candidata a diputada en las primeras elecciones libres de la RDA.

En ese mismo instante de la historia, Elías Navarro dejó de respirar.

La vendimia del año siguiente fue la primera de Silvia. Una buena cosecha, buenísima. Benja consiguió una excelente producción entre sus tierras y las que le arrendaron los Navarro. Pudo vender muy bien toda la

uva, que era de una altísima calidad. Todavía estaba lejos de poder producir su propio vino pero ya era consciente de las posibilidades y características de su viña.

Sabina Gabarri siempre supo que en manos de Benjamín Olea su legado no se perdería y Silvia pudo sentir que ya no la guardaba rencor.

Ella y su hermana Nagore decidieron vender la casa de su abuela, aquella casa enorme que nunca se llenó de otra cosa que no fuesen normas y reglas, con todos sus secretos y sus fantasmas. Aunque Silvia sabía que Elvirita ya no habitaba en ella.

Elvira Navarro, había estado suspendida en el tiempo durante más de ochenta años como la imagen de una niña muerta atrapada en un instante por culpa de aquel momento aterrador, el de su muerte. Su fantasma fue la manifestación del dolor, del miedo, del horror y del espanto de su asesinato. El terror convertido en un sentimiento aferrado a un lugar. Una sombra del pasado, condenada a repetirse y persistir hasta que Silvia logró liberarla.

Tal vez ese momento de dolor atemporal fue consecuencia directa de la pasión convertida en odio, pensó Silvia. De un sentimiento anómalo de atracción, amor desmedido y enfermizo que Elías no controló y que dejó salir, liberando por fin sus pulsiones más primitivas, su verdadera naturaleza, la del otro Elías, la del cazador.

«Por fin siento que he echado raíces, como las cepas en la tierra, de dónde sacan sus sustento y su esencia. Ahora tengo un lugar en el mundo al que llamar mi hogar. Porque como decía mi abuela: la tierra lo es todo, es lo más importante y sin ella no hay nada.

Y ahora sé que eso es cierto. Es la primera vez en mi vida que no me quedo de más en el trabajo, que no prefiero retrasarme, que vuelvo a casa rápidamente porque echo de menos a alguien y sé que hay quien me espera. Eso me gusta, esa sensación de añoranza, de necesidad.

Casi todo el mundo piensa que el pasado fue un tiempo mejor, que los años de juventud que se fueron se llevaron lo mejor de nuestras vidas, que nunca fuimos más felices que con el primer amor. Creen que el futuro no les deparará ya nada emocionante ni más dicha que la que perdieron o dejaron atrás, pero no es así. Yo sé que lo mejor de la vida es ahora, ahora mismo.

Acabo de ser madre, tengo 43 años y sé que este es mi momento, que lo estoy viviendo hoy, aquí, que tengo delante mi oportunidad, la mejor de todas».

EL CAZADOR

El cazador no quiere perder el control otra vez, sabe lo que ocurrirá si lo hace pero el deleite y la excitación le pueden. Se sobrepone para mimetizarse con los que no son como él, con los débiles. Pero al poco tiempo, la necesidad, como una sed insaciable, lo vuelve a poner en guardia.

Vigila, aguarda el momento propicio acechando una posible presa, como un animal hambriento, un depredador.

«Paciencia», se dice. La caza, el momento anterior a tener la presa en sus manos es aún mejor que cobrar el trofeo. Es la anticipación del placer lo que realmente lo excita.

Él se reconoce diferente. Es de otra era, de cuando el mundo era mucho más salvaje, sin normas morales, sin pecado. Los demás no pueden sentir lo que él siente. Él es más inteligente, un ser superior, primitivo y puro, sin pecado.

La ha encontrado, parece la caza perfecta, su aroma lo excita, es eso lo que realmente le gusta, olerlas. El corazón le late más deprisa y la adrenalina se dispara y le recorre el cuerpo entero. El gozoso momento se acerca. Es una adicción, más fuerte que nada que haya conocido. Una pulsión que sintió siempre, desde niño, cuando les arrancaba la vida a los pájaros que atrapaba, apretándolos entre sus manos, quebrándolos y que no supo reconocer hasta que ocurrió por accidente. Entonces descubrió el placer absoluto, uno mucho mayor que el sexo, aunque parecido en su origen.

Después, en la guerra tuvo plena libertad, sin cuestionarse nada. En el infierno no hay preguntas. Intentó cambiar para ser como todo el mundo, para tener una vida normal, más anodina, pero la rabia volvió a aparecer. Aunque esta vez había aprendido a hacerlo sin errores. La sometía a voluntad y solo se daba el placer supremo cuando podía controlarlo. El control era la clave de todo. Lo poseía. Tenía ese poder primigenio.

Pero ninguna fue como Elvirita. Las demás eran prostitutas, mujeres perdidas, pecadoras a las que nadie iba a echar de menos. Todas culpables, impuras.

Con la hija del doctor solo buscó desquitarse de su negativa y su desprecio. Ella se rio cuando no pudo hacerlo, cuando le dijo que era pecado. Y entonces demostró que sí que podía.

Elvirita fue distinta a todas y nunca la olvidó. Por ella sintió un amor fuerte y limpio pero era una ingrata y no lo supo apreciar. Se burló de él y luego le pidió perdón asustada pero ya era tarde. Ella era una mujer, hija de Eva, portaba el veneno del pecado original en su piel e incitaba a los hombres a pecar. Su belleza era demoniaca, su risa, su pelo, todo su cuerpo, su olor.

Él no quiso pero tuvo que hacerlo, tuvo que castigarla por su propio bien, para librarla del pecado y al hacerlo se sintió mejor que en toda su vida. Lo excitó tanto apretar su carne…

Las demás estaban sucias ya, mancilladas, olían a sexo. Hasta la hija del médico era deshonesta, aunque no lo pareciese. No era pura como Elvirita. A las demás las forzó pero a Elvirita no. Ella siempre permanecería virgen, perfecta. Una hermosa e inmaculada niña para siempre.

(*Fragmento de la novela ´´El cazador´´, de Carmelo Sanz*)

SOBRE LA AUTORA

Irene Mendoza Gascón es de Bilbao, estudió Bellas Artes y durante un tiempo se dedicó a pintar y al diseño gráfico.

Aficionada a escribir desde niña, tras su maternidad, un cambio de domicilio y la falta de tiempo y un estudio donde trabajar, se replanteó la manera de seguir contando historias y convirtió la escritura en su oficio.

Escritora de brújula, ha publicado cinco novelas con el sello HQÑ: *10 cosas que quiero hacer… contigo*, la trilogía erótica *Un puñado de esperanzas*, el thriller erótico *Llueven diamantes sobre Júpiter y Saturno* y un relato erótico y gastronómico dentro de la colección *Recetas para el calor de una noche: Con mucho amor y mucho limón.*

Forever & Always, es su primera novela de romance erótico paranormal autopublicada en papel.

Ha autopublicado en Amazon *El tiempo detenido* y *Fantosmia*.

Le encantan los gatos, las estrellas, el té, el café, los bombones de licor, las flores, dibujar, leer, el cine, la ópera y le gustaría haber sido francesa. Escribe historias sobre ella o sobre cualquiera. Así que ten cuidado con lo que le cuentas porque puede convertirte en uno de sus personajes.

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA https://www.amazon.es/Irene-Mendoza/e/B07X2LF9GC